

VIVIR POR UN SUEÑO

MARINA GUTIÉRREZ



VIVIR POR UN SUEÑO
Marina Gutiérrez (pseudónimo)
oscarymaricel@hotmail.com

Cubierta: Josanar@gmail.com

© PM Internacional
Apdo. 573 18080 Granada España
www.pminternacional.org info@pminternacional.org

Los contenidos de la Colección Musulmania no siempre se corresponden con la opinión de los editores. Se publican, sin embargo, como un medio para fomentar el intercambio de diferentes puntos de vista y motivar a la reflexión. Las citas bíblicas, a menos que se indique otra cosa, han sido tomadas de la versión Reina Valera 1960.

2009 Primera edición

Índice

Prólogo	9
Introducción	11
1. Esperaba la lluvia	15
2. La paz y el gozo de servirle	25
3. La partida	33
4. Primeras pisadas en suelo africano	39
5. Convivencias	53
6. Una iglesia se estaba levantando	63
7. Dejando Guinea-Bissau	77
8. Portugal	83
9. Aterrizando en el nuevo mundo	93
10. Entrando en acción	105
11. Solteros y casados	119
12. Personajes	129
13. Nuevos desafíos	137
14. Pasando la posta	145

- > A mi Señor amado, que me dio el privilegio de servirle, que fue bueno y fiel en todo momento, quien me invitó a ser parte de la realización de su gran sueño: la máxima gratitud sea al Rey de reyes.
- > A Federico y Marta Bertuzzi, que editaron con amor y paciencia estos párrafos. ¡Qué hermoso saber que lo hemos hecho juntos!
- > A dos preciosos amigos: Osvaldo Osorio, que desde hace varios años me animó a escribir estas vivencias y leyó los primeros escritos; y Verónica Rossato, quien leía mis experiencias a medida que el tiempo transcurría y siempre me alentó a publicarlas.

Prólogo

EL LIBRO que tienes en tus manos ha impactado fuertemente mi corazón. Cuando comencé su lectura, este fresco relato misionero me atrapó. Ante tanta literatura vacía, superficial y hueca de contenido, una vivencia tan profunda y rica como se expone en VIVIR POR UN SUEÑO, es un verdadero regalo para el alma. Su estilo simple, dinámico y conmovedor no te permitirá abandonar su lectura hasta la última línea.

La autora expresa, en un relato sencillo y refrescante, lo que no es tan fácil encontrar en nuestras iglesias y denominaciones ni en el campo misionero mismo: la vida transformada de una joven que, con valor y profunda convicción, dio el gran paso de obediencia al claro llamado de Dios.

Para el que desee entender el proceso al cual se expone quien ha decidido honrar a Dios en el servicio misionero, y cómo se desenvuelve esa preciosa aventura, tiene aquí un documento que, sin dudas, le dará una clara respuesta. No precisamente por medio de explicaciones técnicas o filosóficas — las cuales no desechamos y creemos muy útiles también —, sino a través de las vivencias conmovedoras de Marina Gutiérrez (pseudónimo por razones de seguridad), quien pudo atesorar cada detalle y circunstancia, desde los primeros toques de Dios a su vida, hasta

encontrarse en medio de una etnia africana compartiendo el amor del Salvador.

La juventud evangélica latinoamericana del siglo XXI tiene aquí un relato autobiográfico inspirador, de gran valor, tanto espiritual como literario. Si tienes preguntas sobre tu llamado al servicio, si necesitas aclarar dudas, si te encuentras en un camino de búsqueda que dé sentido a tu vida, si enfrentas incomprendiones a tu alrededor y no sabes cómo dar forma a aquello que está golpeando en tu interior, he aquí esta inspiradora experiencia de alguien que encontró, en el camino de la obediencia misionera, la fuerza para avanzar y superar los obstáculos, y los frutos de salvación eterna en respuesta a una vida llena de amor por los perdidos.

No basta con adquirir la visión misionera. Esta debe ser alimentada, sostenida a través del tiempo, y obedecida, tanto por los que saldrán alrededor de un mundo necesitado y clamoroso, como por los que los enviarán y sostendrán, en obediencia a esa misma visión. Este apasionante relato servirá con toda seguridad, para encender la llama de las misiones transculturales en muchas vidas, así como para avivar el fuego en el corazón de quienes deben asumir la responsabilidad de enviar a los que Dios llame de en medio de sus filas.

Gracias, Marina, por abrir tu corazón y tus recuerdos, y compartir tus maravillosas experiencias vividas en el campo misionero, las cuales nos ayudarán a comprender un poco más, la seriedad y trascendencia de la obediencia al llamado de Dios.

*MARTA PANOTTO de BERTUZZI
Granada, España, marzo de 2009*

Introducción

¡LEVÁNTATE, hay que sacar agua!

Maimuna me despertó a las cuatro y media de la madrugada, con voz ronca, casi gritando, al parecer sin nada de sueño. Yo acababa de dormirme a esa hora, ya que la rata del ropero aún seguía con vida y había perdido toda esperanza de matarla. Nuestro pozo había permanecido tapado con una chapa de cinc durante todo el día para que los vecinos no movieran la poca agua que quedaba. Los demás pozos estaban ya secos desde hacía un mes.

La gente empezaba a desesperarse en Lalaquema, mi barrio. Me sentía un poco culpable porque parecía que estábamos negando el agua a mucha gente. Era real, pero a nadie le pareció mal, ni se ofendieron, además había sido idea de mi compañera.

Era junio de 1998, ya tenía que acabarse la estación seca. ¡Cómo anhelábamos con Maimuna la lluvia! Hacía ocho meses que no caía ni una gota. La estación húmeda se estaba haciendo esperar. Me levantaba casi sin fuerzas. Las pocas horas que dormía eran vitales para mí. Pero desde hacía varias semanas ya ni de noche descansaba, por tener que salir con ella en plena madrugada a transportar varios litros de agua para el día que comenzaba. Ella cantaba contenta en todo momento, quizá para despertarme de una vez y hacerme cambiar la cara de

somnolencia que ponía cuando se me acercaba para zamarrearne.

A veces el agua salía con mucho lodo, a pesar de que nadie había metido otros baldes en horas anteriores. En esos días, después de seis meses en Guinea-Bissau yo me preguntaba: ¿A esto vine? ¿A pasarme noches enteras sacando agua? ¿Entra esto dentro del plan? ¿Es parte de cumplir el sueño de Dios?

Yo tenía muchos anhelos y sueños. Grandes y chicos. Muchas expectativas de lo que pasaría habiéndole entregado toda mi vida al Señor. Le había dicho que aquí estaba para que hiciera lo que quisiera conmigo. Había renunciado a mis propios deseos para salir y servirle. Me dediqué a vivir por su sueño: llegar a muchos que no le conocían. Anhelaba predicar, hablar de Jesús, enseñar de Él. Pero hasta ese momento lo único que había conseguido era hablar un poco del idioma local, hacer muchos amigos, frustrarme cientos de veces por lo que no podía hacer y, encima, pasarme horas haciendo alguna actividad de vital importancia para la subsistencia diaria.

Simplemente, no había tenido en cuenta que parte de hacer un sueño realidad consistía en vivir también los momentos indeseados por cualquier ser humano, los tiempos difíciles, tediosos o aburridos. Con cuánta frecuencia había sólo pensado en el *sueño* sin percatarme que habría muchísimos obstáculos en el camino, quehaceres, rutinas, y las cosas cotidianas parte de la vida misma. No creí que los planes podían cambiar y que los meses en Guinea-Bissau eran sólo el comienzo del trabajo en varios países de África Occidental. Todo fue parte del todo. Todo tuvo que ver con todo. Todo ayudó a que el sueño se comenzara a cumplir, o al menos, intenté hacer mi parte lo mejor que pude. El humor, el reírme de mí misma, el ver las cosas por el lado positivo me ayudaron a soportar cada desilusión y ver el final feliz.

Los meses en Bissau, la salida a Portugal, mi tiempo en Sene-

gal, fue sólo el principio de una larga historia que hoy, después de doce años, aún no termina. Una historia de alegrías y tristezas, de risa y llanto, de amor y dolor. De emociones, de luchas y victorias. De promesas cumplidas al cien por ciento. Este libro es algo de la historia de mi vida, la historia de Él actuando en mi vida. Y parte de mi sueño ha sido compartirla con otros, contigo. Oro para que:

- > Podamos entender que el llamado a extender el reino de Dios en el mundo es para todos nosotros.
- > Estas páginas te inspiren a invertir tus años en lo eterno.
- > Tus sueños se cumplan en Dios.
- > Tu ser impacte el mundo en que vives.
- > Jesús impacte tanto tu vida, que no puedas dejar de vivir para Él y su gran sueño.

1

Esperaba la lluvia

Un conflicto se desata

CADA día mirábamos el cielo, con la esperanza de que comenzara a llover. Tanto los campos de arroz como sus sembradores estaban deseosos de continuar con el trabajo. Guinea-Bissau es un país pequeño que pasaba desapercibido, del tamaño de la provincia de Tucumán, en Argentina. Su gente tan cálida y amigable hizo de mi estadía allí un tiempo especial, tranquilo y alegre. Las calles estaban secas. Mis talones también se empezaron a resquebrajar. Caminaba mucho, pero más tardaba saludando a los que veía en el camino que en andar el trecho en sí.

Parecía que lo único en lo que pensaba era en el agua que caería del cielo. Pero otros pensamientos ocupaban mi mente también. Había escrito en mi diario meditaciones que hablaban de sembrar. Yo quería mudarme al interior donde la necesidad era mayor que en la capital, pero no se habían dado las cosas. Sin embargo, sentía que me quedaba poco en ese lugar, y era raro, porque había ido para permanecer dos años. Así que pensaba en

los que habían creído en el Señor en ese tiempo, en aquellos con los que había podido hablar y con los que no.

Una noche, el 10 de junio de 1998, me quedé a dormir en casa de la familia Vallejos. Había llegado un matrimonio de mi país y queríamos charlar todos juntos. Estábamos tan contentos por su llegada. Hablamos hasta tarde, anoticiándonos con los recién llegados, de lo que pasaba en mi patria. Todos juntos en una casa, entre mates y panes con dulce de leche, disfrutamos la velada. Me quedé a dormir con ellos porque se hizo muy tarde como para volverme sola.

A las seis de la mañana más o menos, sentí que empezaba a tronar, no lo podía creer, después de tanto tiempo. Dije: ¡Por fin Señor mandas la lluvia, gracias! Me quedé un rato más acostada, aunque me llamó la atención que todos iban y venían por la casa, desconcertados, un poco asombrados.

El ruido seguía. No, no eran truenos, era algo muy raro... Ya todos estaban levantados cuando yo salí al patio. Aquellos ruidos de tormenta, no eran otra cosa que bombas, una guerra se había desatado. Confundidos nos mirábamos. A lo lejos desde el techo veíamos fuego, al mismo tiempo, se oían disparos cerca de la casa. Automóviles que pasaban a gran velocidad, algo rarísimo en un barrio tan tranquilo.

Al encender la radio nos enteramos que los militares anunciaban que ya habían tomado la televisión, el aeropuerto, los puntos más estratégicos y la radio. Aquello era un golpe de estado. El que terminó con muchas vidas, el que cambió el rumbo de nuestros ministerios, el que destruyó sueños y anhelos. El que me hizo ampliar la visión. El que me sacó de Guinea de una forma que jamás pensé que sucedería. El plan que inútilmente hice en mi mente parecía no haber coincidido con el de Dios. Por momentos me vi discutiendo con el Señor, sin asimilar del todo que él tenía un programa diferente y mayor, mucho más amplio de lo que yo imaginé alguna vez.

Esa mañana, en la que despertamos con el ruido de las bombas y las balas, marcó mi vida para siempre. Yo no me hacía a la idea de irme de ese lugar. Me parecía que había vivido allí toda la vida y que ahí moriría.

La tensión en el ambiente era evidente. Después de orar, cantar y volver a orar, la cosa seguía cada vez peor. Debíamos dejar el país. Los alimentos se estaban terminando después de cuatro días en la casa. Éramos siete los únicos argentinos (y sin embajada) en Guinea-Bissau. Abel, Patricia y sus dos hijos Juan y Pablo, que eran mis pequeños hermanos, los Campello que acababan de llegar para vivir allí dos años y yo.

Ya habíamos comido casi todo lo que los Vallejos tenían de reserva. La gente había huido al interior desde el primer día que se desató el conflicto. De los extranjeros sólo quedábamos nosotros, unos brasileños y algunos españoles. Por la radio anunciaron el último cese de fuego: duraría unas horas por la mañana, para que el resto de los expatriados salieran de una vez. Ellos no querían problemas con nuestros países, solamente querían seguir con la guerra, debíamos irnos de la capital por mar o caminar hacia el interior como todos los nacionales.

Yo no quería irme. Ya no teníamos teléfono ni internet. Si íbamos al puerto tampoco sabíamos si habría barco disponible para sacarnos. Todo era incierto.

Patricia, desde el día anterior había preparado dos mochilas. De a poco fue guardando en ellas algunos CD, libros, fotos, cosas que parecían ser las más valiosas para la familia, todas ellas de puro valor sentimental. Era una mujer muy especial. Un ejemplo vivo del amor por el prójimo. Esposa y madre amorosa. Fue como una mamá, hermana y amiga todo aquel tiempo. No opinó mucho en esos días, en su mente sólo estaba rescatar lo que no quería perder. Ese día no podía entenderla, quizá porque no tenía hijos. En su lugar hoy hubiera hecho exactamente lo mismo.

Los niños la seguían, buscando sus más amadas pertenencias. Yo solo tenía conmigo el bolso con el que andaba cada día, en cuyo interior estaba siempre mi pasaporte, la Biblia y la llave de mi casa. No pude elegir nada para llevarme. Me prestaron una mochila y un par de zapatillas. Maimuna había venido el día anterior para avisarme que ella se iba al campo como todos; me trajo una muda de ropa, mi cepillo de dientes y un desodorante. La despedí como si fuera a verla la próxima semana.

Por momentos pensé que cometí un error al no pedirle a Maimuna los medicamentos que estaba tomando. Tenía hipotiroidismo, y cada mañana tomaba la pastilla de levotiroxina. Fue una decisión de fe, ya que la noche anterior había orado para que el Señor me sanara.

Abel estaba nervioso, pero no lo demostraba mucho, casi no hablaba. Se podía ver en su cara la carga y la responsabilidad que sentía por su familia y el equipo. Quién sabe qué más pensaba. Se lamentaba de no darme el permiso para irme con la gente, que era lo que yo le pedía. Dentro de mí tenía mucha impotencia, dolor, angustia. Nos habíamos enterado que un sacerdote y unas monjas se habían marchado con las personas al interior y allí estaban ayudando a los heridos, compartiendo su comida. No me entraba en la mente que tuviéramos que salir.

Siempre me había caracterizado por ser un poco obstinada. Venían a mi mente tantos recuerdos. Pensamientos del pasado. Esos cuatro días encerrados en la casa sólo escuchamos bombas y el rechinar de los vidrios de las ventanas por el estruendo de los cañones. Recordaba cómo Dios me había traído ahí. El proceso que tuve que pasar desde el llamado hasta el día de la salida. Miré atrás para recordar la fidelidad que el Señor siempre había tenido para conmigo. Necesitaba verlo una vez más.

La inconformidad

Se me hacía imposible tan sólo pensar que debíamos dejar el país por causa de la guerra. La situación era peligrosa, pero una vez más se me venían todos estos pensamientos a la mente. Después de tanto tiempo soñando salir al campo de misión, ¿cómo puede ser que Dios permita que nos tengamos que ir? ¿Se había equivocado? Después de tantos gastos, costos, renunciaciones: ¿dejar todo atrás? ¿Era huir? ¿Era escapar? ¿Era temer? Abel, un poco en broma y un poco en serio decía: «Soldado que huye sirve para otra guerra».

Sin duda, Dios tenía un plan pero no podíamos verlo. Así como el Señor me había marcado el rumbo desde siempre, ahora debía trazar el camino otra vez. Él me guió en mis primeros pasos en el mundo de las misiones, no iba a dejarme ahora a mitad de camino.

Cuando era adolescente, viví tiempos preciosos. Me gustaba mucho contar chistes, reírme, estar con mis amigos. Crecí mucho en aquella época; claro que no todo era color de rosa, pero siempre trataba de ver el lado positivo de las cosas, aun de las que no eran buenas. Gracias a la familia que tengo, me gustaba mucho ir a la iglesia, y a los quince años comencé a servir al Señor. Fue una experiencia muy linda. Se necesitaban personas para ir a una localidad en las afueras de la ciudad de Córdoba, llamada Mi Granja. Un grupo de hermanos colaboraba desde hacía tiempo, pero faltaban maestros para los niños.

Así que justo en el momento en que empecé a reaccionar que algo debía hacer, y que en algo debía invertir mis fuerzas, me ofrecieron ir allí. Recuerdo que estaba muy contenta, era emocionante para mí, y cada domingo pasaban a buscarme por mi casa los creyentes con los que compartíamos este servicio. El grupo de niños era hermoso, y los vi crecer en los cinco próximos años. Tuve buenos maestros, y a esa edad comencé a ena-

morarme del Señor. Pasaba mucho tiempo escribiendo oraciones, y leyendo la Biblia. Pero empecé a sentirme desconforme con lo que hacía. Parecía poco. Le preguntaba a Dios si había algo más que eso.

¿Sería la vida cristiana sólo ir a la iglesia, dar una ofrenda regular, orar cada día? ¿Ser cristiano era nada más que dar buen testimonio? ¿Para qué me habría creado el Señor? ¿Por qué vivía yo y para qué estaba en la tierra? ¿Por qué razón me creó Dios y cuál era mi objetivo de tener vida?

Llegó un tiempo en el que, a pesar de estar comprometida en mi iglesia y de tener una relación buena con el Señor, ya no me gustaba nada de lo que hacía. Parecía no tener sentido. Leía el libro de los Hechos y pensaba cuán lejos estaba yo de lo que vivían los apóstoles, cuán lejos estaba de ganar almas con pasión y, más aún, cuán lejos estaba de vivir con pasión. Eso me molestaba: amaba lo que hacía pero quería experimentar más de cerca la pasión. Esa pasión que lo llevó a Jesús a darse, esa pasión que tenían los discípulos, a quienes no les importaba perder la vida con tal de que muchos fueran salvos.

O yo estaba equivocada o algo me faltaba. Oré mucho buscando a Dios, preguntándole cuál era su voluntad para mí. Oré con lágrimas, oré clamando que me respondiera si había algo más que yo tenía que hacer. Parecía que la respuesta no venía, hasta que poco a poco entendí que debía orar diferente: primero, tenía que saber cuál era la pasión de Dios, qué lo motivaba, qué lo impulsaba, cuál era su plan, cuál era su objetivo. Mientras oraba de este modo, llegó a mis manos el precioso libro *Prioridad Uno*. He regalado muchísimos ejemplares esperando que los que lo lean sean tocados igual que yo. Me abrió los ojos y no volví a pensar igual nunca más.

¿Qué es un llamado?

El llamado. Muchos dicen que es una carga que uno siente por aquellos que no conocen al Señor. Y que comienza desde la niñez. Algunos piensan que puede ser un ángel que llega un día con una luz radiante y una gran voz te dice: «Dios te ha escogido para que seas un misionero». La mayoría cree que los misioneros son super hombres o super mujeres especiales, muy santos, con un nivel de espiritualidad inalcanzable. Otros dicen que el llamado no es para todos. Sólo para unos pocos.

Yo creía en aquel tiempo que Dios me tenía que llamar de una manera especial. Ahora conocía la necesidad de los muchos que no oyeron de él, pero ¿cómo sabría yo que me llamaba a mí? Oraba para oír una voz. Cada día tomaba un mapa, lo miraba y decía: «Señor, muéstrame dónde tengo que ir, dime si yo iré. Muéstrame dónde está el país en este mapa así comienzo a estudiar el idioma que se habla allí, y cuando llego ya lo conozco, y puedo predicar más rápido». Pero jamás se me iluminó ni un país en ese mapa.

¿A quién elige Dios para servirle en otras naciones? ¿A los que Él sabe que pueden aprender idiomas diferentes? ¿A los que más oran? ¿A los que más han diezmado? ¿A los del coro? ¿A los líderes más destacados? ¿Qué requisitos deberá cumplir el que es llamado? ¿Cómo nos damos cuenta de a quién ha llamado Dios y a quién no? Los que no son llamados, ¿para qué viven entonces? ¿Son menos importantes? ¿Tienen alguna otra función en los planes de Dios?

En esas horas de incertidumbre, cuando aun no sabíamos si dejaríamos o no el país, me hice estas preguntas otra vez. Hasta pensé que Dios nos sacaba porque habíamos hecho algo mal. O quizá Él estaba descontento con nosotros. Al mismo tiempo, me daba cuenta que no podía ser así, porque siempre habíamos tenido paz y Él estaba plantando su iglesia allí.

Qué extraño era todo. Teníamos fe que un día todo se solucionaría. Que el nuevo gobierno militar olvidaría el seguir peleando. El presidente a quien le hicieron el golpe había estado veinte años en el poder, y como se resistió a dejarlo el conflicto se agravó mucho más. Aun así, creíamos que si salíamos volveríamos dentro de poco tiempo.

Los miedos

Cuando entendí que el Señor quería más de mí, me puse en sus manos y le dije: «Aquí estoy, úsame como quieras. Si para algo te sirvo en otra tierra llévame, y si es para enviar a otros estoy dispuesta también». Sentía cosquilleos en el estómago.

Cuando tenía dieciséis años solía imaginar que en cualquier momento viajaría a la China o a la India. Quería desprenderme de todo lo que tenía y partir. Al mismo tiempo pensaba: «Quizá nunca me case», «tal vez muera antes de cumplir treinta años» y tantos otros pensamientos. Pero el que más me mortificaba era: «Si decides irte a predicar a otro país, nunca tendrás una vida normal». En ese tiempo le llamaba vida normal a tener un esposo, hijos, casa, comodidades básicas y educación para ellos.

Como nunca había conocido un misionero, y lo poco que sabía de ellos es que iban a lugares remotos y allí se quedaban en condiciones deplorables, casi sin medios de comunicación y escasos recursos, imaginaba que ese podría ser también mi destino. Las pocas circulares o informes misioneros que había leído hasta entonces eran de tres mujeres solteras.

No le tenía miedo a la falta de dinero, o a la escasez. Tenía miedo de no poder armar una familia y llevar una vida *normal*. Pensando en esto, un día iba de camino a una conferencia misionera (cada vez que me enteraba que en algún lugar se hablaba del tema ahí estaba yo). Iba leyendo la Biblia en el transporte público y mis ojos se detuvieron en 2 Timoteo 2.4:

Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado.

No puedo describir el impacto que esto tuvo en mi corazón, de nada servía seguir pensando en mí. O me entregaba al cien por ciento con temores y todo, o me enredaba en los negocios de mi vida y olvidaba al que quería tomarme por soldado. O dejaba de temer arriesgándome a lo que sea, o continuaba sirviéndole en una iglesia local por el resto de mi vida. O lloraba por los perdidos actuando de verdad, o me lamentaría toda mi vida el no haber ido. O llevaba mi vida a cabo de una manera normal, o la entregaba para que algunos más entren en su Reino. O mis años servían para lo eterno, o mi sacrificio sólo sería para este mundo. Era sí o no. Completo o miserable. Todo o nada.

Fue ahí que morí a mí misma. Fue mi Getsemaní. El día que le dije: «Sí». Renuncié a mi futuro, a mis sueños personales. Me uní a lo que Él quería. Me uní a su plan. Empecé a soñar algo diferente. Comencé a vivir de otra manera, sabiendo que la causa era eterna, de un valor impagable. Me decidí a vivir para lo que Dios más anhelaba:

El cuál quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (1 Ti. 2.4).

Capté lo que a Él le apasionaba, y me propuse no parar hasta hacer realidad su sueño. ¿Qué más importante que eso? ¿Qué mejor que vivir por la pasión de mi Señor? ¿Qué empresa más gloriosa que dar la vida por Aquel que ya la dio por mí? ¿Qué tarea de resultados eternos mejor que esta?

Así comenzó la aventura. Ya no sentía temores pero había que prepararse. Creo que no volví a experimentar miedo hasta el día que salimos de Bissau. No sé si fue temor a morir. Miedo a no volver a Bissau nunca más. Miedo a perdernos en medio de la gente y el des-

control. Miedo a la muerte de muchos amigos que conocían al Señor, y de los que aún no le habían entregado la vida.

Uno se prepara para servir a Dios. Pero siempre la preparación es escasa, inconclusa. No es hasta que uno vive ciertas cosas que las aprende. En mi caso, jamás me preparé ni siquiera en mi pensamiento para pasar por una guerra. No pensé nunca caminar y ver personas heridas, ni cañones. No imaginé tener que pasar por un portón para escapar de las balas y saltar a un barco desconocido sin conocer el rumbo.

Aun así es bueno prepararse lo mejor posible. Recordé mis estudios teológicos, transculturales y para lo que me habían servido. De algo estaba segura: le había entregado todo y Él sabía lo que hacía.

2

La paz y el gozo de servirle

Visita al Impenetrable chaqueño

ERA MAYO de 1995. Por primera vez saldría fuera de mi provincia. Íbamos a hacer la práctica de unos cursos que estaba tomando en el Centro de Capacitación Misionera Transcultural (CCMT). Sería la primera vez que descubría otra cultura. Luego de esos quince días mi futuro tuvo más orientación. Nunca más fui la misma.

Era el primer año que comenzó en Córdoba, mi ciudad. Fue un regalo del Señor que pudiera tomar algunas materias allí, al mismo tiempo que comenzaba mis estudios terciarios y trabajaba en un jardín de infantes. Me sentía feliz de que esos hermanos crearan el CCMT. Tenía en mi mente tantos pensamientos y dudas. Al mismo tiempo seguridad de que algo pasaría. Quería ser parte del gran plan del Señor de llegar a un mundo que jamás había oído de Él.

Después de cursar Misión Transcultural y todo lo que implica la teoría, llegó el momento de salir y ver eso de transcultural. Vivía en el Chaco una misionera a la que iríamos a visitar. Pasaría-

mos allí quince días. El objetivo era encontrarse con otra cultura totalmente diferente de la nuestra. Y así fue.

Esa zona del norte argentino está habitada por aborígenes de diferentes razas. Nosotros estuvimos con los wichis. Un pueblo que hoy conoce el evangelio gracias a personas que, como Adriana Barroso, vivieron entre ellos. Adriana dedicó varios años de su vida para aprender su lengua, su cultura, sus pensamientos, para habitar con ellos y sentir como ellos. Transmitió el amor verdadero y muchos fueron salvos. Estaba emocionada de que al fin iba a conocerla, ya que recibía siempre sus informes de oración, hasta notitas de su puño y letra saludándome.

Yo jamás había conocido un misionero o misionera. Eran mis héroes, amaba sus historias, pero nunca los había visto personalmente. En mi mente sabía que eran personas que amaban a Dios con todo su ser. El sólo hecho de haber salido de su comodidad y vivir en lugares remotos, hacía que los admirara y respetara muchísimo. Al mismo tiempo, no sé por qué exactamente, los imaginaba tristes, un poco deprimidos ¡sufriendo hambre, dolor! Hasta podía ver la imagen de un misionero llorando su soledad bajo un árbol. Esa era mi visión de ellos. También lo imaginé de Adriana. Así que con ese viaje que emprenderíamos, mis dudas se confirmarían o no.

La confirmación

Estaba expectante. Oraba pidiendo confirmación a Dios, si Él usaría mi vida para salir algún día al campo misionero, o si solamente tenía que orar por otros que estaban lejos y ofrendar al exterior. Esto último yo lo estaba haciendo.

El viaje fue un poco largo. Salimos de noche, llovía, la ruta estaba un tanto peligrosa. Después de unas ocho horas más o menos, y algunas paradas, llegamos a un determinado lugar donde nos encontramos con un pastor que nos llevaría en su camioneta

hasta el Impenetrable. Así se llama el monte, este gran campo que como su nombre lo sugiere, no cualquiera llega hasta allí.

Cada vez se acercaba más la hora de ver a Adriana: mi misio-nera preferida. Por quien tanto había orado. Coleccioné todas sus cartas. Había agradecido por sus motivos de gratitud y pedía siempre por sus necesidades, ahora la vería cara a cara. Tenía mil preguntas que hacerle. Soñaba con verla.

El camino era de tierra, mucho polvo, estaba cansada, y alguien por fin dijo: «Ya llegamos». Yo venía en la parte de atrás de la camioneta, me asomaba para ver esas casitas de barro, gente que nos miraba escondiéndose, tímidos, asombrados de ver tantos blancos juntos, cargados de cosas. Éramos trece personas. Y yo esperando a ver desde qué árbol saldría ella llorando, caminando despacio, mirando el piso. ¡Hasta que la vi! Venía corriendo, con mucha alegría, riendo:

¡Por fin llegaron! ¡Los estaba esperando!

Recuerdo esa escena y los ojos se me llenan de lágrimas. Su rostro resplandecía, vi luz en su cara. Era un gozo que jamás noté en otra persona. Era una sonrisa de alegría, de felicidad. De sus ojos brotaba la paz.

Entren, entren, logré conseguir carne, ¡aquí la tengo para ustedes!

Y en su cuarto, de un gancho colgaba un pedazo de carne, una presa que alguien cazó y ella obtuvo a cambio de azúcar. Mientras no dejaba de mirarla, le dije al Señor: «Esto es lo que quiero para mi vida. Quiero ser como ella. No sé si me llevarás a algún lugar o no. Donde sea que esté, quiero esa misma paz y ese mismo gozo que tiene esta mujer».

Después de estar allí esos días, todos mis mitos cayeron. Entendí que en verdad el Señor sostiene a los que envía, que de Él es la obra. Que Él da su cuidado a los que le sirven. Que vale la pena el esfuerzo y dar todo para que otros oigan de su amor.

La vi hablar con los aborígenes, la vi reír con ellos, la vi llorar por ellos, la vi clamar, la vi amarlos. Y vi cómo la amaban... El Señor fue quien cambió esas vidas, pero ella fue el instrumento para que ellos entendieran muchas cosas. Y lo fue para que yo cambiara y Dios me hablara. Fue la confirmación que necesitaba.

La experiencia de conocer la cultura de los wichis, el choque transcultural, ver el sistema de vida de ellos y enfrentarnos a la lucha espiritual fue muy interesante. Yo estaba como en el aire. Dios me estaba mostrando que yo podría servirle para un trabajo de este tipo. Y también estaba sintiendo paz de dar otro paso más, que era seguir preparándome para el momento de salir.

Todo el mundo se prepara

En mi iglesia no se había hablado mucho de misiones antes. Misiones era por ejemplo la obra de Río Ceballos donde se comenzó una nueva iglesia. Pero mi pastor estaba abierto y siempre ha sido una persona dependiente del Señor, que quiere agradarle y hacer su voluntad.

Cuando le dije por primera vez que quería irme lejos a servir, sólo me respondió: «Estoy con vos». Así que con esa frase afirmativa emprendí muchas cosas, algunas sola, otras con ayuda de hermanos que empezaban a inquietarse por lo mismo.

Leonardo, mi pastor, siempre me guió y animó a seguir. Lo llenaba de información y a veces creo que me habré transformado en pesadilla para él. No lo dejé en paz. Al mismo tiempo tenía muchas actividades en la iglesia: era líder de jóvenes, maestra de escuela bíblica, trabajaba en los anexos de la iglesia, hacía teatro y títeres de vez en cuando para transmitir la visión misionera a todos.

Me cedieron cinco minutos en el culto de oración de los miércoles para que pudiera compartir motivos de intercesión de algún país u obrero. Poco a poco pasaron a ser diez ó quince minutos.

Luego se sumó la actividad del cuarto domingo que sería llamada, culto misionero. La Conferencia Misionera paso a ser algo muy importante en la vida de la iglesia. Cada vez se escuchaba más la palabra «misiones».

Fui compartiendo todo esto con mis padres y familia en general. En la hora de las comidas siempre comentaba algo sobre algún país. Al principio, cuando me escuchaban creo que pensaban: «Bueno, ya se le pasarán estas cosas de chica. Así como quería ser astronauta, maestra, y ahora misionera, quién sabe con qué saldrá el próximo año». Nunca lo dijeron. Pero con el tiempo fueron apoyando cada paso que tomé, bendiciéndome siempre. Deduciendo que cada vez faltaba menos para lo que todos imaginábamos.

Estaba obteniendo información de un grupo con el que nos reuníamos a orar cada lunes. Éramos de diferentes iglesias y denominaciones. Se había formado después de un congreso que organizó la agencia misionera Operación Movilización. En ese tiempo mi visión se amplió. Había tantos lugares para servir. ¿Adónde iría yo? No tenía ni idea. Estaba apurada por saberlo. Hubo oportunidades de hacer viajes de corto plazo a países limítrofes. Pero no tuve los recursos para hacerlos. Lloraba y no entendía por qué muchas puertas se cerraban.

Mi ardor por salir crecía. En la iglesia se seguían sumando algunos con este anhelo de Dios de que todos le conozcan. Me decidí a cursar el profesorado de Enseñanza Primaria y Preescolar. También hacía algunos trabajos cuidando niños, animando fiestas infantiles y en un jardín de infantes. Para algunos, yo era muy joven para pensar en misiones. Otros sólo me escuchaban, una gran parte me apoyaba y oraba por mí.

Me gustaba leer la Biblia de noche, en mi cama. Y una noche, leí un versículo que he tomado hasta hoy como mi meta: «Y por

todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Co. 5.15).

Realmente ya no podía vivir para mí misma, no quería. Sabía que era lo mejor vivir para Aquel que murió y resucitó por mí. Tuve siempre un ejemplo de familia hermoso. Mis padres amaban a Dios y nos enseñaron a hacerlo a mí y mis cinco hermanas menores. Yo soñaba con un hogar cristiano, soñaba con estudiar y ser maestra. Había visto la necesidad de escuelas en el Impenetrable y pensé que sería mi futuro allí. Anhelaba casarme con un hombre que amara a Dios, tener hijos y servirle sólo a Él. Pero al mismo tiempo no iba a conformarme solo con eso.

No iba a pasar el resto de mi vida en un país donde gracias a Dios muchos ya le conocen, otros le están conociendo, otros le pueden conocer en poco tiempo. No, no quería eso, sabiendo que en otros lugares no tienen la Biblia en su idioma, no tienen un solo versículo que hable de Su amor. No me conformaría con predicar en mi ciudad, aunque ese fue mi entrenamiento. Pero había algo más. Quería estar donde otros no le habían escuchado. Amaba mi tierra natal, pero al mismo tiempo sabía que me quedaba poco allí.

Panamá 1997

Otro viaje de corto plazo fue a LATINOAMÉRICA 2000. Así se llamó el Congreso Misionero Latinoamericano que se realizó en Panamá, en los últimos días de diciembre de 1996. Tenía diecinueve años. Pude participar con mis grandes amigos Diego y Hebe, con quienes vendimos muchos pollos asados con papas y empanadas para costear el viaje. El congreso duró cuatro días, (pasamos Nochebuena en el avión) pero, como actividad posterior al mismo, comenzando el año y durante todo enero, se formaron equipos que se distribuirían por todo el país para compartir en las aldeas el mensaje, utilizando la película *Jesús*.

Ese mes fue una experiencia inolvidable. Una vez más me vi frente a otra cultura, con rostros diferentes. Frente a una realidad que me abrumaba al ver que la mayoría no había escuchado nunca esta historia de amor. Cientos aceptaron a Jesús como su Salvador en esos días. Y estábamos siendo parte de esa fiesta en el cielo.

Esta vez se hizo más real en mí la decisión de dedicar mi vida a la tarea. Compartimos con jóvenes de varios países de América Latina, estábamos felices de servirle, de hablar de Él, de compartir los testimonios de nuestras vidas. De hacer el llamado al arrepentimiento y la oración de entrega con muchos.

Recuerdo a una tribu indígena. Usaban canoas y no conocían nada de Dios. Pero había gente, hermanos panameños, que recién en ese tiempo comenzaban un trabajo allí, entre ellos. Cuando volví de este viaje, compartí con mis padres y con mi iglesia lo que le había dicho al Señor: «Padre, no más viajes de corto plazo, la próxima salida quiero que me lleves por más tiempo. Ya no quiero quince días o un mes, quiero invertir mi vida en todo sentido con gente que no ha oído de ti, ahí quiero quedarme, con ellos».

«¡No esperaré más! me decía ¡Quiero hacer algo ahora!». A veces temía que por mi ansiedad cometiera errores, tomando decisiones rápidas y equivocadas. No quería apresurarme demasiado, necesitaba Su guía para ir al mismo paso que Él. Escribí en las tapas de mi Biblia, unas frases que me han acompañado todos estos años:

- > Cuando quiera comenzar una obra con mis propias fuerzas, muéstrame, Señor.
- > Cuando mis iniciativas sean el comienzo de algo, y no tu deseo, enséñame, oh Dios.

- > Cuando no me hayas mandado a hacer algo, y yo lo esté por realizar, házmelo saber, Señor.
- > Cuando en tu corazón haya un profundo anhelo, y necesites de alguien que lo cumpla, enséñame, oh Dios, porque allí quiero estar.

3

La partida

Puertas abiertas a Guinea-Bissau

COMO mi pastor conocía de mis inquietudes, me hacía saber cuando había algún evento misionero para que yo participara. Un día me pidió que fuera a unas reuniones de misiones, donde tenía que servir la comida a los pastores, misioneros y gente que participaría de estas charlas. Fui contenta de poder servir en eso, al mismo tiempo podía escuchar todo lo que se compartía. Fue la primera vez que escuché y vi al doctor Abel Vallejos. Un hombre decidido, serio, con pasión y fuerza.

Las primeras veces que lo oí hablar desde su banco, sentado, me pareció muy duro. Él siempre aportaba algún comentario. Se notaba que era exigente, reflexivo. Hasta pensé: «¿Quién habrá invitado a este tipo?».

Después de la disertación de varios, veo que se pone de pie y pasa a exponer. No lo podía creer. Con un gran mapa de África comienza a nombrar los lugares donde había estado sirviendo desde hacía diez años. ¡Era un misionero!

Habló de los perdidos con una pasión que yo no había visto

antes. Me impactó tanto su personalidad convincente que le pedí por favor que viniera a compartir una predicación en nuestra iglesia. No tenía tiempo, su agenda estaba cargada, pero por esas cosas de Dios, el domingo siguiente estaba parado detrás al púlpito de nuestra congregación.

Por esa época, julio de 1997, mi corazón estaba en la India. Quería hacer un viaje a este país por el que desde hacía un tiempo estaba orando, casi convencida de que terminaría allí. Le comenté a Abel de mis inquietudes misioneras y de mi amor por la India, pero él no me dijo mucho. Parecía como que sólo le interesaba el país donde él estaba trabajando.

Como en todos los hermanos causó conmoción y muchas inquietudes comenzaron a despertarse después de su visita, el ministerio de Misiones decidió invitarlo a la próxima Conferencia Misionera Anual, que sería en septiembre. Él vino por tres días. Expuso la Palabra, y compartió de su trabajo en Guinea Ecuatorial donde había estado un tiempo atrás, y ahora en Guinea-Bisau, hacia donde partiría otra vez con su familia.

Ojos que no ven, corazón que no siente

Le gustaba hablar, pero no hacerlo porque sí. Cuando habla te convence de algo. Te trasmite la visión de lo que quiere hacer de tal manera que uno la hace propia. Es una persona que deja traslucir cuán lleno de sueños está. Nunca usó el emocionalismo. Al contrario, parecía más bien duro a la hora de hablar de los pro y los contra del ministerio.

El día que predicó en esta conferencia, invitó a conocer Guinea. Dijo que no mostraría videos, ni fotos, porque nada de lo que él quisiera transmitir daría tanto resultado como ir personalmente a este país.

Mencionó: «Con nada se puede transmitir el olor, la miseria, la pobreza, la necesidad de que, al menos uno esté allí. Porque

ojos que no ven, corazón que no siente». Y con esta frase disertó aquella noche. Expresó que no nos invitaba a trabajar, solo quería que se levante un grupo para ir y ver la realidad de Guinea. Nada más. Gente que se costeara su viaje y estadía, sólo para captar la realidad de un mundo perdido. Sería la manera en que las iglesias despertaran a la necesidad de salir.

Esto impactó mucho y varios se anotaron para hacer ese viaje de un mes. Cuando habló de sus proyectos de educación y salud, de la necesidad de maestros, de un equipo de trabajo, entendí que la puerta se abría allí y ese sábado por la noche tomé la decisión de irme por dos años a trabajar con él y Patricia, su esposa.

El apoyo de la iglesia

Lo compartí con algunos amigos jóvenes, y al día siguiente con el pastor y su esposa Raquel. Le dije a Abel que quería ir por dos años. Y ese día lloré mucho, de gozo, de alegría, al mismo tiempo sentía que moría a muchas cosas, y a mí misma. Por los pasillos de la iglesia la gente me abrazaba, muchos lloraban y la mayoría me dio palabras de ánimo, promesas de ofrendas y una hermana hermosa ese día decidió por fe pagar mis pasajes.

Sería la primera vez que la iglesia enviaba a alguien al campo misionero. Yo me sentía muy joven. Muchos me hacían sentir que todavía no tenía edad, pero desde hacia tiempo, los hermanos se habían abierto a oír de misiones, a dar.

Había otros que no estaban tan convencidos. Pero Dios fue tan fiel, y lo alabo y le agradezco por el pastor que me dio, porque fue quien me apoyó desde el primer día en que le conté mi inquietud. Ya sea él, Leonardo, como Raquel, han sido hasta hoy mis padres espirituales, me han demostrado tanto amor y confianza, que esto fue clave para todo lo que emprendí desde aquel día. En esta III Conferencia Misionera Anual, el último día, oraron por

mi y toda la iglesia conoció de mi partida, al mismo tiempo que se comprometían a enviarme y sostenerme.

Mi familia

Me sentía en las nubes, el tiempo había llegado. No tenía todo claro, pero sabía que era del Señor. Terminé ese año de cursar el profesorado en Enseñanza Primaria y la parte teórica del profesorado en Enseñanza Preescolar.

Ese domingo, después de hablar con Abel y mis pastores, llegué a casa temblando. En la mesa, estaban mis cinco hermanas y mis padres. Comimos un rico asado. Hasta que llegó el momento donde tenía que contarles. Yo creo que ellos sabían que algún día llegaría este momento. Teníamos en frente de la mesa de la cocina, pegados en la pared, muchos mapas, fotos, y cartas de oración de algunos misioneros. Ya era común que yo dijera que quería irme a algún viaje misionero. Pero no sería común que dijera: «Me voy por dos años al África, en tres meses».

Aún así sabía que el Señor había ido preparando todo. Estaba confiada. Pero tenía un dolor muy fuerte por dejar a mis hermanas, sobre todo las más chicas. Melisa tenía entonces cinco años. La amaba tanto, era chiquita y traviesa. Me gustaba mucho verla crecer y jugar con ella. Les conté sobre las reuniones de la Conferencia Misionera y sobre el misionero Vallejos. Ellos no habían ido ese fin de semana a la iglesia. Les dije entonces que había decidido irme por dos años con esa familia, a servir en el proyecto de preparar maestros locales en Guinea-Bissau.

Recuerdo que en el mismo momento mi mamá empezó a llorar. Mis hermanas, una por una se fueron levantando de la mesa y lloraban en sus cuartos. Mi papá no decía nada todavía. Mi madre estaba preocupada porque si me iba no me casaría nunca. Era su temor más grande. Quizá pensaba eso porque sólo había escuchado de mujeres solteras que salían al campo, o porque en reali-

dad la mayoría de los obreros transculturales son mujeres solteras. A mí nunca se me había cruzado eso por la cabeza. Esperaba algún día casarme, de hecho por ese tiempo estaba enamorada de alguien que por supuesto quedaría en segundo plano por el momento. Yo sabía que no era un tema importante ahora, ya que no teníamos el mismo sentir.

Pero para mi mamá no era así y se angustiaba mucho. Yo lloraba con ella mientras la abrazaba. Mi padre trataba de tranquilizarla, diciéndole que recordara que yo no era de ellos, que un día cuando nació me habían entregado al Señor, y que Él podía hacer conmigo lo que quisiera.

Me entregaron en Sus manos con mucha madurez y siempre sentí su apoyo. Ellos fueron clave para mí, porque teniendo sólo veinte años, me ayudaron, me guiaron, me apoyaron y me enviaron como papás, al servicio del Señor. Con miedos y temores me imagino, pero nunca me los dijeron, jamás se opusieron ni expresaron preocupación obsesiva. Siempre los vi confiados en el Señor, que Él me cuidaría y se haría responsable de mi vida. Eso me dio más seguridad. Adoro a Dios por los padres hermosos que me dio. Él había preparado a toda mi familia para servir juntos. El apoyo de mis hermanas fue maravilloso, su compañía y cercanía estuvieron allí siempre. Lloré mucho por ellas, éramos muy unidas.

La despedida

Se acercaba la fecha. Desde ese setiembre de la conferencia hasta que salí, pasaron tres meses. La iglesia me dio todo su apoyo. En ese corto tiempo pude solventar los gastos de vacunas, pasaporte y visa, animando fiestas infantiles. Me sentía feliz de estar haciendo algo yo también para cubrir un poco de todo lo que había que pagar. Aún mi familia me ayudó mucho.

Hubo seis personas más de mi iglesia que se unieron conmigo en el viaje, para quedarse un mes. También cinco más de otras

provincias de mi país. Así que en total éramos doce los que partimos en diciembre de 1997. Con todas las vacunas necesarias y con profilaxis para la malaria en mano, salimos llenos de expectativas. Con los ojos bien abiertos, manos transpiradas y latidos más acelerados de lo normal.

Los saludos y llantos de despedida me hicieron doler el corazón. Debe haber sido una de las veces que más lloré. Fuimos hasta Buenos Aires en autobús, un viaje que parecía eterno, cuyas doce horas me las pasé leyendo todas las notitas, tarjetas y cartas que los amigos me dieron en la terminal. El sueño se estaba empezando a cumplir. Con una valija y una dirección de correo electrónico que debía aprender a usar, me fui feliz de que había llegado la hora de la partida.

4

Primeras pisadas en suelo africano

¡No chiga! (¡Llegamos!)

ERA MEDIADOS de diciembre de 1997. Pasamos casi una semana en la isla de Sal, porque sólo había un vuelo semanal a Guinea-Bissau. Aprovechamos ese tiempo para conocernos como grupo: éramos siete de mi iglesia en Córdoba, tres de Neuquén y dos de Buenos Aires. Llegó el día de embarcar y llegar de una vez a destino.

Desde el avión se veía el paisaje de Bissau, la capital de Guinea-Bissau. Ex colonia de Portugal. En aquel momento el país estaba ubicado en tercer lugar entre los más pobres del mundo. Se veía todo verde por las ventanillas. Los ríos se dejaban apreciar haciendo dibujos entre los árboles, parecía selva. El corazón me latía rapidísimo y tenía un cosquilleo en el estómago. Sentía que había estado lejos de mi país y que ahora llegaba. Era como volver a mi tierra.

En el avión todos comenzaban a hablar fuerte, claro que no entendía ni siquiera una palabra de lo que escuchaba. Hablaban

en *criolo*, el dialecto de los guineanos. Parecía algo como portugués con un poquito de español. El resto, un rejunte de sonidos y palabras muy graciosas. Me enamoré de esa lengua rápidamente. Aunque creía que jamás la aprendería.

El 20 de diciembre, cuando pisé tierra, dando un salto desde el último escalón de la escalera del avión, el olor del ambiente me impactó. Físicamente sentí un calor muy fuerte, húmedo, pesado. Sentí una mezcla de aromas: frutas y basura, sudor y plantas. Olor a tierra mojada y frituras. Todo al mismo tiempo. Empezaba a experimentar sensaciones que jamás había vivido. Las miradas de la gente, empujones y gestos de cortesía.

Abel y su familia, más Helen Salinas, nos esperaban muy contentos. Nos llevaron a conocer la casa donde pasaríamos ese mes con el grupo, y donde sería mi hogar cuando los que habían venido por corto tiempo se fueran. La compartiría con Maimuna, quien vivía allí desde hacía unos meses. Helen también salió después de ese mes. Ella estaba allí desde hacía un año. Me dejó su cama, un ropero, una mesa con cuatro sillas, un filtro de agua y algunas cosas de cocina. Me dijo:

Puedes usar mis cosas con confianza, y cuando venga en seis meses nos iremos a vivir juntas.

«¡Qué bueno! pensé . Aprovecharé estos seis meses con Maimuna para conocer el país, la gente, el idioma y la cultura. Cuando llegue Helen va a ser lindo compartir con ella».

Lo que ni yo ni ella ni nadie sabía era lo que sucedería en seis meses. Ese mes se pasó rápido. Hicimos viajes al interior y conocimos el trabajo que ya se estaba realizando. Yo no veía las horas de comenzar a hacer algo. Tenía muchas ganas, sueños e ilusiones. En cuanto el grupo se fue pude instalarme en la casa y comencé mis clases de *criolo* con un amigo: Nené.

Lalaquema

Así se llama el barrio. Es de calles de tierra. Todos los vecinos sonríen continuamente. La casa era de material, grande, vivía allí Maimuna. Nos hospedó muy feliz. Tenía mi edad. Estaba solita desde su conversión. Ella es de la raza de los mandingos. Nadie podía creer que una blanca hubiera ido a vivir allí. Era un barrio retirado donde los taxis no querían llegar porque el camino era de tierra, pero muy lindo, rodeado de palmeras y una *bolaña* a mano izquierda. Las *bolañas* son lugares donde el agua brota naturalmente en el suelo, y ahí se siembra el arroz.

A unos metros de la casa había unos árboles de mango. Y en el frente, el pozo de agua del cual nos abastecíamos con Maimuna. Cada día había que sacarla. La filtrábamos con trozos de tela. Guardábamos algunos baldes en el baño, otros en la cocina, y en el *londe* (vasija de barro que usan para guardar y refrescar el agua) poníamos la que sería el agua para beber.

Como no había refrigerador, cada mañana uno debía hacer las compras del día. Al principio iba con Maimuna, pero poco a poco tuve que hacerlo sola, ya que ella estudiaba y se ocupaba de otras actividades. También visitaba mucha gente, por eso no podía guiarme las veinticuatro horas.

Qué frustración tan grande no poder ir con las mujeres del barrio. En ocasiones me unía a ellas, porque siempre iban todas juntas. Pero a veces no sé qué me decían y ya no me daban muchas ganas de ir cada día durante tres horas sólo para comprar dos papas, dos cebollas, un diente de ajo y cuatro cangrejos. Una bolsita de cuarto litro de aceite (medida que se usa para cocinar solo un plato), unos terroncitos de sal y un poco de lechuga, medio kilo de arroz y un pan, si llegaba temprano. Toda la mañana para comprar eso. «¿Al final a qué vine? ¿Voy a pasar toda la mañana para comprar lo que comeremos hoy solamente?», pensaba. La ansiedad me empezaba a inquietar.

Al menos de esta manera conocí el barrio. Me perdí varias veces, en ocasiones lo hacía a propósito para hacer caminos diferentes. Pero como medio mundo sabía dónde vivía esta blanca, cuando me veían pasar mandaban algún niño para que no se despegara de mí hasta que llegara a la casa. Siempre todos temían que algo me pasara. Parecía ser que cada uno de ellos se sentía responsable de mí.

«No es bueno que el hombre esté solo»

Siempre compartimos este pasaje con los que se casan. O con los que queremos que se casen. Será que los guineanos tienen algún dicho parecido, o algún proverbio tradicional, porque en esta cultura la intimidad no existe para nada. Necesitan estar juntos todo el tiempo.

Los niños del barrio no podían pronunciar bien mi nombre: «¡Marcel! ¡Marcel!» decían, asomándose todo el día (literalmente) por las puertas y ventanas de la casa. Al principio me encantaba, me sentía útil aunque sea para hacer salir una sonrisa de la boca de esos niñitos. Al pasar las semanas, cuando me interrumpían el estudio, la lectura, o invadían continuamente mi poco tiempo de quietud, ya no me caía tan bien. Pero nada podía hacer. Ni sabía cómo hablarles.

Ni siquiera en el baño podía estar tranquila. No había puerta. Gracias a Dios estaba dentro de la casa, y no como el resto de los vecinos que lo tenían fuera, de chapas de cinc, donde cada vez que alguien entraba se le podía ver desde el pecho a la cabeza. Entonces, todos sabían a qué había ido el otro al baño.

Como tampoco había luz en la casa, a veces me aguantaba las ganas de ir al baño hasta la noche, porque en cualquier momento Maimuna aparecía. Así por lo menos, de noche no vería tanto...

Cuando me bañaba ponía la vela lejos para que, si entraba, no percibiera mucho. Me parece que ella se dio cuenta de mi inco-

modidad. Solita fue después de un tiempo y puso en la puerta una cortina (transparente casi). No sirvió de mucho porque si ella llegaba a la casa y yo estaba en el baño, entraba a saludarme y contarme cómo le había ido. Con el tiempo me dio igual. Ya éramos como hermanas.

¿Kuma di kurpu?

El idioma, ese fue mi choque más grande. Mi bloqueo mental. Desde que llegué pensé que jamás lo aprendería. Le preguntaba a Dios cuándo sería el día que pudiera decir una frase, un saludo bien dicho. Por lo menos quería entender algo de lo que la gente me decía.

Una de las primeras cosas que uno aprende es a saludar, y «¿*Kuma di kurpu?*» es la primera pregunta que te harán si llegas a Bissau. Al principio intenté traducirla literalmente: «¿Cómo vas de cuerpo?». Me dije a mi misma: ¡Qué gente tan directa, ¿cómo van a preguntar eso? Al pasar los días y escuchar que la respuesta era: «Estoy bien», me di cuenta de que la pregunta era de lo más normal y simple, significaba: «¿Cómo estás?» o «¿Cómo está tu cuerpo?». ¡Qué alivio!, me faltaba nomás que tuviera que ponerme a explicar ciertas cosas tan personales apenas conocía a alguno. Después de la pregunta: «¿*Kuma di kurpu?*», siguen otras:

- > ¿Cómo está la casa?
- > ¿Cómo está tu salud?
- > ¿Cómo está la familia?
- > ¿Cómo están los niños?
- > ¿Cómo están las gallinas?
- > ¿Cómo están las cabras?

Y la lista sigue y puede llegar a ser interminable.

Mientras uno va preguntando, el otro, inmediatamente des-

pués de empezada la pregunta, va respondiendo que «todo está bien». Repite esta frase cuantas veces se haga la pregunta. Una vez terminadas las preguntas, el interlocutor (que hasta ahora era el que estaba respondiendo) comienza a preguntar, a lo que el primero responde incontables veces: «Todo está bien, gracias».

Detenerse a saludar es muy importante. Nadie podría pasar y sólo gritar «¡Hola!». Es necesario tomarse el tiempo para averiguar la situación del vecino. Lo interesante es que a veces, cuando se pregunta por la salud, aunque ellos estén enfermos responderán que están «muy bien». Me tocó visitar gente que ha estado a punto de morir, sin embargo, jamás esbozaron una queja o respondieron que estaban convalecientes. Todo lo contrario: «*Stá diritu*» (todo está bien).

Otra de las preguntas normales es: «¿Cómo está tu marido?». Yo era soltera y todos lo sabían. Pero como formaba parte del repertorio, también me tocó responder que «Él está bien, gracias». Y lo decía contenta, confiando por fe que en algún lugar del planeta ya existía.

Hasta hoy, el criollo ha sido el idioma más gracioso que he conocido. Su música y acento se me hicieron propios. Maimuna tuvo mucho que ver en esto. Jamás me habló en portugués (idioma que ella sabía muy bien), me repetía ochenta veces la frase hasta que la deducía. Me tuvo muchísima paciencia y amor.

¿Lavarropas automáticos?

Un día me puse a lavar la ropa. Me senté en el umbral de la puerta con un balde entre las piernas, el jabón, dos baldes más de agua y la ropa sucia. Metí todo dentro y empecé a fregar.

Vi pasar una chica joven, como de quince años. Algo me dijo, a lo que yo sólo le sonreí sin poder responderle nada. A los tres minutos, un gran grupo de mujeres, como ocho, se empezaron a acercar a mí y a tirnearme la ropa de las manos. Todas gritando

y hablando fuerte haciendo señas con las manos y los brazos, escandalizadas y con cara de pánico. Yo no entendía nada, pero a los minutos me empecé a dar cuenta que lo que me querían decir era que estaba lavando la ropa mal, que estaba haciendo todo pésimo, que no era así como debía hacerlo. Ellas querían que lavara a su manera.

Una corrió a traer una tabla de fregar y con señas me explicaba cómo debía pararme y agacharme paralela a la tabla para lavar la ropa y que ésta quedara bien lavada. Yo no soltaba ni el balde ni la ropa. No iba a permitir que ellas ganaran. Con esa tabla y con la fuerza que ellas empleaban para lavar, en dos días no tendría más vestimenta.

Yo en mi idioma les decía que así estaba bien, que quedaría super limpia, que es mi forma. Y por poco no rompíamos la ropa de tanto tirar cada una para su lado. Fue horrible para mí no poder hablar y decir todo lo que quería decir. Pero tal vez fue lo mejor en ese momento.

No pudieron conmigo y seguramente se fueron lamentando por haber visto una chica tan ignorante lavar la ropa. No supe qué decían, pero podía imaginar y escuchar la traducción de sus frases: «Pobre blanca, no sabe lavar, no sabe hablar, no sabe nada, ¿a qué habrá venido? Es tan débil, pobre ignorante, dejémosla. Que siga lavando como quiera».

Esa noche lloré mucho. La impotencia que sentía no podía describirla fácilmente. De rodillas pedía entender esa lengua. Sentía que perdía el tiempo. Los días pasaban y parecía cada vez más tonta. Sentía como que tenía tres años, o menos. Comenzando a aprender todo desde cero. Dependiente, incapaz, inútil.

El Señor trabajó mucho en mi carácter. Parece que necesitaba paciencia así que Él usaba cada circunstancia para moldearme. Fue su forma de abrir mis ojos a un mundo distinto. Había leído sobre el choque transcultural y conocía del tema. Pero vivirlo era

diferente. Sentía que Dios quería prepararme en muchas áreas antes de poder transmitir su Palabra.

Debía conocer estas personas y amarlas con contexto y todo, con costumbres incluidas. Para llegar a su corazón debía hacer muchas cosas como ellos, uniéndome a sus pensamientos. Sólo Dios me dio gracia y me sostuvo en aquellos meses. Hoy encuentro marcado en mi Biblia desde aquel tiempo con lapicera roja, el Salmo 94.18:

Quando yo decía: Mi pie resbala, tu misericordia, oh Jehová, me sustentaba.

El que no saca agua que no beba

No me sentía cómoda si Maimuna se ocupaba de todos los quehaceres de la casa. Ella estaba contenta de verme ayudar también. Fue un alivio que no me costara mucho convencerla de que yo también quería trabajar en nuestra vivienda. Como ella muchas veces no estaba por las mañanas, me hice cargo de sacar agua del pozo. No era justo que ella lo hiciera siempre y yo me quedara mirando o filtrando el agua.

Sacar los baldes de agua era todo un trabajo. Para mí sería digno hacerlo, porque no sólo era para consumo propio, sino que de esa manera podía servir a mi compañera. A su lado estaba aprendiendo muchísimas cosas. Quería recompensar un poco todo lo que ella me estaba dando. El pozo era nada más y nada menos que eso: un pozo. En el borde tenía una fila de ladrillos que sobresalían de la superficie del piso. Algunos se paraban allí para poder agarrar mejor el balde, meterlo y sacarlo con agua. Como no había roldana ni nada que se le parezca, todo dependía de la práctica. Parecía sencillo mirando a otros hacerlo.

El problema fue cuando yo comencé a intentarlo, sin resultado alguno. No había calculado que debía tener mucha fuerza en mis brazos para lograrlo. No conté la cantidad de años que las ni-

ñas y mujeres aquí invierten en esta actividad y cómo ese tiempo repercute en la habilidad y en los fuertes músculos de sus brazos.

Fue un verdadero desastre querer tirar el balde dentro del pozo de forma correcta; ni eso me salía. Casi siempre me quedaba dado vuelta boca arriba. Si lograba que el balde cayera boca abajo y se llenara de agua, cuando iba sacándolo pegaba en las paredes del pozo, por lo tanto se llenaba de tierra. Fue una vergüenza tomar el balde con agua y ver que la mitad era barro, y que esa agua no servía para nada. Me había cansado, había desperdiciado el elemento vital y seguía sin obtener lo que necesitaba. Gracias a Dios no entendía todos los comentarios de los que me miraban. Trataba de ser fuerte y que eso no afectara mi autoestima.

Quería gritar y llorar. Pero, no pudiendo hacerlo delante de todos, me guardaba esas lágrimas y el nudo en la garganta para las noches. Era el momento de desahogo, mientras escribía cartas a mis amigos y les contaba cómo estas pequeñeces de la vida me estaban frustrando tanto.

Pasé muchos días intentándolo. Si mal no recuerdo, nunca pude sacar un solo balde de agua limpia. Nunca tuve la dicha y el orgullo de decir: «Lo logré». Nunca pasó. Ahí quedaba, siempre última, después que todas las mujeres habían cargado sus fuentes de cuarenta litros y se los llevaban en sus cabezas.

Así que opté por dar un poco de dinero a una niña de doce años que siempre venía a verme, y ella en diez minutos me sacaba todos los baldes que necesitaba. Nos reíamos al borde del pozo, y agradecía a Dios por los buenos vecinos que me habían tocado. Y eso de llevar los baldes en la cabeza también lo intenté varias veces. Terminé siempre empapada, dispuesta a pedirle a alguien que me ayude a entrar los fuentones a la casa.

Las razas

El barrio era mitad pular y mandinga, la otra mitad balanta y pepel. Los pulares son una de las razas de musulmanes más grandes del África negra. Ocupan casi una veintena de países y se sienten orgullosos de haber sido los primeros en convertirse al islam a la llegada de los árabes. Yo no sabía de ellos hasta que llegué allí.

En Guinea-Bissau se les dice *fulas*, ya que es la forma en que se los nombra en español y portugués. Entre ellos, el nombre común para nombrarse a sí mismos es *pular*, o *pulo*, *fulanis* o *peuls*, en francés. Yo los menciono en este libro como *fulas* o *pulares*. Entendí estando allí que eran un pueblo que recién en ese tiempo comenzaba a ser alcanzado por el evangelio. Así también los mandingos, musulmanes con nulo testimonio cristiano entre ellos.

Pero los balanta y los pepel, son un pueblo animista. Representan la mitad de la población. Cada vivienda tiene al lado una pequeña construcción de barro y paja, como una casa en miniatura para que vivan allí los espíritus. Muy creyentes en brujos y hechiceros. Casi todos ellos lo son. Nominalmente algunos se dicen cristianos católicos, pero sólo un diez por ciento lo practica. Hay líderes cristianos balanta y pepel que desde hace un tiempo han estado predicando muy entusiastas a su pueblo y han visto mucho fruto.

Mi corazón se inclinó más por los fulas. Llamaron mi atención rápidamente y tenía cerca una gran familia compuesta de unos seis matrimonios, cantidad de niños y un par de ancianos. Allí me sentaba con ellos debajo del gran árbol de mango. La mayoría no sabían ni siquiera hablar el criollo, las mujeres solo hablaban pular. Los hombres y algunos niños entendían y podían comunicarse en criollo. Así que no me quedó otra que incursionar en esta lengua.

Tenía siempre a mano un cuaderno. Lo tengo hasta hoy. Miro los

dibujos y escritos de aquel tiempo y me parece estar allí sentada con ellos otra vez. A pesar de lo poco que sabía del criolo, ya hacía mis primeros garabatos también en pular. Si me trababa con el criolo, mucho menos se entendían mis balbuceos en pular. Pero otra vez: la clave era reírme de mí misma, y volver a intentar.

Los manjares

Conocí la existencia de un nuevo almacén, o mini supermercado. Encontré allí algunos enlatados: aceitunas, arvejas, mermelada. Todo traído de Portugal. Algunas galletas dulces y pollo. Pero me gustaba más la comida guineana: arroz con pescado. Aunque a veces sólo era arroz hervido. Dependía dónde comiera y el nivel adquisitivo de mis anfitriones.

En casa con Maimuna también lo cocinábamos día a día. El nombre del plato dependía del acompañamiento. Es decir, siempre era arroz pero con una salsa diferente. Me encantó el caldo de *mancara*: una salsa a base de maní molido, riquísimo. O *supu cagñe*, con aceite de palmera, algo que abundaba en Guinea.

Lo más tedioso siempre era encender el fuego. Yo, inexperta total, tardaba horas intentando quemar cartones, hojas secas y tronquitos para poder cocinar en aquel brasero de hierro. Pero todo era en vano, inútil esfuerzo. Después de un tiempo conseguí una garrafa de gas, la compré sin dudar y asunto solucionado.

Un día invité a Nené, mi maestro de criolo, y a una chica que me había hecho las trenzas por primera vez. También vino su amigo Gabriel. Estaba nerviosa, practicando un número mínimo de palabras aprendidas, pero que a la mayoría no me las entendían.

Les hice pizza, o un intento de pizza. Era la primera vez que lo hacía allí, con un queso raro que había encontrado, y una levadura a la que nunca pude descubrirle la medida exacta o el tiempo adecuado de leudado. Por lo tanto, la pizza quedó algo así como

una tortilla dura con salsa y queso. Ellos, felices, la devoraron. Yo, frustrada total, pero con cara de: «Me alegra que les haya gustado, coman más» (¡porque no podía ni probarla!).

La comida preferida de Maimuna era una salsa de cangrejos. Tengo en la mente esa imagen grabada como si fuera ayer, tan real. Ella enfrente mío, las dos sentadas en la mesa comiendo casi a media noche cuando volvía de la escuela. Una vela de centro de mesa, ella saboreando los cangrejos, después de masticarlos, chupaba sus ojos y cualquier orificio o extremidad del crustáceo. También le encantaban los ojos de pescado, los aspiraba como si fuera la última vez que comería, haciendo un ruido fuertísimo que parecía que le daba más satisfacción, o como si de esa manera se saciara más rápido. Me parece que desde el principio estudió mi cara para ver si me daba asco o no sus modales.

Después, una vez satisfecha, continuaba con más ruidos: varios eructos, fuertes y estridentes, seguidos uno de otro con un: «Disculpa». Hasta hoy es la única africana que conozco que ha dicho «Disculpa» después de eructar. Es que en realidad para ellos no está mal. Al contrario, demuestran de esta manera que están satisfechos, saciados, repletos, y agradecidos. Dan a entender que la comida ha sido una exquisitez. Después supe que como ella ya había tenido algunos amigos blancos, sabía que para nosotros es una falta de educación, así que la pobre se ocupó de tratar de no ofenderme. Lo tomé con agrado, y después hacíamos muchas bromas de esto.

De todo lo que decía, le entendía un treinta por ciento, pero me reía mucho. Podía captar el sentido de lo que me contaba. Eran siempre historias interesantísimas de su vida, su familia. Anécdotas duras, fuertes, algunas tristes. Pero de todo ella sacaba lo positivo, y se podía ver claramente la mano de Dios guardándola en todo momento, amándola. Era muy sencilla, pero

coqueta. Divertida. Volvía a untar los dedos en la salsa y seguíamos riendo.

De esta manera, pronto olvidé las milanesas con puré, ensaladas o asados. Solo extrañaba las facturas (bollos dulces) y empanadas (plato típico argentino). El tenedor y el cuchillo parecían no haber existido nunca en mi vida. Por lo demás, estaba feliz de comer con la mano y chuparme los dedos al terminar. Como las comidas se introducen a la boca con la mano derecha, luego de terminada la actividad, uno se chupa los dedos y la parte de la mano que aún tiene arroz para luego lavarla. Nada se desperdicia, todo se aprovecha. La cantidad de aceite de las comidas hace que este proceso de lamer la mano sea más rápido y resbaladizo.

El único problema es que estaba aumentando de peso. Tenía que tomar diariamente mi medicina por un desequilibrio en mi glándula tiroides. No me sentía del todo cómoda con esto. Las comidas, que eran muy ricas en grasa, no me ayudaban en absoluto. Oraba que el Señor me sanara y pudiera tener un peso normal. Estaba excedida en cerca de veinte kilos.

5

Convivencias

¡Brancu, patin diñer!

FUE LO QUE más rápido aprendí en criollo: «*Branku, patin diñer*». Significa: «¡Blanca, dame dinero!». No podía entender cómo niños tan pequeños, que apenas podían hablar, fuera donde fuera, los viera por donde los viera, dirían la frase. ¿Sería que otros blancos sí les daban? Al principio no podía responderles, solamente los miraba y me reía sola. Con el tiempo aprendí a decir: «No tengo». O llevaba en mi cartera caramelos o alguna galletita, eso era mejor para ellos, y se iban contentos.

Y como todo, al principio resultó extraño, emocionante, impactante, pero con el tiempo llegó a darme la impresión de que a los demás no les interesaba ninguna otra cosa más que el hecho de que yo era blanca y rica. No podía entender cómo ellos pensaban que era tan adinerada, si vivía con ellos, en el mismo barrio. Caminaba a todas partes como ellos, rara vez tomaba el transporte público que son los taxis. Parecía que nada de lo que hacía servía o valía para identificarme con mis vecinos. En sus mentes yo

era blanca y nada más. Yo tenía mucho dinero porque venía de América.

Viviera como viviera, comiera lo que comiera, caminara o no caminara, tomara la *toca-toca* o no la tomara, yo era blanca (la *toca-toca* es un transporte público muy barato, un autobús pequeño bastante arruinado donde el chofer debe hacer que entren la mayor cantidad de personas posibles, una al lado de la otra, una encima de la otra, o las cabras, gallinas y pescados del otro encima de uno). El nombre *toca-toca* se debe a que hay que empujarse con las caderas y hacer mucha fuerza para que el otro se haga a un lado un poquito y así sucesivamente, mientras en cada esquina siguen subiendo gente y animales.

Nunca en mi vida me acomplejé por mi color. Pero a veces, algunos días, o varios días, hubiera querido nacer negra para que no me miren, para que nadie supiera quién era yo, para que ya nadie me dijera que se quiere casar conmigo y que lo lleve a mi tierra.

Después de algunos meses, otra vez era feliz de ser blanca. Me resigné a lo que ellos pensarán. Trataba de actuar lo más normal posible, viviendo de una manera sencilla. Al fin y al cabo, era verdad que yo tenía más que ellos. Allí o en mi país yo tenía más: sábanas, una mesa, dinero para enviar cartas y fotos por correo, un par de mudas de ropa más que ellos, unas sandalias de mi patria, de buena calidad, que aún me duraban. Tenía una máquina de fotos. Asumí que tenía más, acepté que era la blanca del barrio y eso no cambiaría. Empecé a reírme de mí misma cuando hacíamos estos comentarios juntos. Fue la mejor manera de no frustrarme tanto.

Comprometida con doce años

Aisha era una de las niñas más lindas de la familia fula. Tenía cerca de doce años. Nadie sabía en realidad su edad, pero era una nena. Un día trajo una foto de un primo que vivía en Portugal, de

unos veinticinco años o más. Me dijo que hacía tiempo la habían comprometido con él y que lo estaba esperando para casarse.

Traté de no poner tanta cara de asombro, fingí alegrarme con ella. Empecé a entender el sistema de elección de la pareja, o de no elección de la pareja. Sentí pena por ella, aunque después de todo: mejor así, que ella estaba contenta y no que se lo impusieran a la fuerza.

Con el tiempo descubrí que en la mayoría de los casos los padres arreglan el matrimonio desde que son niños. Se casan entre primos hermanos y con el pasar de los años, él elige la segunda esposa que es a quien en realidad ama, de quien realmente está enamorado.

A veces en las noches me iba a pasar tiempo con toda esta familia. Cada vez que estaba con ellos, sentados alrededor de una olla sobre el fuego, observaba sus miradas tan fuertes, sus cuellos con *medicina*, como ellos llaman a las hechicerías que sus mismas manos confeccionan. Se notaba su esfuerzo al hacer obras para alcanzar gracia, y el corazón se me estremecía porque hasta casi podía ver un velo en sus ojos y un gran tapón en sus oídos.

Esperaba que el mismo Señor se apareciera entre ellos y hablase, deseaba que una luz radiante se posara en el techo de sus casas. Me ha costado tanto entender lo fuerte de sus creencias. En medio de estos pensamientos leía en Romanos 9.31-32: «Mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley». Veía en ellos personas buenas, deseosas de hacer el bien. Muy hospitalarios conmigo. Firmes en sus convicciones y amantes de las tradiciones familiares. Me encariñé tanto con ellos. Y como Pablo, clamaba por sus vidas:

Ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios,

y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree (Ro. 10.1-4).

Quería compartir muchas cosas, pero lo hacía más bien en privado con Aisha y con su primo Buba, un muchacho de unos veintitrés años que comenzó a interesarse en la Palabra.

Un velorio muy festivo

Maimuna estaba terminado su secundario en una escuela para adultos, así es que cerca de las seis de la tarde se iba y volvía casi pasando las once de la noche. Aprovechaba esas horas, cuando no llegaba nadie, para escribir y responder cartas. Había encontrado un ciber café, el único en la ciudad y bastante lejos de mi casa. Pero en ese tiempo eran pocas las personas con las que podía comunicarme por email, casi todo lo escribía a mano.

Una noche empecé a escuchar algo que parecía como una cierta música mezclada con gritos, como si fuera una gran fiesta. No quise asomarme, aunque la casa del evento era casi al lado. Pero incluso sin mirar, podía imaginarme una especie de descontrol, por la forma de gritar de la gente, los ruidos, saltos y golpes. Se escuchaban instrumentos, objetos que se golpeaban, y cantos y sonidos hechos con la boca que, en conjunto, producían una extraña música.

Cerca de media noche cuando llegó Maimuna, me entero que lo que estaba pasando era un *lloro*. O sea un velorio. No lo podía creer y pensé que era una broma. «Vayamos a ver», me dijo.

Cuando vi aquello no salía de mi asombro. La gente danzaba dando vueltas y giros, en estado total de trance. Otros golpeaban troncos con algún elemento de cocina o palos. Muchos sólo estaban sentados dando gritos. Nadie lloraba, más bien parecía que lo hacían de contentos. Habían matado algunos cerdos y estaban to-

mando vino. En realidad lo que aquí se usa como bebida alcohólica es el jugo de *cayú* fermentado.

Esto duró por tres jornadas consecutivas. Sin parar. Mañana, tarde y noche. Los gritos, los golpes, la borrachera, el descontrol. Ellos pertenecían a la tribu de los balantas. Por supuesto que los fulas ni se acercaron al velorio, en realidad desaprobaban totalmente las prácticas de esa etnia, principalmente el hecho de beber vino y llorar cuando alguien muere. Los fulas en cambio, no se alcoholizan ni se permiten expresar el sufrimiento.

Sentí mucha opresión espiritual esos días. Como un peso sobre mis hombros o murmullo en mis oídos. Me aferraba más al Señor a medida que iba descubriendo cosas nuevas de la cultura. Algunas de ellas se hacían más familiares para mí, otras cada vez más extrañas y difíciles de entender o asumir. Cuando me di cuenta que nunca las entendería, solamente las acepté como diferentes.

Nacimientos

Tanto el velorio como el nacimiento de la bebé de una amiga me hicieron dar cuenta que los sentimientos de los seres humanos son los mismos, sólo que la forma de expresarlos difiere de cultura en cultura, de familia en familia.

Una de las mujeres fulas del lado de mi casa había tenido su hijo. Ella había sido circuncidada como todas las niñas de su raza. También le habían cocido los labios menores en aquel tiempo, lo que le complicó el parto produciendo un desgarró bastante grande y doloroso.

Parecía un día de luto. Ella estaba tirada en la cama, mordiéndose los labios del dolor por la herida abierta, sin poder llorar o gritar. Hay muchos sentimientos que no se expresan jamás. Estaba teniendo una gran hemorragia. El bebé que lloraba de hambre

pero su madre en el sufrimiento no podía ni tomarlo ni llevarlo a su pecho.

Yo estaba en medio de tres ancianas que trataban de convencerla de hacer algo, pero no entendía qué era. Maimuna hablaba de igual manera que las viejitas, como insistiendo en que ella debía hacer alguna cosa. Después entendí que todas estaban preocupadas por el bebé. Querían que le diera de mamar aunque estuviera dolorida. Yo deseaba llorar, abrazarla, tomar al niño, pero nada podía hacer. Transpiré mucho bajo esas chapas de aluminio, sólo oraba. Mientras tanto a la criatura le dieron agua con azúcar. Si hubiese podido hablar, habría dicho tantas cosas.

Finalmente, las otras mujeres trajeron agua hirviendo y alguien sacó unas hojas grandes verdes, de un árbol. Las pusieron en el agua y la mujer tuvo que sentarse sobre la olla, sin tocarla, para que el vapor se hiciera sentir en su herida. ¿No había hospital? ¿Por qué esta mujer estaba pasando por esta situación en la capital de un país? ¿Dónde estaba su marido que no podía llevarla a algún lugar para que recibiera atención médica? No tuve respuesta en el momento. El tiempo me mostró que era normal la situación. A los hospitales no todos van porque los medicamentos son caros. El médico más cercano es un pariente curandero que promete toda clase de curas y medicinas. El esposo descansa en la sabiduría de su madre, suegra y otras tías ancianas para atender a su mujer antes, durante y después del alumbramiento. Jamás se metería en estos asuntos.

Los fulas dan el nombre al niño a los siete días después de nacido, en una gran fiesta donde se invita a todo el barrio y parientes. Se degüella una cabra o cordero y se prepara mucha comida para ese día. La ceremonia es temprano: varios ancianos vienen a rapar el pelo del bebé, rezan y eligen el nombre. Casi siempre es el de uno de los abuelos del recién nacido.

Por semanas enteras no dejé de pensar en esa criatura. En lu-

gar del calostro materno, en sus primeros días recibió agua con azúcar. Agua del pozo, común, seguramente con algunos parásitos, y encima azúcar. Pensé que se moriría. Gracias a Dios, a los quince días me estaba tomando una foto con él. Fatimatu, su mamá, conocía algo de Jesús ahora y se decidió por Él pasados tres meses.

Agotamiento: ¿estrés cultural?

Había días que me sentía muy cansada, agotada física y mentalmente. Eso de pensar a cada momento lo que hay que decir, y lo que es peor: estar pendiente de cada palabra y sonido que expresa mi interlocutor, me hacía finalizar el día agotada, sin ganas de hablar con nadie.

Por momentos creía que la cabeza me explotaría. Como a eso de las siete de la tarde necesitaba que el día acabara de una vez. Quería tirarme en la cama, que no me piquen los mosquitos y dormir. Anhelaba cerrar los ojos y ya no escuchar palabras en otro idioma. Pero eso jamás podría ser, porque hasta con los ojos cerrados cruzaban por mi mente las frases aprendidas en el día, o las que no había logrado descifrar. Si existía algún remedio que borrara los pensamientos, lo quería tomar de inmediato.

A alguien se le ocurrió regalarme un generador eléctrico para tener luz en casa. El primer día estuve tan feliz, pude responder muchas cartas con iluminación excelente, escuchar música y dormirme tarde, leyendo. El tercer día tomé la decisión de no encender nunca jamás ese bendito aparato. La casa se llenó de gente hasta las dos de la madrugada. Claro, la única casa con luz eléctrica, fue el centro de atención y reunión.

Algunos querían traer un televisor y cobrar entrada a los televidentes (cuando alguno dispone de una batería aprovecha las tardes y las noches para pasar películas; se cobra un mínimo como entrada, y todos contentos, tanto el que viene a ver algo

que jamás vio como el dueño de casa que se hace de unos pesos con este cine casero). Otros traían sus radios para enchufarlas. No fue una buena idea. Opté por continuar con las velas y aprovechar la luz solar.

De vez en cuando un murciélago entraba por la puerta o ventanas continuamente abiertas. Iba y venía sin parar, revoloteando por encima de nuestras cabezas. Invertimos mucho tiempo queriendo sacarlo y que no moleste más. Así pasaban mis tardes, siempre con algo nuevo que contar.

Llegada la noche, mi momento más tranquilo en el día (supuestamente), tuve que lidiar con algunos inconvenientes. Uno de ellos: la intrusa rata que estaba en el ropero. Hacía mucho ruido. En mi cansancio ni siquiera atinaba a querer matarla. Sólo necesitaba que se callase, que dejara de morder lo que estaba masticando. Sufrí noches enteras con ella cerca de mí. Le tiraba al ropero con mis sandalias y a veces se calmaba un poco. Al rato comenzaba otra vez. ¡Qué tonta me sentía!, la impotencia e indignación me hacían llorar. No podía ser que una miserable rata me afectara de esa manera.

Parece que como a las cinco y media algo lograba tranquilizarla. En esos momentos el sueño me vencía y podía dormirme. Pero no por mucho tiempo, porque antes de las seis Maimuna ya estaba levantada, sentada en lo que era el comedor, orando. Pero no en voz baja como lo hace mi padre hasta el día de hoy, leyendo, tomando un mate (infusión típica de los argentinos) y orando en la más tranquila quietud del amanecer. No. Ella estaba a los gritos, clamando, haciendo guerra espiritual, cantando, saltando, golpeando la mesa con las manos, dando palmadas de aplauso y gritos de guerra, más otros tantos de júbilo.

Me alegraba tener una compañera tan espiritual. Al mismo tiempo, miraba la ventana y notaba que ya no me quedaban ni cinco minutos para dormir otra vez. Los ruidos de la gente sacan-

do agua y de los morteros moliendo arroz se comenzaban a escuchar. El día empezaba otra vez y yo sentía que ni siquiera había terminado con el anterior.

6

Una iglesia se estaba levantando

Viajes al interior

EL TIEMPO pasaba rápido, y en una semana ocurrían muchas cosas. Poco a poco comencé las actividades sociales por las cuales también había venido. Había estado enferma y estaba muy sensible. Tuve una infección en el pie bastante grande. Me inyectaron antibióticos y tuve que hacer un poco de reposo. Quedé débil. Esos días sentí la falta de mi familia, pensé mucho en mis padres.

El Señor me había regalado otros en Guinea. Una familia entera. Abel y Patricia, Juancito y Pablo. Disfruté cada hora que pasé con ellos. Fueron mi contención y guía. Un ejemplo de pasión y fuego por los fulas. De ellos mamé el amor por esta raza. Soñaban con plantar la iglesia pular y mandinga y lo estaban logrando. Un hermoso grupo de unos diez pulares y tres mandingos se reunían cada semana a adorar al Señor en una casa alquilada que habíamos llamado *Sudu Almasihu*, que en pular significa: «la casa del Mesías».

Cuando estaba muy cansada iba a su casa, a descansar, a ver alguna película, a jugar con los niños o simplemente verlos hacer su tarea escolar.

Hicimos algunos viajes al interior del país. El más impactante fue cuando estuvimos cerca de la frontera con Senegal. Una antigua aldea llamada Sare Bakar (la aldea de Bakar, que fue el que primero llegó y dio nombre al lugar). Abel tenía un contacto y allá fuimos. El camino era casi intransitable. La gente, que ni idea tenía de que llegarían estos blancos, estaban contentísimos de recibirnos.

Los comentarios de sus habitantes eran: «Aquí nos sentimos encerrados. Desde hace años, el gobierno nos ha encarcelado. No sólo que nos sentimos aprisionados, sino que la llave con la que nos encerraron la han tirado al fondo del mar». Me impactaba cada vez más la forma poética del hablar de los pulares. No dicen nada sin metáforas, rimas o frases llenas de un doble sentido, a veces sólo entendible para el que los conoce profundamente.

El sueño era restablecer la escuela que una vez había funcionado en el lugar. Ayudarles a ver la importancia de remontar el establecimiento que un día educó a tantos niños. Éste había decaído cuando se cerró la frontera con Senegal, porque precisamente era esa aldea la ciudad clave de paso al país vecino. Cuando el gobierno decidió cancelar esa puerta de entrada y salida todo ese pueblo quedó en el olvido. Las frutas o verduras que venían de Senegal, ya no entraban. El arroz y el mijo que vendían los pulares desde este otro lado, ya no salían. Eso trajo más pobreza y estancamiento en esta humilde aldea de unos ochocientos habitantes.

Ahora todos debían ocuparse más que nunca al trabajo de campo. La necesidad hizo que los que fueron maestros una vez, dejaran de enseñar, volviendo a sembrar y cosechar para poder dar de comer a sus hijos. Los niños ya no tenían tiempo de ir con

sus pizarras un par de horas a recibir conocimientos. Tenían que ayudar en los sembrados: algunos espantando los pájaros para que no coman el maíz, otros preparando la tierra, los más grandecitos arando con los bueyes, y luego todos a cosechar también.

El edificio donde había funcionado la escuela estaba en relativas buenas condiciones. Hicimos traer a los más educados o preparados del lugar, al menos los que supieran leer y escribir. Trajeron a tres. De los tres debíamos elegir uno que sería el que pasaría un tiempo en la capital, preparándose para volver a su pueblo y ser el maestro de niños. Queríamos fomentar esta lengua, y que sus habitantes pudieran leer y escribir su idioma materno.

Uno de los que presentaron como el más estudiado, había llegado hasta lo que sería el quinto grado de escuela primaria. El otro, parecía que había hecho hasta séptimo, pero en un lugar diferente y con menos rendimiento que el anterior. El tercero, hablaba muy bien portugués, y sabía algo de leer y escribir en su lengua pular.

Después del test, uno de ellos volvió con nosotros a Bissau para recibir la formación. Nosotros costeábamos su preparación, pero la aldea le proveyó la comida para ese tiempo que él estaría en la capital. De esa manera, todos se sentían parte de su envío a la civilización, para aprender un poco más y enseñar mejor a los pequeños. Por supuesto que ya estábamos orando por su salvación, y la estrategia consistía también en que él pudiera volver a su pueblo preparado para ganar a otros para Jesús.

Yo quería quedarme en esa aldea. Pero estaba claro que las condiciones de vida en ese lugar no eran por mucho las mejores. En esa ocasión pasamos por la noche la película *Jesús*. Abel tenía todo el material para hacerlo. Los viejos rollos de la película, parecían desarmarse. Tardamos un rato en montar la pantalla y conectar cada cable. Pero fue glorioso mirar las caras que por

primera vez observaban un filme en su propia lengua, y no sólo eso, veían un Jesús que los amaba, hacía milagros, y los invitaba a aceptarlo.

Convinimos con los Vallejos, que estaríamos orando para ver si Dios nos mostraba que podía yo volver para vivir en Sare Bakar. Todavía me quedaban como tres meses en Bissau para terminar de aprender el criolo y luego poder dedicarme a los pulares definitivamente. Dios me llamaba a continuar un trabajo de evangelismo con ellos. Soñaba con aprender su idioma. Me enamoraba de ellos al pasar los días. Disfruté cada minuto vivido a su lado.

El trabajo con mujeres

En mi casa comenzamos con Patricia a dar un curso de alfabetización de mujeres. Mis primeras palabras en pular las aprendí dibujándolas con imágenes bien coloridas para ellas. Teníamos un grupo de unas seis mujeres que venían algunas veces por semana para aprender a leer y escribir. Todas eran de la familia de los pular, completamente analfabetas. Estaba feliz. Pero al poco tiempo el grupo se disolvió, ellas tenían problemas en salir todas a la misma hora, ya que en su ausencia nadie recogía agua, ni lavaba las ollas, ni preparaba la cena para más tarde. De todas maneras sirvió para fortalecer la amistad.

Más tarde, a pedido de ellas, y como Maimuna tenía conocimientos en tejido al crochet, comenzamos a dar cursos para aprender a tejer. La casa se llenó de mujeres, la mayoría pulares. Explicamos desde el principio que en la mitad de la clase contaríamos historias de mujeres que existieron antes, de las cuales podemos sacar provecho hoy si seguimos su ejemplo. A todas les gustó la idea y venían contentas cada día con sus hilos y agujas.

La ventaja de Guinea es que está permitido predicar abiertamente, sin problemas. El dilema eran las familias fulas y mandin-

gas, netamente musulmanas, que por supuesto sabían que ya había creyentes en Jesús entre su gente. Esto hacía que sufrieran persecución y mucha presión familiar, social y laboral en algunos casos.

Aprovechamos al máximo los días y cuando podíamos hablábamos de Ruth, Noemí, Ester, más las mujeres a las que Jesús sanó. La primera vez que hablé más palabras de corrido fue uno de esos días en los que me tocó contar la historia de la samaritana. No se entendió muy bien todo, pero Maimuna me hacía al paso las correcciones necesarias y yo seguía. Invitamos a aceptar al Señor, y algunas lo hicieron. Les explicamos que no hacía falta que todos en su casa lo supieran. Eso podía traer graves problemas al principio. El discipulado no fue fácil, los ancianos de la casa y los esposos empezaban a sospechar y a preguntarse qué hacían ellas en nuestra casa tanto tiempo.

Hice más amistad con Fatu. Con ella aprendí muchas comidas ricas y una salsa picante que según ellos abre el apetito. Como estaba casada tenía que pasar mucho tiempo en su casa, así que opté por ir y pasar mis horas con ella. Cuando llegaba Alí, su esposo, nos divertíamos mucho los tres hablando de porqué yo no quería un hombre guineano para casarme y esas cosas. Ellos no podían concebir que con veintiún años yo no me hubiera casado hasta ese momento.

Empecé a hacer las compras en el mercado con Fatu muy a menudo. Adelanté mucho con el idioma. Compartíamos cada vez más cosas y eso hacía que nos apreciáramos mucho. Ella era muy alegre y siempre estaba sonriente, pero empezaba a sospechar que su esposo la engañaba con otra mujer. Traté de consolarla lo más que pude. Pero yo como soltera no podía hacer mucho más que escucharla.

Fue en ese tiempo que descubrí que las casadas están en un nivel superior que las que nunca se han casado. Son más importan-

tes porque ya fueron elegidas (o compradas) por un hombre. Sabía que el Señor me daría un esposo algún día para continuar el trabajo entre ellos. Por el momento Él lo había permitido así y los tranquilizaba diciéndoles que ya volvería a mi tierra a casarme dentro de poco con el hombre que Dios estaba preparando. Mencionando a Dios se quedaban callados, asintiendo con la cabeza y un fuerte: «¡Eso es verdad!». «¡Si claro, si Dios quiere!». No podían seguir presionándome con Él de por medio, así que cambiaban de tema para retomarlo la próxima semana.

Comedor de niños

Noté que en el barrio muchos niños estaban mal nutridos. Decidimos comenzar en mi casa un comedor para niños de entre cinco meses y seis años. Muy pronto se enteraron todos, de manera que desfilaron por la casa muchas mujeres y niños en poco tiempo. Seleccionamos los niños de acuerdo a su estado, ya sea moderado, bajo o grave de malnutrición, controlando su peso y su talla. Fueron veinte los elegidos. Cada mañana venían a tomar el desayuno.

Parecía sencillo pero la actividad requería de mucho esfuerzo, organización y paciencia. Necesitábamos alguien que pudiera colaborar directamente así que contratamos a Fatu, que se mostraba muy responsable, para que me ayudara en la preparación de la comida y atención de los niños. Estaba muy contenta porque habíamos pensado en ella para esa tarea. La beneficiaba el hecho de que aun no tenía hijos y por las mañanas disponía de unas horas libres para hacer este trabajo.

Preparábamos leche con pan y pasta de maní. No teníamos muchas opciones más. Tratábamos de usar los alimentos del lugar, como el aceite de palmera, rico en vitamina A, que es una de las carencias en la población en general, lo cual produce problemas de visión en pequeños y grandes. Fue de gran testimonio

para ellos este acto. Ellos sabían que del otro lado del océano había personas que habían apadrinado a sus hijos para que recibieran este alimento.

La admiración que tenían aumentó cuando veían que yo hacía la leche para sus niños. Para ellos un blanco tiene tan poca fuerza y es tan indefenso que no puede hacer nada de nada. Es quizá un poquito más que un ser inservible. Me tocaban la piel de las manos y los brazos siempre. Miraban si tenía callos en las manos. La conclusión de la charla era siempre que esta blanca no aguantaba el calor, ni el sol, ni el cansancio. Quizá lo deducían porque me había bronceado un poco, porque transpiraba mucho o porque tenía bastante acné (lo cual yo atribuí al gran exceso de aceite y frituras que estaba comiendo, sin poder escaparme un solo día de ellas). En fin, en cierta forma es verdad que ellos resisten y soportan cosas que los blancos no podemos. Su cuerpo fibroso les beneficia en las tareas pesadas que realizan desde el más pequeño al más anciano. No podía discutir con ellos esa cuestión. Lo que sí quería demostrarles era que un blanco sí puede preparar leche, pan, cocinar, lavar, ayudar, andar en el sol (con protectores y sombrero) y por qué no, estar un rato descalzo como ellos. Podemos comer con la mano, beber su agua, ser picado por mosquitos y bichos varios. Aun así ellos siguen pensando igual de nosotros.

En medio del trabajo en el comedor de niños, tuvimos un problema con Fatu. Allí un día la golpeó mucho. Cuando me enteré que le había dado patadas en el estómago no podía creerlo. Por supuesto que ella terminó en el hospital. Fue difícil hacer estas visitas, verla llorar, sufrir. Le llevé comida al mediodía mientras estuvo internada.

Los pulares tenían fama de ser personas que golpean a sus mujeres y también que son capaces de matar a otro por un simple robo de vacas. Bueno, para ellos robarse una vaca no es tan sim-

ple. Su ganado significa su riqueza, su patrimonio. Dependen de eso. Otra realidad es que hay muchos casos de adulterio, y por esta razón también se puede matar a alguien.

Era verdad que Alí estaba engañando a Fatu. Era cierto que él se enojaba fácilmente, a tal punto de maltratarla mucho. Pero también era real que ella lo amaba tanto que volvía a perdonarlo vez tras vez. Fatu aceptó al Señor, pero no teníamos mucha libertad y ocasión para hablar de este nuevo camino. Aprovechaba el tiempo que trabajábamos haciendo la comida para los niños para transmitirle valores y principios bíblicos.

Cuarteto cordobés al estilo africano

Se había formado un lindo grupo de amigos, todos muy jóvenes. Algunas tardes íbamos a la casa de uno de los muchachos que era un taxista. Él tenía en su casa un grabador con parlantes enormes pues le encantaba la música. Mas o menos a las seis dejaba de trabajar, así que el té de la tarde lo compartíamos ahí.

Esta infusión consiste en tres rondas. Es un té que viene de china, amargo pero que en la preparación se le agrega muchísima azúcar, a tal punto de quedar excesivamente dulce. Algunos le ponen menta, lo que le da un gusto muy particular. Es rico. Se sirve caliente, en pequeños vasos.

No cualquiera puede hacer el té. Es todo un ritual, y el tiempo mínimo de preparación y consumición es de dos horas. O sea que, en definitiva, lo más importante es pasar el tiempo juntos alrededor del *fur*. Este es el pequeño brasero donde se calienta una y otra vez la pavita en la que se hace el preparado. Cuando el agua hierve se agrega el té que está presentado en pequeñas hebras. Se deja un rato allí y luego se comienza a enfriarlo pasándolo de un vasito a otro. Esto no sólo es para que se enfríe sino para que se comience a formar una espuma que llega hasta la mitad del vaso.

Una vez hecha la espuma en cada uno de estos recipientes, que pueden ser entre tres u ocho dependiendo de la cantidad de personas que beberán la infusión, se coloca el azúcar y la menta. Otra vez se mezcla bien pasando de un vasito al otro el té, de manera que el chorro que va desde el primer vaso al segundo sea lo más alto posible. El inexperto (como fue mi caso las primeras treinta veces) tira la mitad del té en el plato que está debajo haciendo de base. Pero no es el caso de ellos, que elevan la mano a más de cuarenta centímetros sin que una gota se derrame. Para tomar el té no hay que estar apurado. Es falta de respeto irse antes de terminadas las tres rondas.

Fue en un día como este que me bautizaron con un nombre pular. Quizá el más común entre ellos, pero me gustó: Mariama Diallo. Buba, uno de los muchachos de quien me hice más amiga, no faltaba a estos encuentros. También estaban presentes siempre Aisha, el anfitrión que se llamaba Bubakar, y otros.

Algunos siempre buscaban conversar de temas religiosos. Era lo que yo estaba esperando. Así que aprovechaba para contar mis creencias y por qué estaba allí. En Guinea yo tenía visa de misionera y podía hablar tranquilamente de lo que había ido a hacer. Aunque delante de ellos no lo decía abiertamente porque eran musulmanes y tenía que guardar la relación con precaución.

El dueño de casa, Bubakar, parecía estar interesado. Discutía mucho y cuando llegábamos al punto de Mahoma la charla se ponía tensa. Era mejor desviar la conversación hacia otro tema. Como le gustaba tanto la música, y se mostró interesado acerca de lo que se canta en mi tierra, le presté unos casetes de un grupo cristiano cordobés llamado *Cristo vida nueva*. Ellos cantan el mensaje de salvación al ritmo del cuarteto (el cuarteto es un estilo musical propio de la provincia de Córdoba).

Se quedó enamorado del ritmo y me pedía por favor que le tradujera frase por frase lo que decía la letra. Yo estaba feliz de

contarle de lo que hablaban las canciones. Todas ellas presentaban a Jesús como el mejor amigo, como quien nos ha salvado, como quien puede dar vida nueva.

Me pidió que le deje el casete, así que tuvimos que hacer algunas copias ya que otros más lo solicitaron. Y por supuesto que tuve que hacer una demostración de cómo era el baile o *cuartetazo*. Quizá algunos líderes o ancianos de las iglesias no hubiesen estado de acuerdo, pero si esto podía repercutir en la plantación de iglesias, creo que valía la pena. Pensé que en este caso sí el fin justificaba los medios. En todo caso, fue divertido, fortaleció los lazos de amistad, se habló del Creador de la música, se escuchó el mensaje, surgieron nuevos adeptos del cuarteto y por supuesto le dieron el toque de su ritmo particular. Digamos que lo deformaron, pero eso era lo de menos (con todo respeto a la música cordobesa).

«Me gusta Jesús»

Un día Buba me dijo: «Me gusta Jesús». Me llamó la atención porque cuando yo hablaba en el grupo, él era quien menos hacía comentarios de temas religiosos. Nunca preguntaba nada, mucho menos discutía. «¡Qué bueno! le dije . Tendrías que leer su libro para conocerlo más». Pero claro, el problema era que él solamente había estudiado árabe en la escuela coránica. Es la escuela que todos los niños hijos de musulmanes deben hacer. Un maestro de religión les enseña a memorizar cada sura del Corán. La mayoría lo aprende muy bien pero no siempre pueden leer otra cosa que no sea ese libro.

Buba no había hecho la escuela en portugués, por lo tanto, tampoco podía leer el evangelio en criollo. Teníamos recién estrenado en ese tiempo el Nuevo Testamento en pular, pero obviamente él tampoco podía entender ese alfabeto. Así fue que después de unos días pude conseguirle una Biblia en árabe. Esa sí

pudo leerla, no sin algo de dificultad por ser la primera vez que veía en árabe otra cosa que no fuera el Corán.

Un día vino para comprobar si lo hacía bien, era la única forma que él pudiera saber más. Yo quería que se lleve el libro y pudiera estudiarlo a menudo. Entendía bastante y para yo asegurarme le pedía que me explique en criolo lo que había leído. De esa manera yo sabía qué había leído él y de ahí sacábamos la enseñanza.

A principios del mes de abril, se entregó al Señor y fue a reunirse con los demás pulares en Sudu Almasihu, la iglesia pular. Estaba contentísimo, agradecido de que hubiera compartido con él del Salvador. Yo no podría explicar el gozo que sentía de verlo ahí, y escucharlo decir esas palabras. Pero después de un par de cultos a los que asistió, la familia se dio cuenta de que algo estaba pasando. Hicieron una gran reunión y le exhortaron a dejar de frecuentar lugares que no tuvieran que ver con el islam. Lo amenazaron y le prohibieron reiteradas veces que tuviera en su poder algún libro que no fuera el de ellos.

Él continuó en silencio aprendiendo muchas cosas. A veces soportando burlas y en otras ocasiones amenazas. Su sonrisa enorme, de dientes blanquísimos, era parte de la prueba del cambio que Dios estaba haciendo en su vida. Cuando hablaba de lo que el Señor le estaba haciendo experimentar bajaba la mirada y con su mano se acariciaba la cabeza. Pensando, recordando el ayer y el hoy. Luego elevaba rápidamente la cabeza, se reía y exclamaba: «¡Dios es grande!».

Pensando en el interior

Para mediados de mayo estaba evaluando mis meses pasados en Bissau. Desde principios de año habíamos convenido como equipo que estaría seis meses en la capital aprendiendo el criolo y la

cultura, para luego vivir en el interior, en una aldea pular, que parecía ser lo que Dios estaba indicando.

Juntos pensábamos siempre en más y más oportunidades de extendernos y abarcar diferentes zonas. Quería contagiarme de la pasión que tenía Abel por la gente que no conocía al Señor. Él no paraba de hacer planes y diseñar estrategias para alcanzar a tal o cual grupo étnico. Hasta pensaba en los moros blancos de Mauritania. Había muchos en Guinea, se dedicaban al comercio. Traían productos de afuera y los vendían en pequeños puestos o almacenes. Eran llamativos porque se vestían diferente a cualquier africano, con túnicas blancas o celestes. Además eran de piel clara y no sabían hablar muy bien el criollo. La mayoría de los guineanos los despreciaba, a mi no me parecían malos.

Abel siempre decía: «Tenemos que ganar a los moros aquí, para que después ellos mismos lleven el evangelio a su país, donde está prohibido entrar como obrero». Eso era todo lo que yo sabía de este país. Oré por esa región algunas veces. En aquel tiempo no se sabía de la existencia de misioneros allí. Parecía que era imposible penetrar.

Faltaba tan sólo un mes para tener que dejar mi lugar en Guinea-Bissau. Había pasado muy rápido y sentía que no había logrado todo lo que hubiera querido hacer o alcanzar. De a poco comencé a comentar con los amigos que en poco tiempo era probable que me fuera a vivir al interior. Ya me estaba doliendo solamente al pensar en la partida y despedidas. Los que ya se habían enterado pasaban el dato a los demás.

Un día, pensando en lo que hace un sembrador, entendí que éste no se queda nunca en un lugar fijo. Siempre se está moviendo y dirigiéndose en diferentes direcciones para llegar a la mayor superficie posible con la semilla. Empezaba a verme como un sembrador que ahora se dirigiría a otro lugar. Era mi deseo abarcar la mayor cantidad de personas posibles para transmitir su amor.

Había dos familias que estaban preparándose para llegar a Guinea-Bissau también, así que pensaba que ellos podrían completar el trabajo que yo había comenzado. Oraba por los que vendrían algún día para continuar regando esas semillas ya plantadas y recoger el fruto.

Dejando Guinea-Bissau

En el puerto

NUNCA pensé que los planes del Señor incluirían la salida de Bissau, mucho menos imaginé que a los seis meses de estadía allí habría una guerra. Como no había más tiempo, esa mañana del 11 de junio dejamos la casa de los Vallejos. Yo no pude ir a la mía. Había allí muchas cosas de valor, sobre todo sentimental. Aunque era lo que menos me preocupaba en ese momento. Sólo pensaba en los amigos y hermanos que quién sabe dónde estarían, adónde habrían escapado y si estaban vivos.

Cada uno con un bolsito en mano, teníamos que caminar hacia el puerto, para ver allí si era posible irnos en algún barco que llevara extranjeros. Pasamos por la embajada de España y ellos nos llevaron en camioneta hasta el puerto.

Todos los portugueses habían salido, y los españoles fueron los últimos en irse. Para nosotros nadie tenía lugar, ni para los brasileños. Ellos eran un grupo de más de treinta personas, algunos residentes en Guinea, otros habían venido en un viaje de corto plazo. Y se encontraron con todo esto.

Una vez que llegamos al puerto, sentí gran temor. Había muchísima gente, de todos los colores y nacionalidades, más los guineanos desesperados por escapar y tirarse al mar de cualquier forma. Casi nos perdimos entre nosotros y esa fue mi mayor angustia en esos momentos. Era un verdadero caos, las autoridades golpeaban a los guineanos con palos para bajarlos de las rejas que hacían de límite entre la entrada y la salida del puerto.

Algunos tomaban pequeñas embarcaciones y metían la mayor cantidad de gente posible para huir de ese infierno. A lo lejos veíamos cómo se daban vuelta y caían al mar. Era un ambiente de desesperación total. Los barcos seguían partiendo sin nosotros poder entrar en ninguno. Estábamos orando, clamando a Dios con todas las fuerzas. Cantábamos, llorábamos, nos tomábamos de las manos, volvíamos a cantar, a llorar.

Por un lado salían los barcos que llevaban extranjeros, y por el otro, las tropas de Senegal y Guinea-Conakry llegaban al puerto en defensa del presidente que acababan de derrocar. Aunque aún permanecía prisionero en su casa. Cada tanto nos pedían que nos pusiéramos cuerpo a tierra porque los bombardeos habían empezado de nuevo. Era horrible estar tirados en el cemento caliente. Ya era medio día, y todavía no sabíamos si saldríamos o no, ni cómo.

Eran cerca de las cinco de la tarde, y estábamos a punto de regresar a la casa, donde al menos creíamos estar más seguros que ahí. Pero en ese mismo momento, el líder de los brasileños nos llamó para que subiéramos a un barco con ellos. Tuvimos que ir hasta el otro extremo del muelle, estábamos cansadísimos. El barco pesquero era pequeño, muy sucio, con cuatro chinos a bordo que nos gritaban algo que no podíamos descifrar. Por las señas entendíamos que no les parecía mal que saltáramos a su barco. No había otra opción.

Entre redes de pescar y caños con grasa, tratamos de acomodo-

darnos para entrar todos y lo conseguimos. Ahí estábamos los treinta y cinco brasileños y nosotros siete mirándonos asombrados. Había varios niños.

Yo no podía reaccionar de ninguna manera. Había dejado de hablar, y a medida que el barco partía, no podía creer lo que mis ojos veían: la ciudad que amaba prendida en llamas, bombas y estruendos destruyéndola. Yo, yéndome, como escapando. Le pregunté mucho al Señor: ¿Por qué? Sentí que no me dijo nada, no encontraba la respuesta. De hecho por mucho tiempo, o no me la dio, o no la pude oír. Todo parecía un sueño que no terminaba nunca, y cada vez me dolía más.

Sin conocer el rumbo

No había forma de comunicarse con los chinos, a pesar de querer tanto ellos como nosotros llegar a un entendimiento. La mayor parte del tiempo parecían asustados. Uno de los brasileños traía una guitarra, así fue que pasamos horas cantando al Señor y adorándole por semejante milagro. Después de nuestra salida del puerto, más bombas habían caído destruyendo el lugar en donde acabábamos de estar.

Sentíamos que Él nos había tomado literalmente en la palma de su mano y sacado justo a tiempo. Envió un barco exclusivo para sus hijos. Una frase de la canción en portugués que nos enseñaron los brasileños decía: «Él es poderoso para librarnos", nada más real en aquella hora.

En alta mar, cuando ya era de noche, nos encontramos con otro barco, enorme. Así que desde el pequeño barco pesquero, pasamos al otro por medio de unas tablas de madera. Debajo se veían las olas, fuertes, poderosas. Me impresionaban los padres de los niños pequeños. ¿Qué sentirían viendo a sus hijos correr este riesgo? Seguíamos sin entender adónde llegaríamos con el

barco más grande, ni cuándo volveríamos a tocar tierra de nuevo. Algún destino estaría preparado para nosotros.

Otros cuatro o cinco chinos muy amables nos hicieron sentar. La mayoría nos sentíamos descompuestos. Habíamos pasado ya un día sin comer ni beber, a lo que se sumaban los agitados movimientos del barco. Nos ofrecieron arroz sin nada de sal y dos palitos. También un poco de pescado hervido, sin gusto alguno pero con mucho olor. Casi no podíamos probarlo, la mayoría comenzó a vomitar.

Nuestros colchones aquella noche y la siguiente fueron los cartones donde los pescadores embalan los peces. Dormimos en lo que sería la cámara de frío para conservar la mercadería. Gracias a Dios entendieron que debían aumentar la temperatura para no congelarnos. Abel hacía muchos chistes de manera que durante esos dos días resultó una agradable distracción. Era difícil pensar en otra cosa.

Se comentó en el barco esos días, que los tres perros que vimos a bordo ya no estaban. Deducíamos que nuestros anfitriones se los habían comido. Nunca supimos tampoco si había un lugar específico destinado a hacer las necesidades fisiológicas dentro del navío. Nosotros creamos nuestro propio lugar, creyendo no haberles ofendido con esto ya que se comportaron tan bien con nosotros.

En la mañana del sábado 13 de junio estábamos bajando en el puerto de Dakar, la capital de Senegal. Sucios, llenos de grasa por todas partes, con hambre, sin entender mucho, tres de nosotros vestidos con las camisetas de Argentina. Fue bueno, porque nos estaba esperando gente de nuestra embajada en el puerto, con muchos periodistas, de modo que la ropa ayudó en la identificación.

La gente nos miraba con extrañeza, pero estábamos tan contentos. La representante de la embajada nos llevó a un hotel, el

mejor de la capital senegalesa. Allí pudimos hacer un par de llamadas a nuestra familia.

Comenzaba el Mundial del 98 y el primer partido sería jugado entre Argentina y Japón. En el gran televisor del lobby del hotel Meridian disfrutamos el triunfo de nuestro país. La nostalgia se mezclaba con la confusión, la alegría con la incertidumbre. De nuevo en las habitaciones, clamamos para conocer qué paso dar.

Senegal, otro mundo

Como no teníamos ropa, la mayor urgencia era salir a comprar algo lo más pronto posible. Bañarnos para volver a vestirnos con lo mismo no era muy alentador. Todo había cambiado, de repente estábamos en un país donde se hablaba francés, para mí un idioma totalmente desconocido, por el que además sentía mucho rechazo. Quizá por haber llegado de esa forma a Senegal, no quería ni siquiera hacer el esfuerzo por entender esta lengua.

También necesitábamos comunicarnos, ir a un cibercafé cuanto antes para enviar señales de vida a los seres queridos. ¿Qué hicimos? Dependimos aquellos días de Juan y Pablo para ir a todas partes. Ellos conocían perfectamente este idioma, ya que en sus primeros años en África habían estudiado en una escuela francesa. ¡Qué alivio! Pero se desgastaron muchísimo traduciendo cada palabra, además del estrés normal que requiere el regatear el precio de cada artículo a comprar.

Nos perdimos muchísimas veces, nos desalentaba no poder entender nada de nada. Al mismo tiempo, disfrutábamos y nos divertíamos con los vendedores ambulantes que nos veían la cara de extranjeros recién llegados, necesitados de todo, y aprovechaban para perseguirnos cuadas enteras obligándonos a comprarles.

La primer noche en el hotel fue terrible. Después de habernos relajado un poco, sólo pensábamos en dormir. Pero en la madru-

gada la alarma empezó a sonar y un humo comenzó a extenderse en todas las habitaciones y pasillos. La gente estaba desesperada y cada quien golpeaba la puerta de los demás para que todos salieran. No entendíamos nada. Algo era cierto: había fuego en alguna habitación, entonces salimos corriendo al patio del hotel. Muchos aterrizados se tiraron a la piscina. Nosotros no sabíamos si reír o llorar. Parecía un chiste. Estábamos agotados física y emocionalmente. Gracias a Dios, sólo fueron dos habitaciones incendiadas sin heridos ni mayores complicaciones. Al amanecer todos pudimos volver a nuestros cuartos.

La embajada cubrió los gastos de aquellos días. La propuesta que ellos nos hicieron fue: pagarnos los pasajes de regreso a la patria o enviarnos a algún lugar donde nosotros decidiéramos ir. Podíamos quedarnos en Senegal también si queríamos, pero los gastos pasarían a ser responsabilidad de cada uno.

A nuestro país ninguno de nosotros quería volver. Creíamos que la guerra duraría pocas semanas. Nadie se entusiasmó con quedarse en Senegal, para luchar otra vez con el idioma nuevo. Surgió la idea de ir a Portugal, el país europeo donde más guineanos emigran y desde donde sería más fácil comprar un boleto de avión para volver a Guinea cuando se pudiera. Estuvimos todos de acuerdo, y la embajada nos envió a Lisboa. Estábamos muy agradecidos por todo lo que hicieron por nosotros aquellos nueve días. Otra vez empezaríamos de cero.

8

Portugal

Llegan los rescatados

CUANDO llegamos a Lisboa, la capital, muchos hermanos nos estaban esperando. En los noticieros no paraban de anunciar acerca de los llegados de la guerra. Muchos portugueses vivieron situaciones muy traumáticas. Este tema seguía siendo la noticia del día. A mí me recibió el pastor Enrique Reis y su hermosa familia. Con ellos viví un mes. Gracias a Dios él entendía y hablaba español muy bien. Había nacido en Guinea-Bissau en el tiempo en que sus padres vivían allá, así que hasta de eso pude disfrutar: hacíamos muchos chistes y comentarios en criolo.

Gracias a su esposa, los niños y el ambiente de la iglesia donde concurríamos, muy pronto me encontré hablando en portugués. Las primeras semanas fueron una verdadera lucha. Me sentía confundida, anhelando volver a África. Al mismo tiempo, estaba comenzando a amar a gente nueva, conociendo personas preciosas que fueron parte de mi consuelo. Sin pensarlo, me estaba arraigando en otra tierra. Poco a poco iba adquiriendo nuevos

hábitos, copiando modos distintos, interactuando con la nueva cultura. No me cansaba de pensar en Dios y su accionar. De repente me encontraba en un país donde, de no haber sido porque Él nos llevó, jamás se me hubiera ocurrido ir.

Los portugueses son personas muy especiales. Desde que llegamos nos abrieron sus puertas y nos ofrecieron cuanto pudieron. Hablan con voz alta casi siempre y les encantan las sardinas asadas. Después del almuerzo de cada día íbamos a una cafetería cercana para beber un café fuertísimo. Muchas comidas llevan crema de leche, son riquísimas. El barrio Sao Adriaio era tranquilo. El sistema de transporte subterráneo es muy bueno y fácil para ubicarse en la ciudad. Esto ayudó a que me independizara bastante rápido.

Damaia

A la semana de haber llegado, ya habíamos conocido el barrio donde viven los guineanos. También establecimos contactos rápidamente. Ellos estaban tan sensibles como nosotros. Casi todos los días nos juntábamos en sus casas para ver las noticias de Bissau. Cada vez que estábamos juntos alguien de su tierra se comunicaba para avisar de alguna muerte o de la aparición de algún pariente. Lloramos unos con otros muchas veces, pudimos orar por ellos y testificar de Aquel que nos sacó con vida en medio del desastre.

Queríamos hacer amistades mientras el tiempo transcurría en Lisboa. Así que nos sentábamos bajo los árboles de la estación de tren en Damaia. Había allí muchas mujeres vendiendo *mafe* (pasta de maní para hacer una comida típica), también había castañas de cayú y *cañe*, un picante muy fuerte que para ellos es delicioso en sus platos.

Otros vendían ropa y telas traídas de Guinea. Muchos bajaban en esa estación para volver a sus casas, ahí se encontraban con

estos blancos que hablaban su lengua y terminábamos el día cenando en sus viviendas. Nos desahogábamos contando cómo habíamos salido de Bissau. Nuestros ojos se llenaban de lágrimas hablando de los amigos de quienes no supimos el destino. Estas experiencias nos unían a ellos, era un ambiente triste y de dolor. Pero luego tomaba otro rumbo. Presentábamos a Jesús, y en pocos minutos estábamos tomándonos fotos, comiendo, riendo, haciendo chistes, invitándonos para el próximo encuentro.

¿Nos habría traído Dios allí para compartir con estos pulares en Portugal? ¿Volveré a Lalaquema otra vez? ¿Cuánto más durará la guerra? No me cansaba de leer el Salmo 122. Identificaba a mi pueblo con Jerusalén:

Pedid por la paz de [Guinea-Bissau];
Sean prosperados los que te aman.
Sea la paz dentro de tus muros,
Y el descanso dentro de tus palacios.
Por amor de mis hermanos y mis compañeros
Diré yo: La paz sea contigo.
Por amor a la casa de Jehová nuestro Dios,
Buscaré tu bien.

Oye mi oración, oh Jehová y escucha mi clamor,
No calles ante mis lágrimas (Sal. 39.12).

Estad quietos, y conoced que yo soy Dios;
Seré exaltado entre las naciones, enaltecido seré en la tierra.
Jehová de los ejércitos está con nosotros,
Nuestro refugio es el Dios de Jacob (Sal. 46.10-11).

Me bastaba pensar que con todo esto el Señor sería enaltecido en la tierra. Saber que estaba conmigo era suficiente. No tenía otra opción que continuar a medida que me mostraba qué hacer. Como grupo e individualmente visitamos varias iglesias. Compartíamos la visión de alcanzar los fulas por donde íbamos. Conocimos mucha gente que de a poco comenzó a involucrarse en

las misiones. Eso me gustaba mucho. Intentaba transmitir la alegría que se siente cuando uno sirve al Señor. Siempre resaltaba su fidelidad en los momentos donde las cosas salen mal.

Nuestra oración era que la iglesia portuguesa abriera sus ojos y pudieran ellos mismos llegar a tantas tribus africanas que llegaban a su país. Miles y miles de personas arribaban buscando trabajo y dinero. Sin esperanza, huyendo de la miseria y la pobreza. ¿Qué mejor que encontrarse con el Salvador en Lisboa? Allí era más fácil decidirse por Jesús: lejos de la familia y la presión social.

Trabajo compartido

Después de más de un mes en la casa de la familia Reis, pudimos alquilar con el otro matrimonio, un departamento para los tres, en el barrio de Loures. El tiempo se extendía y el futuro seguía incierto.

En agosto vinieron unos pastores desde mi país para ayudarnos a tomar decisiones. Uno de ellos era el director de la agencia misionera con la que yo había salido. Pasamos mucho tiempo orando y pensando qué era lo mejor. A través de ellos el Señor me mostró que debía entregar la situación de Guinea en sus manos. Estudiamos Isaías 43.19:

Yo hago cosa nueva, pronto saldrá a luz, ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad.

Se me abrieron los ojos. Entendí que Dios tenía planes nuevos, Él quería hacer otra cosa. Debía dejar de mirar el pasado, sepultar todo aquello a lo que me había aferrado. Quizá Dios quería hacer algo diferente, pero mis buenos recuerdos, los bellos logros de ayer no me dejaban ver el hoy.

Los días habían pasado e inconscientemente me privé muchas veces de disfrutar al cien por ciento las vivencias en Lisboa. De esta manera tomé la decisión de cerrar ese capítulo. Sin dejar de

clamar por aquella tierra, estuve más expectante de lo que Dios quería hacer de ahora en adelante, y dónde.

Casi todo el mes de setiembre estuve trabajando en la preparación de un folleto evangelístico en pular. En realidad lo escribí en criollo y portugués, y entre dos amigos fulas lo corrigieron y tradujeron al pular. Uno de estos muchachos era el imán de la mezquita más grande de Lisboa. De nacionalidad guineana. El otro, del mismo país, asistente fiel a las oraciones de cada viernes, temeroso de Dios, muy amable.

Como nos unía el dialecto y el haber estado en su país, se me abrieron las puertas para entrar en el edificio religioso. Ellos estaban muy interesados en difundir material en lengua pular, por eso me ayudaron con gusto a editar lo que había preparado. El folleto era una carta dirigida a los amigos musulmanes. Allí explicábamos quiénes éramos los cristianos. Hacíamos énfasis en que, al igual que ellos, tenemos sólo un Dios, que es el Creador de todas las cosas. De esa manera llegábamos a la presentación de Jesús y al final estaban nuestros datos y teléfono. Fue la manera en la que continuamos haciendo contactos interesantes y testificando a cuantas personas podíamos.

Estos amigos no llegaron a entregar sus vidas al Señor. Pero uno de ellos tuvo experiencias fuertes con Él. Muchas veces me dijo que pasaba noches enteras sin dormir. Solamente pensaba en lo que habíamos estado hablando o leyendo del *Inyil* (Evangelio). Precisamente eran las madrugadas en las que yo tampoco podía dormir, orando por ellos. Pedía al Señor que no los dejara descansar, que los inquietara en sus sueños. Y Él lo hizo, pero Usumane tuvo temor de seguirle. Me contaba que su esposa era hija de un líder musulmán muy grande en su aldea. Era su mayor temor.

Y Bubakar, el imán de la mezquita, completó el trabajo de traducción, entendió perfectamente el mensaje, pero dijo que no era

su momento para dejar el islam. Hoy no tengo contacto con ellos. No sé si habrán entrado al Reino. Me gustaría que supieran el efecto que tuvo aquel folleto en cientos de pulares. Ojalá un día vuelva a encontrarles.

Cese del fuego

En octubre hubo un cese de fuego en Bissau. Abel viajó a fin de ese mes para recuperar algunas de sus pertenencias que habían quedado en las casas y su vehículo. Sin agua, luz, ni comunicaciones el pueblo guineano estaba pasando por un hambre devastadora. La ciudad completamente destruida. La capital desierta.

¡Qué alegría cuando tuve mi diario entre mis manos! También me trajo un par de sandalias de cuero, mis preferidas, pero con bastante moho. Él y su familia también recuperaron algunas cosas. Pero en mi casa, que no tenía vidrios, había entrado agua y mucha tierra. La mayoría de las cosas estaban arruinadas y comidas por las ratas. Pero lo más importante eran mis escritos que se salvaron.

En Lalaquema no había personas. A los amigos creyentes no los encontró. Pero sí a Bubakar (el pastor de los hermanos fulas) y Tito, uno de los mandingos más predispuestos del grupo.

Bubakar estaba herido en una de sus piernas de manera que no podía seguir en Guinea. Mientras él caminaba, cuando todo el mundo salía al interior, las explosiones llenaron su pierna de esquilas. Estuvo internado todos esos meses, pero necesitaba reposo. Tito (le pusimos ese nombre después de su nuevo nacimiento para evitar decir el otro más largo) había nacido en Senegal, por lo tanto anhelaba comenzar algún trabajo allí. Era su tierra de manera que no tendría mayores complicaciones. Pero había perdido el contacto durante la guerra con su esposa y su hija. Eso lo tenía muy preocupado.

Junto con Abel, ellos oraron, ayunaron y tomaron la decisión

de establecerse en la ciudad de Tambacounda, al sur de Senegal. En esta región predominan los pulares, entre quienes no había hasta ahora presencia cristiana. También existían muchas aldeas mandingas que jamás habían escuchado el mensaje. Así que allí los instaló, los ayudó a establecerse con lo básico y él regresó a Lisboa a contarnos las nuevas posibilidades de servicio que se presentaban.

En oración y mucha búsqueda del Señor decidí ir a Tambacounda y unirme con Bubakar y Tito. Hablamos con mi iglesia, tomamos unos días para estar orando y ayunando por este tema. Hasta que finalmente, programamos mi salida a Senegal para mediados de diciembre.

Algo había pasado en mí esos cinco meses. Dios había tratado mucho con mi carácter, con mis pensamientos y sentimientos. No me importaba tener que aprender el francés, no veía difícil irme sola. Sentía que había cumplido mi tiempo en Portugal. Me animaron las palabras de Proverbios 31.25, que la mujer virtuosa «se ríe de lo porvenir».

Campamento de refugiados

Aproveché el último mes para preparar el viaje a Senegal. Pero también fui con los Vallejos a España y juntos cruzamos a Ceuta. En esta última ciudad, había varios hermanos trabajando en un centro médico y pudimos visitar a algunos de ellos.

El último día, mientras visitábamos ciertos lugares, vimos por la ruta algunas personas de raza negra. Reconocí que eran fulas. Me intrigaba saber porqué estaban allí. Decidí quedarme en Ceuta una semana más una vez que todos volvieran. Se dictaría un curso de sanidad interior y yo quería participar. Pero también me interesaba conocer dónde estaban establecidos estos pulares y por qué.

Dos personas más con las que tomé el curso me acompañaron

a un centro de refugiados donde había cientos de africanos. A la mayoría los había rescatado del mar la Cruz Roja y estaban recuperándose. Comencé a conocer la realidad de muchos senegaleses aun antes de llegar al país. Todos venían de alguna región del África Occidental.

Estas personas, todos hombres, en busca de mejores condiciones de vida, se embarcaban en pequeñas canoas para llegar a Europa. Muchos morían en el mar. De los que llegaban vivos pocos se salvaban, ya que el viaje era largo para estar sin comer ni beber.

Este campamento estaba bajo muchos árboles verdes, gigantes. Me impresioné mucho al ver tanta gente. Sus caras de frustración, de angustia. Sueños no logrados otra vez. Empezamos a saludarles, anhelando encontrar algún guineano, algún pular. Efectivamente, casi la mitad de ellos eran fulas de Senegal y Mauritania. Había muchos bambaras de Mali, wolofes, moros, tunecinos y argelinos.

Rápidamente se armó un grupo donde pudimos conversar, hacer amistad. Ellos contando qué hacían allí y nosotros aprovechando cada palabra para testificarles. Les regalamos algunos Nuevos Testamentos que traíamos con nosotros. Uno de los muchachos quedó grabado en mi mente: Yahya. Para él fue un impacto cuando oré para que ellos pudieran tener un encuentro personal con Dios. Quedé en contacto con varios. Pero nunca supe si volvieron a sus tierras, si otra vez intentaron cruzar el estrecho de Gibraltar, o si leyeron el material que les dejamos.

De regreso a Lisboa el camino fue un poco complicado. Me había quedado sin dinero por un problema con mi tarjeta. Utilicé varios autobuses hasta llegar a Badajoz. Era de noche y tenía que esperar hasta la madrugada para comprar mi pasaje y continuar rumbo a Lisboa. Tenía un poco de miedo porque estaba sola en la terminal. Ya había ido en taxi hasta un hotel para cambiar los únicos veinte dólares que llevaba conmigo.

Después que pasó un rato, vi que dos muchachos se acercaron. No sabían hablar mucho español, casi nada. Eran de Argelia. Nacer y Jabul eran sus nombres. Según entendí tenían veintiuno y veinticuatro años. Ellos habían cruzado a Europa en *pateras*. Ese es el nombre que se le da a estas pequeñas embarcaciones ilegales que salen desde algún punto del norte de África.

Parecían gente amable, con buenas intenciones. Tenían ganas de trabajar y buscarse la vida de una manera más fácil que en su país. Hasta ahora no lo habían logrado. Pero no pensaban volver jamás a su lugar de origen. Me hicieron compañía varias horas. Mi autobús salía a las dos de la madrugada. Les di unos folletos en árabe que me quedaban en el bolso. Ellos lo entendían perfectamente.

Nacer me regaló un llavero con el nombre de su país, le prometí que siempre pediría a Dios por él. Todavía lo conservo, pero no tengo ni idea de lo que habrá pasado con ellos. Seguí mi viaje y a las seis de la mañana ya estaba llegando a mi casa. Tenía sólo monedas de escudos para pagar al taxista. Pero se conmovió y me llevó igual, con la promesa de que al día siguiente cuando solucionara lo de mi tarjeta le llamaría para pagarle.

Pasé esos últimos días en Lisboa despidiéndome de mis amigos y de la gente que tanto me ayudó. También, gracias a una inesperada ofrenda de dinero, pude hacer la impresión de mil folletos en pular para llevarme. También conseguí otros en árabe. Tenía solamente una maleta, pero estaba repleta de cosas, la mayor parte la ocupaban estos folletos.

Fue una experiencia maravillosa vivir en Portugal. Muchos fueron a saludarme al aeropuerto. Varios pulares me mandaron recados y cosas para sus familias si algún día les veía. Tengo sus caras en mis fotos y en mi mente. Recuerdo sus nombres y a veces los busco por internet para ver si tengo noticias de ellos. En aquel tiempo casi nadie usaba teléfono celular y mucho menos

correo electrónico. Me fui confiando en que quedaban en las mejores manos, las manos del Maestro, el único que podía en definitiva revelarse a ellos.

9

Aterrizando en el nuevo mundo

Una escala conflictiva

EL VUELO desde Lisboa a Casablanca, Marruecos, fue muy placentero. Los pasajeros pasaríamos la noche en esta última ciudad para seguir a Dakar al día siguiente. Cometí el error de no enviar directamente mi maleta hasta Senegal. Así es que cuando bajé en el aeropuerto de Casablanca tuve que recuperarla.

En este último tramo, Casablanca-Dakar, éramos unos quince hombres africanos y yo. Estaba casi segura que la mayoría de ellos eran pulares, ya que vi las cicatrices en sus sienes. Esta es una marca que les hacen a los bebés de esta raza cuando nacen. Algunos dicen que es para que todos sepan que son pulares, otros para que no sufran de infección en los ojos.

Estábamos casi saliendo del aeropuerto cuando uno de los policías me pide que abra mi maleta. Había perdido las llaves de los candados así es que tuvieron que romperlos. Para esto ya había

tres hombres más hablándome, pero como yo no entendía francés, y mucho menos árabe, no conseguimos comunicarnos.

Los otros muchachos que venían en el vuelo siguieron de largo. Traté de pedirles ayuda, en portugués, en criollo, en pular, pero ellos me miraron como si no entendieran y se marcharon. Afuera estaba el autobús que nos llevaría al hotel para pasar la noche.

Una vez abierto mi equipaje, saltaron a presión los folletos. Jamás me había percatado que en Marruecos estaba prohibido predicar abiertamente el evangelio. Les llamó muchísimo la atención la cantidad de estos papeles, escritos en un idioma que no podían descifrar. Un poco en español, un poco en portugués, les comenté que era la lengua de los fulas. Ellos no estaban ni enterados de qué tribu les hablaba y con cara de desprecio me exigían una explicación.

El título del folleto decía: *Ko Alla gooto joggiden*, esto quiere decir: «Sólo tenemos un Dios». La palabra *Alla* se refiere a Dios en pular, pero viene del árabe, como otras tantas que usan los fulas para referirse a nombres de profetas o lugares. O sea que los policías ya empezaron a deducir que esto era algo que hablaba de Dios. Siguieron leyendo, sin entender claro, pero encuentran una segunda palabra familiar: *Issa*, que en árabe es Jesús. Y una tercera: *Injil*.

Estaban alborotados, ya eran quince los que tenían en sus manos los folletos. Gritaban, me miraban como deseando matarme. Empecé a sospechar que esto no sería tan simple. La cosa se estaba poniendo fea. Uno me hablaba un poco en inglés, pero yo de los nervios no podía expresarme tampoco en ese idioma.

Me llevaron a una habitación donde parecía que el que estaba allí era un director o superior de ellos. Tiraron la maleta al piso como si estuviera inmundada, y entre todos desparramaron mis pertenencias. Había pasado media hora y el escándalo era cada vez

peor. Quería salir corriendo y gritar. Nadie podía ayudarme. Ellos insistían en que eso que yo había entrado era ilegal. Les pedía por favor que me dejaran salir, que afuera me estaba esperando la gente que nos llevaría al hotel. Les mostré mis pasajes para que entendieran que yo no viviría en Marruecos. Les expliqué de dónde venía y que iba para Senegal. Todo en vano. Mi desesperación había llegado al límite. Sentía mucha impotencia. Se burlaron de mí como quisieron. Tuve mucho miedo. Algunos se habían sentado y murmuraban entre ellos mirándome sarcásticamente.

Otro se dedicó a revisar cada cosa de mi valija, prenda por prenda. Me sentí avergonzada y muy humillada. Ellos se divertían al desparramar mi ropa interior, mis libros. Empecé a llorar y oré en inglés, que era lo único que algunos de ellos entendían. No sé cómo porque nunca me desarrollé bien en esta lengua. Pero solamente dije: «¡Oh Dios, te pido por favor que esta gente me deje ir, y que puedan entender que no estoy haciendo nada malo!».

El murmullo y alboroto que se produjo no tiene explicación. Estaban asombradísimos de lo que había dicho. Algo pasó en ese momento, porque me di cuenta que todos entendieron lo que yo había dicho en inglés. Fue un milagro. En ese momento, el que seguía revisando mis pertenencias ve el libro sagrado de los musulmanes que estaba debajo de todo. Aproveché y les mostré que era mi Corán, que lo había conseguido en árabe traducido al español. Dije que yo amaba a los musulmanes y estudiaba su libro también.

El jefe todavía estaba estupefacto y cuando vio eso me entregó el pasaporte. Me hizo señas como a un perro para que levante mis cosas y me vaya. Así lo hice. Las piernas me temblaban. De rodillas empecé a guardar todo lo que estaba tirado. Di las gracias y me fui. Pensé que me desmayaría. Al atravesar la puerta de

salida del aeropuerto el chofer del autobús me recibió a los gritos, quejándose por el tiempo que les había hecho perder a todos.

Camino al hotel, uno de los africanos compañero de viaje se me acercó. Hablándome en perfecto criollo me preguntó qué me había pasado. No podía creerlo. ¡Nunca me quisieron ayudar, eran todos pulares! Me explicaron que los marroquíes son muy racistas con ellos. Tampoco me conocían para arriesgarse a ayudarme. Podía traerles complicaciones. Me sentí tan defraudada. Esa hora y media que pasé ahí dentro fueron las peores de mi vida.

Llegué al hotel y me tiré en la cama a llorar por mucho tiempo. Estaba exhausta. Encima de esto, alguien golpeó la puerta de mi cuarto. Como una tonta abrí rápido. Una persona parada delante de mí me ofrecía dinero. Le cerré la puerta en la cara, pero después me di cuenta lo que me había insinuado, que como era en árabe nunca entendí. Eso me provocó dolor. Quería salir huyendo. Me quedé dormida hasta el otro día, ni siquiera bajé a cenar. Por la mañana caminé un poco por la ciudad pero me sentía observada por todos, otros me seguían. Ya no podía aguantar, compré unas postales y volví al hotel.

El 7 de diciembre de 1998 aterricé en Dakar, la capital de Senegal. Me había quedado un sabor amargo de Marruecos que me costó superar.

Dakar

Con las nuevas vivencias, pronto olvidé lo que pasó. La capital de Senegal es ruidosa. El murmullo es eterno. Incluso pasada media noche, los coches no dejan de circular y los vecinos de charlar en las puertas de sus casas. El ambiente siempre está muy colorido. Los tejidos y *bubús* (túnicas típicas de hombres y mujeres) son perfectamente teñidos con tintes que resaltan a la vista. En muchos lugares la gente lava la ropa y la extiende en sogas, en

la parte delantera de sus casas. Así que mientras uno camina por las veredas puede deleitarse con el colorido de las prendas secándose.

La mayoría sonríen. Los niños piden limosnas, caramelos o regalos. Muchos pequeños en la calle dependen de lo que la gente les da. Algunos son alumnos de un *marabú* (religioso que los educa en las enseñanzas del islam). Viven con él. Comen lo que consiguen durante el día. Si no traen nada pueden ser golpeados. Están débiles y mal nutridos.

Los vendedores, que abundan por doquier, ofrecen todo tipo de objetos: zapatos, sandalias, ropa, juguetes, artesanías, peines, cortauñas, amuletos, maní, fruta y una lista de nunca acabar. Ellos saben descubrir que eres recién llegado y no pararán hasta venderte algo. El secreto es ni siquiera mirar lo que llevan. Es difícil, pues ellos se ubican delante de la gente y exigen a gran voz, que mires. Si por curiosidad o necesidad tus ojos se posaron en el producto ellos supondrán que sí te interesa. Comenzarán a decirte diferentes precios invitándote a discutir un valor justo para los dos. Es divertido, me encantaba regatear los precios. Al principio uno debe poner cara fea y expresar lo enojado que está por el costo que están pidiendo, es como un robo. El vendedor también se muestra enojado porque para él ese precio es el ideal. Poco a poco el costo irá descendiendo: él dice que lo ha bajado porque soy muy buena, soy extranjera, estoy en su país y de verdad quiere ser mi amigo. Se muestra interesado y ruega que le compre. Yo por mi lado, he subido un poco el precio que dije, pero insisto en no aumentar más, él debe continuar bajando. Y así esta situación puede durar entre cinco y veinticinco minutos aproximadamente. Se efectúa la compra y nos saludamos felices, se creó una amistad irrompible.

La gente en general es maravillosa. Predomina la raza wolof, de hecho es la lengua comercial. Aquellos que han estudiado en

la escuela saben hablar el francés bastante bien. El país de la *teranga*, así se denomina a Senegal. *Teranga* significa: «hospitalidad». En verdad, no podría haber tenido nombre mejor que éste, el cual resume en una cualidad el carácter de su pueblo.

Pasé quince días en Dakar en la base de Juventud con una Misión. Compartí la habitación con una brasileña muy amigable: Salette. Practiqué mi portugués con ella, me ayudó a realizar mis primeras compras antes de llegar a mi destino y por las noches nos entretuvimos intentando matar a una rata traviesa que teníamos en el cuarto.

Los Vallejos me avisaron que la guerra había parado por unos días. Ellos vendrían para que fuéramos juntos hasta Bissau y de paso me ayudarían a instalarme en Tambacounda. Esto me animó mucho, era un sueño que se iba a hacer realidad.

Regresando a mi barrio

Nada era igual, todo había cambiado. Desde la entrada en la ciudad se veían muchos cañones de guerra, casas destruidas, poca gente. Hasta parecía que los colores habían cambiado. La gente no era la misma, no sonreían. Llegué a mi barrio. La mayoría de las casas estaban vacías. De mis amigos de la familia fula no había nadie. Eso me dio mucha tristeza. Algunos me dijeron que Buba había luchado en el conflicto. Me llené de angustia, nadie lo había visto otra vez. El árbol de mango tampoco estaba en su lugar. Una bomba lo había destruido.

Detrás de unos escombros salieron Segunda y Sábado, unas amigas del barrio. ¡Qué alegría cuando las vi! Tengo una cinta con esta filmación, el encuentro fue muy emocionante. Nos sentamos a hablar un rato. Después, en la casa de Mariama, no paraban de contar anécdotas de lo que habían vivido cuando estalló la guerra. Decían que hubo una mujer que tuvo su bebé en medio de

las *bolañas*, por donde cruzaban para salir al interior del país. A otra se le perdió su niño en la corrida. Después se divertían recordando a otras que perdieron sus faldas en medio de esta desesperación.

Me pedían por favor que regrese al barrio. «Los senegaleses son malos, no vayas a vivir allí», me decían intentando convencerme. No sabía cómo explicarles que mi corazón estaba dividido. Que jamás podría olvidarles, que volvería porque estaba más cerca. Se quedaban mirándome. Me daba la sensación de que los abandonaba.

A Maimuna no la encontré. Sí a dos vecinos mandingos, muy amigos míos. Ellos estaban allí como yo, solamente para buscar algunas cosas y regresar al campo donde estaba todo más seguro. Por supuesto que fui a ver el pozo. Efectivamente como lo supuse, estaba lleno de agua. La lluvia había sido abundante.

Entré a *mi* casa. De mi cuarto no me llevé nada. Lo que quedaba de ropa estaba podrido y comido por las ratas. Salvé un par de libros en deplorables condiciones. Dejé pegados en la pared los mapas, los dibujos de los niños de mi iglesia y cartas de mis amigos. De esa manera parecía que todavía seguía allí. Aún me costaba aceptar lo que había pasado.

La cama y el armario ahí quedaron. No sabía cómo llevarlos, no valía la pena. El barrio de mis alegrías estaba derrumbado. Cerré la puerta e intenté hacer lo mismo en mi corazón: asumir que este capítulo llegaba a su fin.

Cuando íbamos por la ruta, en un puesto policial, vimos a Maimuna. Nos unimos en un abrazo fuerte. ¡Qué alegría ver de nuevo a mi negra hermosa! Gracias a Dios estaba bien, con gente conocida en el interior. El regreso a Bissau y verla a ella fueron el regalo especial de Dios para mí en esa Navidad.

Nochebuena

El 24 de diciembre cruzamos la frontera de Guinea para regresar a Senegal. Llegamos a Tambacounda casi a medianoche. No encontrábamos un lugar para cenar. La impresión que tuve de la ciudad adonde viviría no fue de las mejores. Era de noche y tiempo de Ramadán. Es el mes de ayuno de los musulmanes. La mayoría pasa despierto en las noches para poder comer, ya que durante el día no se come ni se bebe. Calles sin luz. Sombrías y opacas.

Por fin encontramos un pequeño restaurante donde nos prepararon un pollo con ensaladas. Allí nos dimos nuestros abrazos y besos de Navidad. Estábamos solos en ese lugar con luz tenue, muy cansados por el viaje.

Al día siguiente encontramos una casa para que yo alquilara. En el barrio de Medina Cura conseguí dos cuartos, que estaban dentro de una gran casa donde vivían también dos familias más. Eran *yolas* musulmanes, cada una de estas familias tenían dos habitaciones. Todos compartíamos el mismo baño que estaba fuera de la vivienda. El techo era de cinc. Rápido pegué cartas y fotos en la pared, ordené mis cosas: el colchón y un armario de plástico.

Quería saber en qué barrios se ubicaban los pulares. El pastor Bubane me dio toda la información (pero como era en francés no me sirvió de mucho). Este hombre, de la tribu de los basaríes, era especial. Él y su familia habían quedado como responsables de la única iglesia protestante de Tambacounda. Unos misioneros estadounidenses, por el año 1960, habían construido la capilla de techo a dos aguas. Una campana y una cruz en lo alto le daban un toque bien extranjero. Cuando se fueron le dejaron a cargo la dirección de la iglesia y también una casa que ellos habían construido y donde vivieron esos años.

Esta casa tenía siete cuartos y un baño compartido por las cua-

tro familias que vivían ahora allí. Él alquilaba las habitaciones y usaba esto como parte del sustento para su numerosa familia.

Bubane sabía hablar muy bien el pular. Pero nunca había podido llegar al corazón de los fulas por varias razones: por ser de una tribu animista, por comer cerdo (jabalí) y por tener en frente de su casa una iglesia con la cruz en lo alto. Los musulmanes conocen y aceptan que Jesús fue un enviado de Dios, pero no creen que murió en la cruz por nuestros pecados. Para ellos es una blasfemia lo que los cristianos pensamos de esta muerte ya que en el Corán dice que la persona que clavaron en el madero fue otra. Dios no permitiría jamás que su enviado sufriera de esa manera, por lo tanto, lo rescató y lo llevó al paraíso, donde vive hasta hoy.

Él me ofreció vivir en una de las habitaciones de aquella casa. Nos gustó la idea ya que detrás de esta vivienda comenzaba el barrio de los fulas donde Bubakar ya estaba viviendo. Además, tenía techo de material, lo que implicaría un poco menos de calor durante el estío. Acepté, pero de todas maneras me quedé por un mes en la casa de Medina Cura.

Cuando Abel y Patricia se fueron, Tito me ayudó muchísimo a poder sobrevivir en medio de una torre de Babel. Era una verdadera confusión escuchar tantos idiomas juntos, y no entender ninguno de ellos. Hicimos buen equipo los tres: Bubakar listo para compartir con el primer fula que cruzara, Tito en su ambiente natural porque era senegalés, preparado para ganar los mandingos de su tierra; y yo, que nada podía hacer más que orar con ellos y prepararme para aprender el francés antes que nada. Compartimos estudios bíblicos cada semana.

Año nuevo vida nueva

La noche del 31 pasó desapercibida por todos. Mis vecinos ayudando no parecían interesarse de la llegada de otro año, más bien estaban contando los días para que finalizara el Ramadán.

Y la verdad que a mí no me alcanzaba el tiempo para otra cosa que no fuera armar las cruciales frases en francés que necesitaba saber, tales como: «¿Dónde puedo cambiar dinero?», «Necesito ir al mercado», «¿Cuál es tu nombre?», «Yo me llamo Mari». Se me iban horas enteras buscando en un diccionario palabra por palabra. La familia de Sali, mi vecina, me ayudó muchísimo. Eran especiales, muy simpáticos, querían que coma todos los días con ellos. Pasaron a ser mis padres y hermanos.

Conocí algunas personas con las que cené el primer día del año. Hubiera querido que alguien me dé un beso y me deseara un feliz Año Nuevo, pero no fue así. No había tiempo para desanimarse, esto recién estaba comenzando.

Al día siguiente me fui a conocer Sare Guilel. Allí se había instalado Bubakar, en medio de sus amigos pulares. Era toda una emoción para mí. Quería vivir en ese barrio fula pero Abel no me había dado el permiso total. Quedaba a unos quinientos metros de mi casa, y había que cruzar un descampado. Aún no sabía qué proyecto se podía comenzar en este poblado. Tenía varias ideas, que en realidad se me iban ocurriendo mientras caminaba por su calles. Eran muy pobres. Las casas de barro y paja. Todos ellos ganaderos. El calor era fuerte y el viento de arena también.

¡Me impactó tanto la primera casa que visité! No había nada dentro de la vivienda, sólo algunos niños durmiendo en el piso, una joven de unos catorce años amamantando un bebé y la madre de la chica. No sé de dónde aparecieron con un pedazo de goma espuma y una sábana limpia para que yo me recostara allí. Estaba impresionada de ver tanta miseria. Había otro bebé cerca, lo que me hizo pensar que eran mellizos. Pero no, la mamá había muerto y esta familia se hizo cargo de la criatura. Era otro mundo para mí. Noches enteras, las imágenes de este barrio rondaban mi mente impidiéndome dormir, quitándome el sueño. Algunos días no pude comer, el estómago se me revolvía pensando en estas

personas sumidas en tal hambre y necesidad. ¿Qué podía hacer yo en medio de ellos?

Muchos vinieron a saludarme y darme la bienvenida en los días siguientes. Repartimos a los conocidos de Bubakar el material impreso que yo había traído de Lisboa. Estaban contentísimos de ver algo escrito en su lengua. Me sentía agotada, y mi computadora se había roto. No había internet en ningún lado, no existían los cibercafé. Necesité mucha paciencia para esperar los días que Tito se tardó en ir a la capital y hacerla arreglar.

10

Entrando en acción

Escuela de barro

EL SEGUNDO día que fui a Sare Guilel llevé *cola* para el jefe de la aldea. Se trata de un fruto amargo que para los fulas es muy importante regalar, sobre todo a las autoridades. El nombre de este barrio significa la aldea (sare) de Guilel, o sea, de quien fue el primero en llegar y establecerse allí con su familia.

Pasaba horas sentada con ellos, tomando leche y haciendo mis apuntes en lengua pular. Gracias a que Bubakar participaba, llegamos a entendernos. Ellos no paraban de hablarme de sus vacas. Es enorme el amor que les tienen, son su fortuna. Ellas son su vida, su alegría y sus tristezas. Si alguna se llega a morir es un gran duelo. Pueden matarlas sólo si hay una boda.

En estas charlas me entretenía: aprendiendo sobre enfermedades del ganado vacuno, escuchando lo que pasa si alguno le roba la vaca al otro y observando el afán con el que las cuidaban. Llegué a respetar mucho más a este animal. Me convencieron totalmente de sus virtudes y realmente las valoré más que antes. No

me quedaba otra opción, si estaba entre ellos debía amar de verdad lo que los motivaba a vivir y a esforzarse.

Me llamaba la atención que este cuidador de vacas, que me explicaba todo tan académicamente, no hubiera llegado a ser alguien más que eso. Sabía leer y escribir perfectamente en pular porque una vez había recibido una formación para ser alfabetizador de adultos. Empecé a hacer preguntas para ver qué posibilidad había de comenzar una clase para que los niños del barrio aprendieran fula. Dijeron que terreno había y que él podría enseñar.

Faltaba entonces preparar el lugar, los materiales y una ayuda para este hombre que parecía dispuesto de verdad. Pude inferir que de didáctica no sabía nada, pero no sería complicado ayudarlo. Volví a mi casa con muchas ideas dándome vueltas. El corazón me latía fuerte. Oré y le encomendé este proyecto al Señor.

Al día siguiente seguimos la conversación con Amadu, quien sería el maestro y algunos otros que se veían entusiasmados con la idea del comienzo de una escuela. Les fui sincera y les dije que de todo corazón quería ayudarles a que sus hijos aprendieran muchas cosas. Pero lo único que podía hacer por el momento era comprar treinta y cinco cuadernos y treinta y cinco lápices. Me habían avisado que una persona que vendría de visita suspendió el viaje, lo serio de esto es que con ella llegaba mi salario para varios meses. Eso me había desmoralizado mucho, se los compartí a ellos para que no pusieran en mí una esperanza incorrecta.

Directamente les dije que si ellos querían una escuela debían hacerla. Con el pasar del tiempo yo podía intentar conseguir un salario para el maestro. No prometí nada a nadie. Fue bueno para probarlos y para que pusieran su parte en el proyecto. Yo pensaba que desde esta última charla hasta que algo se concretara pasarían varias semanas.

Pero no fue así, al siguiente día cuando llegué temprano para

pasar otra jornada allí, pude ver mucha gente desde lejos. Al ir acercándome veía niños y grandes haciendo barro, levantando cuatro paredes. Había más o menos cinco niños que iban y venían trayendo en sus cabezas tarros con agua para preparar el lodo. Tenían que caminar bastante, como mil metros hasta el pozo y desde allí volver con dos o tres litros de agua. Los adultos eran cuatro, Amadu y tres amigos. Ellos amasaban el adobe y construían los muros. Pequeños de tres años hacían bolitas de barro y también las estaban colocando allí.

Yo no salía de mi asombro. Como siempre llevaba la máquina de fotos conmigo, no perdí tiempo. Hasta hoy, cuando miro esas imágenes, me emociono muchísimo. Esto me levantó el ánimo y me motivó a continuar. No importaba el salario que no venía, no importaba ya la visita cancelada, no importaba que aún tuviera problemas para conseguir mi línea de teléfono. ¡En sólo un día las paredes de la escuela fueron levantadas por ellos mismos!

Para poner el techo se tardó un poco más. A la paja había que comprarla y era bastante cara. Yo ayudé con lo que me quedaba y ellos pusieron la otra parte. Mientras tanto solía encontrarme con Amadu para hacer dibujos y explicarle algunas cosas para que pudiera enseñar mejor a los niños. Preparamos una lista con los nombres de los que tenían entre seis y ocho años. Visitamos sus familias y los inscribimos.

El carpintero que confeccionó los bancos nos hizo perder mucho tiempo. Nunca los terminó el día que dijo. Esto atrasó la fecha de comienzo como cinco veces. Aquí la gente no tiene apuro de nada, no se rigen por un calendario, no son conscientes de cuando pasa el tiempo. No les interesan los horarios. Tienen su propio ritmo. Yo me estaba desesperando, pero nadie parecía inquietarse como yo. Después de varias semanas opté por no exigirle más: que los terminara cuando quisiera. Había estado muy

enferma con una fuerte diarrea y sinceramente no tenía más fuerzas para pelear con este hombre.

Me sentí sola muchas veces, luchando contra la corriente. Queriendo hacer las cosas a mi manera con mi calendario y mi reloj.

La inauguración

A principios de marzo llegó mi madre a visitarme. Fue muy importante para mí ese tiempo. Compartimos muchísimas cosas. En cuanto llegó hicimos la apertura de la escuela. También estaban de visita por unos días Abel y dos pastores portugueses. Esto le daba un toque más formal al evento. Por primera vez en la aldea se reunían tantos blancos juntos. Vino toda la aldea y también algunas autoridades que habíamos invitado. Fue muy emotivo, cada uno de los asistentes habló y dio su bendición. La gente muy agradecida no paraba de alagar mi trabajo. Ellos son muy poetas, y la presencia de mi mamá le dio un toque de importancia mayor al evento.

Dijeron muchas cosas lindas, me hizo bien escucharlas. Aunque sé que la mayoría de las frases eran dichas por compromiso. Pero una me impactó: «Ella nos ama, ama nuestros hijos, ama nuestras vacas, pero más ama la lengua pular, a tal punto de ayudarnos a preparar esta escuela para que nuestro idioma sea difundido».

Otro dijo: «Ella lleva un nombre nuestro, usa nuestra ropa, pero lo más importante es que ha querido hablar como nosotros». Eso era para ellos clave, abrió las puertas, eso sí era cierto. Llegué a amar el pular con todo mi corazón, me esforcé mucho por entenderlo. Quizá nunca lo hablaré perfecto, pero ellos me vieron hasta casi llorar cuando no podía expresarme o cuando no los comprendía. Me vieron transpirar al decir mis primeras frases,

me vieron reírme de mí misma cuando no pronunciaba bien. Eso los marcó. Eso me ayudó a llegar a ellos.

La escuela se puso en marcha. Los niños aprendieron muchísimo a medida que pasaba el tiempo. Un grupo de treinta y cinco alumnos llegaban a partir de las ocho de la mañana. Por la tarde, algunos jovencitos de entre doce y dieciocho años dejaban el cuidado de las vacas por un rato y se acercaban a tomar clase. El entusiasmo era colectivo.

Un gran amigo, Yero, ayudó en la formación y alfabetización de los adolescentes. Además, continuó capacitando al maestro. Nos organizamos bien y todo marchaba sobre ruedas. Pero hubo varios errores también: nunca firmamos un papel con el hombre que nos había donado el terreno. Cuando empezaron a surgir los problemas nos percatamos de esto y recién en ese momento pudimos poner el lote a nuestro nombre. Pero sufrimos muchos dolores de cabeza. No nos habíamos dado cuenta de los detalles. Tanto yo como Bubakar éramos inexpertos en todo. Pasamos muchísimas luchas que nos costaron lágrimas. No fuimos asesorados y nos apresuramos demasiado. Mis líderes estaban lejos y la mayoría de las decisiones había que tomarlas casi siempre rápidamente.

Aun así, Amadu conoció al Señor y la escuela también sirvió para hacer reuniones de discipulado. Los sábados el maestro venía con los libros dando la impresión que yo iba a darle la formación. En lugar de esto orábamos, cantábamos y estudiábamos la Biblia. Bubakar le enseñó mucho y poco a poco otros se añadieron al grupo.

Dios y el destino

Llevé a mi mamá a conocer Guinea-Bissau. Fue una experiencia maravillosa. Encontré a Fatu, mi amiga en la ciudad de Gabú. Estaba bien y las cosas con Alí se habían solucionado. Nos llevó

a su aldea y de allí volvimos con una cabra. El viaje fue cansador y mi madre, recién operada de la rodilla, no aguantaba más. Todos me retaban por llevarla de aquí para allá. Lo que nadie sabía era que a ella le gustaba andar más que a mí. Pasamos un tiempo muy bueno juntas.

Experimentó muchas cosas bien de cerca, como por ejemplo el ver a gente muy enferma. A veces las enfermedades no eran graves en sí mismas, el problema era que no todas se trataban. Por lo general, la gente no recurría al centro público de salud. Había un hospital donde la consulta era mínima pero los medicamentos corrían por cuenta del enfermo. La mayoría de las personas no tenían acceso a dicha compra, mucho menos los que vivían en aldeas un poco retiradas de la ciudad.

La salud no parecía tener importancia hasta que no estaban a punto de morir. Y a veces, a esta altura, no había muchas soluciones. Cada semana escuchábamos de algún niño que moría en mi barrio. Ellos atribuían toda la responsabilidad a Alá, que era quien había permitido la muerte. El destino se debía hacer cargo de sus descuidos e imprudencia. Continuamente, la frase: «Así lo quiso Alá», o «Estaba escrito por Alá que así sería», dejaban ver la angustia en sus rostros, entregados a un destino incierto y fatalista, creyendo que Dios maneja a su antojo todos y cada uno de sus movimientos. Ellos estaban convencidos y aseguraban a cada momento que Alá escribió hace mucho tiempo todo lo que sucedería en sus vidas.

Esta creencia ha adormecido sus mentes para soñar, para aspirar a más, para esperar algo mejor. Con esta forma de pensar ¿a quién le daría ganas de tener una actitud de lucha? ¿Para qué estudiar? ¿Para qué ir al médico si Alá ya escribió que mi hijo se moriría?

En todo caso, el doctor más cercano a quien recurrían era a algún brujo conocido. En él sí que invertían dinero, pues no era

servicio barato. Yo tenía algunos medicamentos para la fiebre, dolores de cabeza, antibióticos y aspirinas. No las tuve que usar casi nunca para mí misma, de manera que las compartía cuando alguno las necesitaba. Poco a poco se enteraron que tenía estos remedios y muy pronto pasé a ser la próxima a visitar después del hechicero. Me abastecí de algunos otros remedios para tener en casa, sobre todo si surgían casos de urgencia. Sabía poco de salud y eso me dio la idea de pensar en estudiar enfermería a mi regreso.

Escribí un proyecto para crear un centro de salud en el terreno que habíamos comprado. El objetivo principal era que algunas personas fueran capacitadas para hacer esta tarea de atención médica primaria. Me puse en contacto con las entidades de Salud Pública de la ciudad y me ofrecieron apoyo. Esta comunidad necesitaba urgente orientación acerca del sida, sus causas y prevención.

Otro gran problema era la circuncisión femenina. Esta práctica antigua entre ellos se realizaba a las niñas sin ninguna medida de higiene: con cuchillo, hojas de afeitar o botellas rotas. Las mismas mujeres estaban a favor de la mutilación genital creyendo que es la forma de evitar las relaciones sexuales prematrimoniales.

Los partos precoces abundaban. Niñas de entre doce y catorce años que comenzaban a ser mamás. Sin idea de nada se iniciaban en un rol tan distinto, en plena adolescencia. Podía imaginarme el trauma emocional que vivían estas pequeñas. Además de ello, la mayoría de los partos se realizaban en las casas a veces sin ayuda de nadie. No podía entender cuán lejos estaban de una mejor calidad de vida. Oraba por más personas que vinieran: médicos, enfermeros, misioneros que pudieran encargarse de capacitar gente y supervisar.

El tiempo de lluvias se llevó muchas vidas. Es la estación donde los mosquitos se multiplican y la humedad fomenta la repro-

ducción de los virus y bacterias en general. Grandes y chicos murieron a causa de paludismo no tratado. Es una fuerte fiebre transmitida por un mosquito que porta la enfermedad. Provoca mucha debilidad y dolores de las articulaciones, entre otros síntomas, que aumentan después de tomar la medicación, ya que es fuerte para el estómago.

Pero la mayoría de la gente dejaba acostado al que tenía fiebre, haciéndole beber medicina local, suponiendo que era malaria pero sin hacer el esfuerzo de tener una consulta médica. Los de más lejos, cuando decidían venir a la ciudad, morían en el camino sobre la carreta de caballo. El camino en malas condiciones, más el barro, hacían casi imposible la movilidad de un lugar a otro. Dejé este proyecto en las manos del Señor, deseando que Él continuara abriendo el camino para ayudar en esta área. Rogué que más personas siguieran uniéndose.

Ángeles

Uno siempre sabe que el Señor nos rodea con sus ángeles. Conocemos esto por sus promesas y porque muchas veces los hemos sentido cerca librándonos de tantas cosas. Yo puedo decir que ciertas personas fueron ángeles en la tierra, preparadas únicamente para ayudarme y socorrerme cuando más lo necesité.

Kurka So fue una de ellas. Yo acostumbraba, cuando estaba aburrida, desanimada o confundida, a caminar por los alrededores de mi casa. Era mi forma de escapar un poco de mis pensamientos negativos. Sabía que con alguien me encontraría y cambiaría un poco mi rutina. Además siempre disfruté conocer gente nueva y hacer amistades. Una de esas tardes, Kurka me gritaba algo que no entendía.

Me habló tanto... Me mostró sus manos, tenía hecha la *henna* (diseños que las mujeres se hacen en las manos y en los pies con una hierba natural). Me invitó a su casa, y acepté. Entendía sólo

un diez por ciento lo que me decía. Pasé la noche en su choza, con su nuera y su nietita.

Esta mujer llegó a ser como mi mamá. De hecho, así la llamaba yo. Pasé con ellas muchas noches. Al principio me dio un poco de miedo porque me di cuenta de que le adivinaba la suerte a mucha gente que se pasaban la noche pidiendo turno para que ella los atendiera. Tenía la impresión de que hacía hechizos y otros trabajos a sus amigos. La respetaban mucho, pero algunos ni se acercaban a ella. Provenía de la región del río Senegal, del sur de Mauritania, una zona que me intrigaba conocer. Era muy sufrida. Tenía un hijo preso. Parece que había matado a uno que le robó una vaca. Con ella visité la cárcel muchas veces. Me enseñó cosas de la cultura, de la lengua y cada mañana pasaba a saludarme por la casa. Me hizo reír muchísimo. Dios la puso en mi camino para mostrarme muchas cosas lindas.

Otros *ángeles* se encargaron de enseñarme un poco el francés. Omar era una persona muy loca. Sabía el español muy bien, de hecho era profesor de castellano en la escuela secundaria. Era mi vecino, así que lo veía casi todos los días. Muy simpático pero a veces me cansaba un poco porque día tras día me pedía que le ayude a conseguir la visa para irse a la Argentina. Era fanático de Jorge Luis Borges, famoso escritor argentino. Sabía mucho de él y se escandalizaba de que yo apenas hubiera oído hablar del escritor. Me decía que era una ignorante ¡Cómo no iba a conocer a semejante genio!

Me ayudó mucho el primer tiempo para conectar la línea telefónica y darme los contactos necesarios para reparar mi computadora o la electricidad de la casa. Me dio algunas horas de enseñanza de francés y con eso sobreviví. Fue importante su presencia. Cuando le hablaba de Jesús escuchaba tranquilo, pero no aceptó jamás su amor por él.

Tito fue mi asesor práctico. Como era senegalés me ayudó en

los detalles de comportamiento cultural que yo ignoraba. Con paciencia, amor y delicadeza me corrigió cientos de veces, otras me regañó un poco duro. Pero aprecié muchísimo su ayuda en esta área fundamental. Un día me llamó la atención y me dijo: «Tú siempre estás comiendo en la casa de los que visitas. Eso está bien, te hace estar cerca de la gente y a ellos les encanta. Pero si ellos vienen a tu casa no puedes ofrecerles nada porque tú no compras cosas ni para ti misma. Deberías tener un saco de arroz, carbón, una garrafa de gas y si alguien llega puedes servirles un plato de comida como ellos hacen contigo».

Tenía toda la razón y nunca lo había pensado. Cuando yo tenía hambre me compraba un poco de leche y galletas. Si estaba sola nunca cocinaba para mí. La mayor parte del tiempo salía a Sare Guilel. Obedecí de inmediato y me puse en campaña de preparar lo mínimo para que cuando llegara alguien pudiera atenderle. Fue muy sabio de su parte el darme este consejo. De esa manera mi casa se abría cada vez más a ellos. A medida que los días transcurrían pasaba menos tiempo sola. Ya no sabía casi lo que eso significaba.

Algunas veces venía una muchacha para ayudarme a preparar comidas típicas. Aprendí a hacer *chebuyen*, que es arroz con pescado y algunas verduras. Para mi cumpleaños invité a muchas personas vecinas y amigos. Quería transmitirles lo bien que me sentía entre ellos. No era común que alguien preparara este tipo de cena. Era raro para ellos que fuera la única extranjera entre cuarenta mil habitantes que tenía Tambacounda. Mucho más, que mi casa estuviera abierta para ellos sin ningún tipo de prejuicios.

Mis vecinos fueron muy amables, todos. Cada uno de ellos marcó mi vida de manera especial. Una vez el dinero se tardó en llegar. Yo debía viajar a la capital cada dos o tres meses para sacar mi salario de un cajero automático. El viaje era largo y muy

cansador. Consistía en no menos de cinco días. Era desgastante. Pero cuando había un retraso sólo yo lo sabía. Aun así el Señor se ocupaba de enviarme algo para suplir mis necesidades. Como Awa, una hermosa amiga que se apareció un día con una bolsa de carbón de regalo. Ella y su familia eran muy humildes, pasé mucho tiempo con ellos. Otras veces venían a buscarme para que fuera a comer con ellos. Sus gestos de aprecio me fortalecieron mucho. Podía ver al Señor amándome y demostrándomelo a través de ellos. Dios tenía siempre todo bajo su control. Se ocupó de mis emociones al cien por cien.

Los nómades

Los pulares son una sociedad bien compleja. Están divididos por castas. Desde el origen de esta raza ellos se han organizado para realizar diferentes trabajos. Algunos provienen de familias nobles, otros son ganaderos, otros agricultores, artesanos, cantores, guerreros y hasta esclavos. Dependiendo de estas jerarquías algunos son más importantes que otros, mereciendo así más respeto que los demás.

Me relacioné y formé parte de un grupo de amigos fulas, todos ellos con estudios universitarios. Algunos me escucharon cuando hablé de lo que me había traído a Senegal. Dos de ellos lo tomaban con gracia y cada día me preguntaban cuántos pulares había logrado convertir al cristianismo.

Me sentí muy bien entre ellos, me aceptaron y me advirtieron de cosas que la gente pobre con la que me relacionaba jamás me habría dicho. Como por ejemplo: qué cosas beber y qué no, (muchos de ellos preparan potajes para obtener algo de alguien). Me explicaron sobre trabajos que hacen los hechiceros, los *marabús*. También fueron sinceros y compartieron muchas cosas de su tribu. Siempre me decían: «Te haremos conocer a los verdaderos fulas».

Y así fue, un día programamos una salida para pasar la noche en el campo. Fuimos en un vehículo los cinco: un matrimonio (los dos profesores de la escuela secundaria), un veterinario y el director de proyectos de una organización muy grande en Senegal. La pareja tenía una bebida hermosa. El viaje no fue muy largo. Después de recorrer cien kilómetros nos internamos en medio del desierto. Yo estaba expectante, ellos me decían: «Se acerca el momento en que vas a conocer toda la verdad de nuestra raza. Nosotros somos pulares civilizados, pero si tu quieres ganar a los verdaderos fulas deberías estar aquí, los originales no están en la ciudad como nosotros».

Lo decían en forma de broma también, pero en cierta forma era verdad. Ellos en sus casas tenían algunas comodidades que los del campo no las tenían. Contaban con estudios que un fula normalmente no tiene. Yo pensaba que ellos eran las personas ideales para ganar a su gente. Preparados, capacitados en lectura y escritura, dominantes de su idioma, pero sin deseos verdaderos de seguir al Maestro.

Por fin llegamos. Sólo se veían cabras y vacas caminando. Detrás de ellas algunas personas a las que saludamos un rato largo. Eran fulas nómades. Gente sin lugar fijo, que va y viene buscando mejores pastos para el ganado. Jóvenes sin esperanza alguna. «Aquí los tienes, ellos son los verdaderos fulas. Sin lugar fijo. Sin casa estable. Algunas semanas aquí, otras semanas más allá. Nunca podrías localizar dónde se encuentran. Ni siquiera ellos saben adónde van».

Eran un grupo grande de personas, la mayoría jóvenes. Pero también había mujeres con bebés pequeños. Armaban una choza de paja por algunos días y la desarmaban para seguir viaje.

Matamos una cabra y con mi amiga me tocó descuartizarla y asarla al fuego. Salió riquísima, quizá algunas partes quedaron crudas pero no se veía en la oscuridad. Dormimos bajo las estre-

llas, estaba un poco frío. Pensé toda la noche en estos nómades. Su sistema de vida. ¿Qué pensarían? ¿Qué soñarían? O más bien, ¿soñarían?

Entendí que para ganarlos no había otra forma que vivir como ellos. Se necesitaban personas que estuvieran dispuestas a pagar ese precio de ir a su lado. Lo veía tan difícil. Casi imposible. Imaginaba cuál sería la mejor estrategia: ¿Ganar a los de la ciudad para que ellos fueran al campo? ¿Enviar misioneros nómadas? No tenía las respuestas, pero esos dos días entendí más de la cultura y el pensamiento de estas personas.

11

Solteros y casados

Las bodas

UN DÍA me invitaron a un casamiento. Fue muy interesante aunque, lamentablemente, no pude entender todo lo que pasó. Prepararon a la novia desde unos días antes. La vistieron con telas típicas, y el envoltorio externo era una sábana blanca. El novio la esperaba en la choza donde vivirían. Las amigas trajeron a la chica haciendo bailes alrededor de ella, aplaudiendo y haciendo sonidos de alegría con la boca. La hicieron entrar hasta la habitación donde él la esperaba sentado en la cama (hecha de tablas y un pedazo de goma espuma). Allí todos se quedaron bailando por unas dos horas.

Hicieron muchas cosas raras: con elementos de cocina hacían juegos cantados. Se reían y algunos gestos parecían un poco obscenos. A todos los llenaba de risa menos a mí que no terminaba de descifrar lo que tarareaban.

Poco a poco empezaron a retirarse hasta dejar a solas a la pareja. Bueno, solos pero no tan solos. Tres viejitas que entendí eran las tiabuelas, se quedaron allí un rato hasta que el acto se-

xual fuera consumado. Luego salieron a mostrar la sábana blanca donde la novia se había recostado. Si esta tela estaba manchada de sangre confirmaba su virginidad y la fiesta seguía por tres días más. Si por el contrario, no se probaba el sangrado, este casamiento sería una vergüenza para toda la familia. No sólo para la muchacha sino para el novio y sus parientes. La celebración terminaría inmediatamente.

Esto fue lo que yo vi desde afuera. Pero antes y después de la fiesta pasan cosas que no todos conocen, y que se llevan a cabo en un círculo muy íntimo y familiar. Por ejemplo, la concertación para unir a la pareja la realizan sus padres con otro grupo de gente mayor. Ninguno de los novios está presente y hasta último momento no se sabe si han llegado a un acuerdo. El hombre debe dar cierta cantidad de dinero para la fiesta. Ocuparse de comprar la comida, entregar algunas vacas y cabras, una valija con ropa y zapatos para su esposa, y por supuesto haber hecho la choza o *sudu* donde vivirán.

Es interesante el término que usan para decir esposo o marido: en pular es: *jom gale*, que se traduce como «dueño de la casa». Y a la esposa se le llama *jom sudu*: dueña del cuarto o habitación. Todo lo que hay dentro del cuarto es de su pertenencia. Ella y su familia han comprado el material de cocina. Eso también es de ella. A él le pertenece toda la casa.

Así es que cuando los hombres se saludan preguntan: «¿Cómo está la dueña de tu habitación?». Expresiones como estas me ayudaban a entender más a las mujeres. Por años, desde el nacimiento hasta el día de la boda nada les pertenecía. Ni siquiera su vestimenta: porque siempre tienen que estar prestándoselas entre las hermanas. De repente un día pasa de ser nadie a ser la «dueña de la habitación». Ahora es cuando empiezan a sentirse importantes, cuando su vida tiene más valor y sentido. El respeto llega

y no la tratarán de igual manera que antes. Esto me hizo entender cómo me veían a mí también, y me entristecía por ello.

Estuve en muchas bodas. Me encantaba pasar los días de fiesta con ellos, son tres seguidos, como mínimo. Casi siempre se quedaban dos semanas, pero yo volvía a mi casa a descansar un poco después de setenta y dos horas de no dormir. Se comía mucha carne en estas fiestas, mucho té y maní recién cosechado. Los tambores no paraban y los *criones* tampoco. Estos son los integrantes de una de las castas que se dedican a cantar. Es lo único que hacen: animan las bodas o bautismos de recién nacidos. Bailan y repiten muchas veces frases en rima, que alagan a la familia de los que se están casando. Ellos dan mucha importancia a los apellidos, entonces los cantores repiten horas enteras las cosas buenas que ha hecho tal familia, lo importante y amables que son. Los que están escuchando darán dinero al *crión* que se entusiasma y sigue nombrando virtudes y alabanzas.

El camión de mi papá

Mi casa era solo un cuarto. Alguien me aconsejó que lo dividiera en dos con una cortina. Hice hacer unas banquetas y una mesa para recibir mis visitas. Compartía el baño con una familia de ocho integrantes, también con un muchacho que se alcoholizaba seguido y traía muchas mujeres a su casa, y un soltero más tranquilo que ocupaba otro de los cuartos.

Mi habitación tenía una puerta para entrar a este baño y podía cerrarla por dentro para que los demás no entraran cuando yo estaba adentro. Fue una vergüenza y risa a la vez, cuando me olvidé algunas veces de hacerlo. O cuando ellos se olvidaban de trabar la puerta que daba a mi cuarto y yo entraba desde mi casa encontrándoles allí.

Los días que no estaba en casa de mis amigos era porque alguien había llegado a la mía. Siempre llegaban sin un tiempo fijo

de partida. Nunca sabía si debía prepararles un lugar para dormir o no. Jamás estaban apurados. Con algunos habíamos empezado a leer el Nuevo Testamento. El cuarto era pequeño pero sirvió para recibir a muchos, tenía pegadas en las paredes muchas fotos de mis amigos.

Ellos no podían entender por qué si tenía tanta gente conocida, familiares y buenos amigos, yo estaba tan sola. La verdad era que nunca lo había pensado. Les explicaba que no todos podían venir, que algunos aún estudiaban, otros tenían sus trabajos allá, sus familias y casas. También les dije que muchos estaban preparándose para salir algún día y vivir en el extranjero como yo. Sé que nunca lo entendieron y les resultaba extraño. Me cuestioné la eficacia de mi presencia allí, estando sola, y lo que ellos veían o se imaginaban detrás de mi soledad.

Yo acababa de recibir fotos de mi familia. Ir al correo una vez por semana se transformó muchas veces en el día más emotivo y feliz. Casi siempre encontraba algo, por el camino de regreso a casa todos me preguntaban quién había escrito. Esta vez era mi madre, contándome en una larga carta todo lo que había pasado por allá. La noticia más linda fue que por fin mi padre había podido comprar un camión para hacer viajes de forma independiente.

Todos estaban muy contentos y yo no paré de mostrar las fotos de él y su camión. La sorpresa que no me esperé fue la cara de tres de mis amigos cuando, sentados en mis banquetas, vieron las fotografías. Se hizo un silencio en el ambiente y una especie de murmullo entre ellos. No sabía qué decían, no entendía por qué se miraban de esa forma. Quizá, como tantas veces, yo había dicho alguna palabra mal pronunciada. Les pedí que me dijeran si pasaba algo. Al principio se negaban y no sabían cómo disimular. Algo estaba mal y necesitaba saber qué había hecho.

Tanto insistí que me dijeron: «Nos asombra mucho que tu papá tenga un camión y nunca haya querido ayudarte para que

puedas casarte». Me quedé fría. Parecía que me atravesaban un cuchillo en el corazón. En un segundo pude hilar muchos pensamientos, situaciones y vivencias que había tenido. Ahora entendía muchas cosas. Podía descubrir cómo ellos me veían en realidad. Sentí lastima de mí misma. Y hasta me pude ver como una de ellos observando a una soltera. Yo no encajaba en su manera de pensar, estaba fuera de sus parámetros, no coincidía para nada en su sistema de vida. Me vi a mí misma como ellos me veían en realidad.

Siempre estaban pensando que tenía alguna enfermedad rara y por eso no me había casado, o que había tenido esposo y hasta hijos y los había dejado para ir a ellos. Otras conjeturas eran que quería un esposo senegalés y las ofertas no paraban. Vivían mirando la puerta de mi casa para observar quién entraba y quién salía. Y ahora, ya tenían algo más para pensar de mi familia. Lloré toda esa noche. Me cuestioné hasta qué punto estaba siendo útil. Yo me sentía tan bien como estaba, pero evidentemente algo no cerraba para ellos. Empecé a orar con más fuerza por mi esposo. Quería pasar toda mi vida allí, pero ahora estaba convencida que para la próxima etapa tendría que volver casada.

Tomé fuerzas y seguí. Expliqué que en nuestra cultura primero estudiamos mucho; después, que obtenemos algún título conocemos la persona con la que nos casaremos. Luego organizamos muchas cosas antes de la boda, esto para nosotros lleva muchos meses o años. Aunque nunca los convencí, al menos me justifiqué. Me propuse no amargarme por esta situación, seguí dando lo mejor de mí, aproveché mi soltería al máximo: no tenía que volver para cocinar de manera que me quedaba hasta tarde en las casas de mis amigos (a veces ni siquiera regresaba), no tenía que limpiar la casa para nadie más que para mí, no tenía que lavar la ropa de mi esposo ni de mis hijos, no tenía que estar pendiente de nadie más que de mí y mis amistades.

Una buena excusa

Desde el mes de abril alguien me estaba escribiendo seguido. Era una persona que conocí por correo electrónico. La primera vez que me escribió pensé que era el pastor de alguna iglesia. Usó palabras especiales y mucho respeto e interés por la obra. Él había encontrado una de mis cartas de oración en la página web de la misión. Le había impactado mi testimonio y compartió los motivos de oración con su iglesia. Ni siquiera sabía de dónde era yo, ni desde cuándo estaba allí. Como todos se entusiasmaron al escuchar el informe, él comenzó a pedirme más información para transmitir a su congregación. Cuando entramos en mayor confianza conocí quién era. Se ocupaba del liderazgo de Misiones, en la ciudad de Rosario. Tenía un llamado misionero y estaba estudiando en el tercer año del seminario bíblico. Se notaba por la forma de escribir que amaba a Dios por sobre todas las cosas.

Nos hicimos muy amigos y nos escribíamos dos veces por semana. Cuando me contó su testimonio descubrí que era alguien realmente especial y que Dios tenía grandes planes para él. Su historia me conmovió. Leer vez tras vez de dónde lo había rescatado el Señor me impactaba muchísimo. Se notaba de verdad cuán enamorado estaba de Jesús. Yo no había conocido muchas personas así, alguien que estuviera realmente consagrado para la tarea de extender el reino de Dios. Me gustaba mucho escribirle. Si pasaba días fuera de casa, cuando llegaba lo primero que hacía era encender mi computadora para ver si me había escrito. Sus correos electrónicos me animaron mucho y su iglesia empezó a aportar cada mes el salario para Amadu Ba, el maestro pular de la escuela.

Después de unos meses le envié fotos mías y de los fulas. Toda la congregación se había comprometido a orar por esta raza, la estaban amando de corazón. Tenía mucha intriga de saber cómo era físicamente. Ya sabía todo lo que le gustaba y lo que no,

lo que lo hacía estar contento. Conocía de sus luchas con el trabajo y algo de su familia. Fue toda una emoción cuando recibí por primera vez sus fotos. Mandó muchas, con todo el grupo de amigos. Estaban escritas detrás y ahí me explicó quien era él. Seguí orando por él. No sabía qué pasaría en un futuro, no estaba segura, pero había empezado a quererlo y ambos orábamos por nuestros motivos sin mencionar nada que delatara sentimientos entre uno y el otro.

No tenía idea de lo que pasaría por su corazón, pero por mi parte, le había tomado un cariño especial y pensaba mucho en él. Le dejé esta situación al Señor, confiando en que él me guiaría como siempre lo había hecho. Su foto, que pegué en la pared, me sirvió para excusarme delante de algunos y presentarles a un «amigo especial». Todos creyeron que era mi comprometido, palabra que entre los pulares conocen muy bien. Y yo me quedé tranquila sabiendo que no era mentira pues era alguien importante para mí de verdad. También les declaraba, por fe, que me casaría muy pronto. Todos quedaban contentos mirando su foto. Los de sexo masculino, impresionados por la cantidad de bello en sus brazos, me felicitaron por haber elegido un verdadero hombre con mucho pelo.

Para tener en cuenta

Pienso que es importante advertir y señalar estas cuestiones de estado civil a los candidatos a misioneros. Preparar al soltero antes de llegar al campo. Para todas estas tribus africanas y musulmanas es de vital importancia estar casado. ¿No se pueden recibir solteros entonces? ¡Claro que sí! Pero es bueno tener preparada una buena respuesta a la hora en la que ellos comienzan a preguntar demasiado. La presión a veces se torna muy dura y difícil de soportar. Al menos en mi caso fue así, sólo estoy hablan-

do de lo que yo experimenté. No tiene por qué ser la opinión de otros.

Yo no sabía cómo serían estas situaciones hasta que las viví. Al principio no supe cómo responder. Quedé mal muchas veces, en el sentido de que di vergüenza. Casi al final de mi período en el campo entendí que una buena respuesta era: «Aún Dios no me ha dado mi compañero». O también: «Dentro de poco, a mi regreso voy a casarme». Respuestas muy simples que me di cuenta funcionaron, después de probar muchas otras sin resultado alguno.

Casi a diario tenía propuestas matrimoniales en el mercado, en el transporte público, en el barrio, en el campo, en la capital, en la empresa de teléfono y por donde fuera. Podía ver dibujado en los ojos de los candidatos el signo dólar cada vez que me miraban. Casarse conmigo era la oportunidad para irse a Europa o América. Darían a cambio lo que fuera para que aceptara: vacas, casas, vehículo, dinero, cabras.

Además del estrés cultural normal de cualquier campo, como las luchas con el idioma, las diferencias culturales, malos entendidos y otros, el obrero soltero deberá lidiar con este otro factor. Muchas veces será cuestión de reír y agradecer las propuestas tan interesantes. Pero es mejor saber a lo que uno se enfrentará en estas sociedades.

La ventaja del que no es casado es que dispone de mucho más tiempo para dedicar al idioma y las amistades, mayor tranquilidad para el tiempo con Dios y momentos de soledad de los que el casado a veces siente envidia. Pero el Señor usa a ambos de diferentes maneras.

Conocer de antemano el campo donde uno va a trabajar es de vital importancia. Por ejemplo, la realización de un viaje exploratorio antes de instalarse definitivamente, permite al obrero casado o soltero observar y aprender básicamente las reglas de la

cultura donde vivirá, le dará mínimamente una idea de lo que puede esperar y lo que no cuando regrese para quedarse. El candidato a misionero, sea casado o soltero, debe tener en cuenta, a la hora de averiguar la cultura del país adonde quiere ir, qué piensan las personas de estos temas: matrimonio, familia y soltería.

Doy gracias al Señor que me permitió vivir este tiempo estando soltera. Puedo hoy comprender mejor a otros obreros y dar lo mejor de mí al acompañarlos y animarlos.

12

Personajes

Gouda Ba

EN MI PATRIA llamamos *personajes* a ciertas personas fuera de lo común. A veces seres graciosos, atípicos, que se salen de las reglas normales que cualquiera puede tener. Es verdad que nadie es igual al otro, pero hay algunos que marcan nuestras vidas de manera especial. En este capítulo quisiera mencionar algunos de los tantos personajes que conocí en Senegal. Cada uno con su vida, con su historia, dejaron algo en mí que jamás podré olvidar. Rehusaron ser igual que la multitud, rechazaron el molde en el que les quisieron meter. Son originales y por eso llegaron donde están ahora. De algunos supe qué pasó después de aquel tiempo, de otros continuamente espero saberlo.

Gouda Ba era imán de la mezquita. Es decir, una especie de clérigo. Erudito en el Corán, respetado en su familia y dentro de su clan. Llegó un día desde el sur de Mauritania. Tenía mucho pelo. Alguien le había dado uno de aquellos folletos que hicimos en Portugal. Después de buscarnos durante mucho tiempo nos encontró. Pasó un par de semanas, sobre todo con Bubakar, que

le enseñó mucho de la Biblia. Desde el primer día quiso entregarle su vida a Jesús. Yo estaba muy contenta, en su rostro se veía hambre y sed por conocer la verdad.

No sabíamos nada más de él que eso. Después de unos días se fue y no lo vimos nunca más. Según dijo se fue a su ciudad de origen. Bubakar siempre me expresó que se había entregado de verdad. Yo a veces no lo creía porque como él, varios se habían entregado al Señor antes pero era por algún interés: para que le diéramos dinero, o para que le ayudáramos en algo. Otros simplemente para estar cerca de un extranjero. Me cansaba un poco esta situación y me desanimaba. Sinceramente, muy pronto me olvidé de este hombre.

Pasaron casi seis años después de esto. Viviendo en otra ciudad del norte de África unos amigos misioneros que trabajaban desde hacía casi ocho años al sur de Mauritania me preguntaron cómo era el nombre que yo usaba cuando vivía entre los pulares de Senegal. Cuando se los mencioné me dijeron: «Hay un hombre en nuestra ciudad que cada vez que ve un blanco le pregunta si no conoce a Mariama Diallo. Dice que conoció el evangelio con ella en Tambacounda hace unos años. ¿Eres tú? El se llama Gouda Ba». No puedo describir la emoción que sentí. No pude contener las lágrimas. Me contaron que estaba creciendo mucho, que ganó a toda su familia para el Señor. Que cada día hacía el discipulado y recordaba el tiempo maravilloso vivido en Senegal cuando conoció la Palabra. Dijeron que él había intentado buscarme en aquella ciudad, pero yo ya no estaba.

Me encontré con él después de unos meses de esta charla. Conocí a uno de sus hijos y comieron en nuestra casa. Una vez más el Señor me mostró que el trabajo para Él no es en vano, que Él hace como quiere con quienes quiere. Que su Palabra sembrada no tiene límites, que Él obra como menos nos imaginamos. Gouda Ba enfrentó mucha oposición, no sé de sus historias ni perse-

cución. No oí mucho acerca de esto pero seguro sobrevivió a muchas luchas y rechazo. Pero lo que siempre pienso de él es que se jugó de verdad por Jesús, por amor a Dios y a su gente.

Awa

En español su nombre es Eva. La primera creación de Dios junto con Adán. Nombre común entre los pulares. Awa era mi gran amiga. Vendía carbón en el mercado, desde las siete y media de la mañana hasta las dos de la tarde. Cuando llegaba a su casa cocinaba, daba de comer a su familia y hacia el té.

Después de dormir un rato preparaba la cena. El día terminaba y aunque siempre estaba agotada físicamente no dejaba de sonreír. Tenía varios hijos, vivía con su esposo. Los dos eran pulares de Guinea-Conacry. Algunos de sus hijos habían quedado en aquel país. Nunca entendí por qué para ellos es tan fácil desprenderse de sus hijos. Los estaba criando su madre, pero tenía muchos años de no verlos. Por dentro sé que sufría por esta situación. Eran muy humildes y vivían en Sareguilel. La vi sacrificarse mucho por los suyos. Me reí tanto a su lado, pasé momentos hermosos en compañía de ella y sus hijos.

La región donde vivíamos era extremadamente caliente. Ella me apantallaba con algún cartón o abanico de paja para que yo dejara de sudar cuando estaba en su casa. Un día me levantó la ropa desde la cintura hacia arriba para que el aire me entrara bien. Yo no sabía dónde meterme ni como cubrirme ya que había muchas personas más. Para ellos lo indecente es mostrar a otro las partes de la cintura hacia abajo. La parte de arriba es sólo para los niños. Para mí fue un choque grande todo este tipo de comportamientos. A veces me iba al mercado con ella y me sentaba a su lado mientras vendía.

Su hijita Saly de cuatro años se encariñó mucho conmigo. El día más difícil para mí fue cuando Awa y su esposo me propusie-

ron que adopte la niña y la lleve conmigo a mi tierra cuando regresara. Al principio parecía una broma. Con el pasar de los días me di cuenta que ellos hablaban en serio y de verdad querían que yo la educara en mi país. Hablé mucho de la importancia de que un niño esté con sus padres. También de lo que sería bueno para Saly.

Ellos estaban seguros que lo mejor sería cualquier cosa menos vivir allí con ellos, en la pobreza y la miseria. Se conmovía todo mi ser al escuchar estas palabras. La pequeña escuchaba todo y entendía perfectamente las charlas. Le estaban partiendo el corazón. Yo no sabía qué hacer. La situación se había puesto densa y por las noches oraba y pensaba qué hacer realmente. Pensé los pros y los contras de llevármela, pero entendí que no era lo que Dios quería para ella.

Tuve que ponerme firme y decirles que no había nadie mejor que ellos que pudiera amar, cuidar y educar a Saly. Una buena razón para no poder llevarla conmigo era que yo aún no me había casado y al volver a mi país estaría en casa de mis padres otra vez. Luego me casaría y volvería al África. O sea que en definitiva la niña siempre estaría en otro país que no fuera el mío. Se convencieron un poco solamente, y último momento me la ofrecieron otra vez.

Pensando en Awa, ¿no tenía sentimientos esta mujer? ¿No pensaba en el sacrificio de haber tenido una hermosa nena para ahora regalarla a alguien que ni sabía dónde la podía llevar o qué le podría hacer? ¿Tan endurecidos estaban sus corazones de padres? ¿Cómo mostraba yo el amor en esta situación? ¿Estaba negando realmente a una personita crecer mejor o más feliz? ¿Hasta qué punto podía hacer algo por ella?

Comprobé que no significaba que no amaban a su hija. Entendí que ellos no tenían rechazo hacia Saly. Realmente la querían y deseaban lo mejor para su vida. Pero ellos no habían encontrado

nada que llenara sus vidas. Para ellos la felicidad y la buena vida estaban en el extranjero donde todos tenían el sueño de llegar algún día. Esta era la oportunidad que tenían de hacer feliz aunque sea a uno de los miembros de la familia. Capté la cosmovisión que tenían pero no pude aceptar tal oferta. Sé que hoy Saly está bien emocionalmente, a pesar de no tener todo lo que sus padres quisieran que tenga. Hoy debe estar jugando con una hermanita que lleva mi nombre.

Hyam

Durante el año que viví en Senegal tuve que ir a la capital muchas veces. La mayoría de las veces por los problemas que tenía mi computadora o para retirar dinero del cajero. Debía salir temprano y esperar que el vehículo de transporte público se llenara con seis pasajeros más. Esto podía llevar desde las seis de la mañana, hora en que yo había llegado, hasta el medio día. Si no completaba los lugares, el chofer no podía salir. El viaje duraba unas ocho horas, si es que el automóvil no se rompía como pasaba casi siempre. Había momentos en que se detenía para que los pasajeros hicieran sus oraciones, las veces que fuera necesario según los horarios. También parábamos para comer.

Los casi quinientos kilómetros se hacían eternos. Todos terminaban conociendo todo acerca de mí y tratando de convertirme al islam, que era lo mejor del mundo y completaría mi vida entera. Llegaba muy cansada para empezar los trámites a primera hora del día siguiente. Pero algo hizo que estos viajes se volvieran más placenteros.

Ir a la casa de Hyam me daba paz. Ella era una amiga libanesa, hablaba perfecto español y tenía una gran tienda donde vendía telas y adornos. Siempre abrió las puertas de su casa para mí. Al llegar a Dakar sabía que contaba con una ducha y un cuarto para descansar. Fue muy amable y le debo muchísimo. Le agradecía

continuamente este gesto tan importante para mí, de dejarme pasar dos o tres días en su casa. Ella me respondía: «Cuando te veo pienso en mi hija que tiene tu edad. Imagino que podría pasarle a ella en algún momento el necesitar de alguien que le hospede. Es lo mínimo que puedo hacer por ti».

Siempre me contaba las historias que había vivido en la guerra. Ella estaba embarazada de uno de sus hijos cuando tuvo que pasar mucho tiempo en un sótano. Sufrió muchísimo, pero era tan emprendedora y luchadora que nada la frenó para abrir su local. El cuscús más rico lo comí en su casa. ¡Platos exquisitos del Líbano! Una delicia. Hacía mis trámites y compras, descansaba y volvía a casa. Siempre orando para que Dios se revelara a su vida.

Basiro Si

Fanático de su idioma. Me lo enseñó por mucho tiempo. Tenía un grupo de teatro con sus amigos y difundían la importancia de aprender el pular. Su familia era muy abierta, me recibieron como a una de ellos. Todos eran muy simpáticos. Hasta participé de una representación teatral en pular. Por supuesto que fui la risa de todos, pero esto me hizo conocer a mucha gente que por pura curiosidad querían saber quién era yo.

Desde que lo conocí le prometí que antes de volver a la Argentina visitaría su tierra. El provenía del norte de Senegal, a orillas del río, de la región que ellos llaman *futa*. Es lo máximo, lo mejor y más lindo para esta tribu. Allá vivían sus padres, tíos, abuelos y una cantidad enorme de primos y sobrinos. Una mezcla familiar interesante ya que todos están casados con primos hermanos.

Él nunca se olvidó de mi promesa y cada mes insistía en que debíamos programar el viaje. Hasta que llegó el día y conocí su aldea. El viaje fue largo, de más de mil kilómetros. Hicimos varias paradas y aproveché para visitar a otros parientes de mis

amigos en diferentes ciudades. Me enamoré de aquel lugar. Después de llegar a Podor, la ciudad más cercana a su aldea, tuvimos que tomar un autobús pequeño y luego una carreta tirada por un caballo.

Me gustó mucho el paisaje, su gente. Pasé varios días allí. Era desértico, la tierra muy seca, pero al mismo tiempo el río y sus brazos estaban cerca. Pasaba el día recorriendo el campo con el padre de Basiro, escuchando historias de sus antepasados y deseando vivir más cerca de personas así.

Llegamos a un lugar a la ribera misma del río que hace la frontera entre Senegal y Mauritania. Sentía mucha intriga por este último país. Otra vez recordé a Abel cuando pensaba en estrategias para ganar a los moros que trabajaban en Bissau. Era fácil cruzar desde Podor a este país del desierto. Tanto senegaleses como moros iban y venían en el día en simples canoas. Pensé que si vivía en esa ciudad sería sencillo hacer amistad con los mauritanos. Era estratégico y clave. Me tomé una foto allí, con el río y los árboles de Mauritania de fondo.

Me despedí de esta familia confiando en que volvería a verlos. Conservo hasta hoy las artesanías que me regalaron. Son como un tesoro para mí. Basiro fue alguien que me abrió las puertas en diferentes lugares. Sé que muchos lo criticaron, hasta había rumores de que él se había convertido al cristianismo. Aun así, él jamás se preocupó por eso. Fue un verdadero amigo.

Y hubo tantos otros de estos personajes que simplemente Dios los puso en mi camino y los usó para enseñarme cosas de la vida, de la sociedad, de la cultura. A la mayoría los colocó a mi lado para hacerme reír y disfrutar de la sencillez de la vida africana. No podría hacer un relato de todos ellos, pero están escritos en mi corazón y también en mi diario. Otros aún viven en mis recuerdos y espero volver a verlos.

13

Nuevos desafíos

Tomando terreno

LA ESCUELITA en Sare Guilel avanzó bien. Compramos un terreno para la misión (de ese sí hicimos los papeles). Alguien nos dio la idea de plantar algo como para cercar el lugar. Queríamos sembrar pero en Tambacounda no había mucha vegetación, tampoco muchos pozos de agua. Si en ese terreno pensábamos construir casas para los obreros, escuela y algún centro de salud necesitábamos agua inmediatamente. Entonces creamos un proyecto para cavar un pozo. Preguntamos, averiguamos y armamos el presupuesto. Era caro y parecía complicado ya que todo sería hecho sin maquinarias, solamente con la mano de obra de cuatro personas.

Tito y Bubakar ayudaron mucho para conseguir la gente que trabajaría y harían algunos trámites. Desde mi patria ya habían comenzado a ofrendar para esto. Estábamos muy entusiasmados y expectantes. No se sabía a qué profundidad encontraríamos agua.

Tito tuvo algunos problemas familiares. Su esposa lo había

abandonado y había dejado a Dyari, su hija, en la casa de sus padres al sur de Senegal. Él estaba preocupado y nervioso. Intentó por todos los medios de que ella volviera con él. Hizo varios viajes a Guinea para verla pero no lo aceptó. Parece que la guerra la dejó muy traumatizada y nunca pudo recuperarse. El problema era ahora que su hija estaba solita y él quería tenerla a su lado.

Yo no sabía cómo ayudarle. Programamos un viaje al sur donde estaba Dyari. La única forma en que quizá él podía volver con la niña era que yo dijera a sus abuelos que la traería conmigo para hacerla estudiar en Tambacounda. Nos arriesgamos y viajamos. De paso iríamos hasta la región de Casamance. Allí aprovecharíamos para recoger mangos y trasplantarlos en nuestro terreno.

Pasamos unos días en la casa de los familiares. Dyari estaba feliz de ver a su papá de nuevo. Dijimos como habíamos planeado: que yo quería criar la niña y enviarla a una escuela. Eso era cierto, ya la había inscripto en un Jardín de Infantes a dos cuadras de mi casa. El padre de Tito no se veía muy convencido de dejarla ir. Hasta que no subimos al autobús no estábamos seguros si lo permitiría o no. Fue todo un logro regresar con ella.

Plantamos los mangos, fueron varios días de trabajo. Cercamos todo el terreno. Si esta plantación crecía esperábamos vender el fruto para que esto sirviera de salario para los obreros nacionales.

Luchamos con el pozo y los trabajadores que excavaban. La tierra era muy dura, casi rocosa. Los instrumentos que estos hombres usaban ya estaban quedando destruidos. Uno casi tuvo un accidente. Ya habían llegado a los cuarenta metros de profundidad y aún no se encontraba el agua. Dos de ellos dejaron la tarea. Pasaron los meses y no veíamos el resultado. Fue un desgaste emocional muy grande para mí. Sentía la presión, (quizá que yo misma me imponía), por todos aquellos que habían ofrendado y orado por este proyecto.

Ya no sabíamos cómo orar. Un día encontramos sacrificadas alrededor del pozo unas gallinas. Parece que los obreros estaban tan cansados también, que hicieron brujería para que apareciera agua de una vez.

Tubafall

Visité varias aldeas de mandingos. Tito estaba compartiendo del Señor con su gente. Personas muy sencillas y hospitalarias. Una de esas aldeas fue Tubafall, a exactamente dieciocho kilómetros de Tambacounda. Luego había que entrar unos tres kilómetros por un camino de tierra. Algunas veces fuimos en moto. Nos ahorramos mucho tiempo de esa manera, el problema surgía en las semanas de lluvia: finalmente llegábamos caminando, embarrados y encima con la moto a cuestas.

Mambande fue el primero de su familia en convertirse, tenía dos esposas. Yo siempre dormía con la segunda, que como ellos mismos reconocen es a quien más quieren, porque es la que eligieron por voluntad propia. La primera casi siempre es la prima hermana. Él pasaba dos noches con una y dos noches con la otra. Ambas tenían su choza e hijos propios.

Penda era muy amable. No podíamos entendernos muy bien, yo sólo sabía el saludo. En las noches ella hacía algo extraño. Encendía hilos que colgaban de las paredes. Esto dejaba marcas en los muros de adobe. Me preguntaba si serían trabajos de hechicería. Debajo de mi cama, que eran tablas y trapos, dormían también las gallinas. Hacían ruido de noche y no se quedaban quietas.

Un día casi me muero. Me llevaron a dormir a la casa de la madre de nuestro hospedador. Quizá esa noche le tocaba estar en la choza de su segunda esposa. Quería quedarme afuera y pasar la noche bajo las estrellas. Hacía calor y a la intemperie estaba fresco y muy agradable. Tenían una especie de tablas de caña de-

lante de las casas, era un lugar perfecto para pasar la noche. Pero ellos temían a los espíritus y no me dejaron. Algunos se quedaban dormidos allí pero antes de media noche entraban a la choza.

Como luz no había, apenas pude tantear las tablas donde dormiría. La viejita debe haber tenido unos ochenta años. Adentro el ambiente estaba caliente y sofocante. El baño se comunicaba por una puerta con la choza. Me acosté pero no podía dormir, con mi paño (falda) espantaba los mosquitos. Mi compañera de cuarto, la abuela, se dio cuenta de mi incomodidad y me hablaba sin parar. Salió afuera y al rato trajo unos troncos y encendió fuego allí dentro. Yo no podía respirar y ella no me dejaba salir. Ella prefería que me muriera ahogada a que me comieran los mosquitos. Fue horrible. El humo era insoportable, y duró varias horas. Seguro mató todos los mosquitos porque no volví a sentirlos. Gracias a Dios fue mi última noche en esa aldea hasta un mes más tarde.

Malí

Vivimos de cerca la traición muchas veces. Cada tanto venía gente muy enferma y queríamos ayudarlos. Un día recibimos una mujer que parecía casi muerta. La trajo un hombre que dijo ser su hermano. Les dimos de comer, los atendimos por tres días, bajo nuestro mismo techo. De repente se fueron sin decir nada. En unos momentos más tarde nos enterábamos de la verdadera historia: eran amantes y estaban escapando del esposo de ella. Usaron nuestra casa para esconderse.

Historias como estas me desanimaban mucho. No teníamos mucha cantidad de comida, sin embargo dábamos todo cuando alguien pasaba necesidad, para enterarnos más tarde que eran mentiras tras mentiras. Llegó un momento en el que desconfiábamos de todo el mundo. A veces quería escaparme lejos y olvidar un poco lo que estaba pasando.

Para ese tiempo, mi amiga Helen vivía en Malí. Ella tampoco pudo volver a Guinea así es que estaba instalada en Kayes, una ciudad a cuatrocientos kilómetros de Tambacounda. Cuando nos dimos cuenta cuán cerca estábamos no lo dudé un instante y me fui a visitarla. Aunque el viaje fue un poco peligroso lo disfruté muchísimo.

Compartir con ella durante una semana renovó mis fuerzas. Le ayudé a instalarse en su nueva casa. Vivimos un poquito el tiempo que quizá habíamos pensado pasar en Bissau y que nunca se concretó. Salí de mis preocupaciones. Fue un refrigerio. El Señor siempre tenía sus fuentes de aguas cuando ya no podía continuar. Me aferraba a las promesas que Dios me había dado cuando recibí aquel llamado específico para salir:

Haré maravillas que no han sido hechas en toda la tierra, ni en nación alguna, y verá todo el pueblo en medio del cual estás tú, la obra de Jehová; porque será cosa tremenda la que yo haré contigo (Éx. 34.10).

Cuando ya estaba en mi casa me daba cuenta que la mayor parte del agotamiento que a veces sentía era simplemente porque no tenía cerca otras personas de mi misma cultura. Lo maravilloso es que con gente cerca o lejos, Su mano me levantó miles de veces. En momentos así sólo la convicción del llamado me sostenía.

He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho (Gn. 28.15).

Nuevas escuelas

Después de algunas reuniones con los jefes de la aldea, decidimos comenzar una escuela allí y en otra aldea vecina también. Utilizamos el mismo sistema que en la anterior. Ayudamos al maestro a formarse con instrucciones básicas de didáctica. Él ya sabía leer y escribir. Los habitantes armaron la habitación pero

en este caso fue toda con paja y cañas secas. El espacio era grande y por entre medio de las cañas entraban los rayos de sol.

Los bancos estaban hechos con troncos muy bien trabajados. Colaboramos con la compra del material y del resto se ocuparon ellos. Una vez por semana otra persona supervisaba el trabajo y de esa manera fue creciendo la tarea en estos sectores. Un grupo de discipulado estaba también reuniéndose a estudiar la Biblia.

Algunos de los que habían ayudado mucho al principio luego exigían dinero, lo cual nos produjo algún desánimo. Por momentos no podíamos discernir cuándo las personas se acercaban para ayudar de verdad o cuándo estaban interesadas en algo más. También nos costó descubrir cuándo querían conocer a Jesús sin esperar algo a cambio. Fue una continua lucha.

A cada paso que dábamos se veía la mano del Señor proveyendo para cada detalle. El dinero a veces tardaba en llegar, por fe seguíamos y Él lo multiplicaba. En algunas ocasiones yo usaba todo lo que me quedaba de mi salario para enviar a Tito a otras ciudades o países vecinos para conseguir material evangelístico. Adquirimos una videocasetera y varias películas *Jesús* en los diferentes idiomas. Era un gozo ver a nuestros amigos disfrutando de esta historia de vida en su lengua.

En los próximos meses llegaba un dinero extra que equivalía a lo que habíamos invertido para estas compras. La fidelidad de Dios nos hacía vivir en una continua emoción y expectación. Cada día era diferente. Lo comenzábamos pensando qué haría Él de nuevo y hermoso.

Conocí a Dios más profundamente, lo vi trabajar en cada área de mi vida. Cuando le fallé y me sentí frustrada por mi error Él no dejó de consolarme y atraerme con sus cuerdas de amor. Los momentos de soledad, de dolor, de ansiedad, se disipaban en su presencia. No tenía a nadie más que al Señor. Dependí al cien por ciento de su compañía. Esta etapa de mi vida fue clave para lo que vino después.

Algunas cosas nunca salieron bien, o como nos hubiera gustado. Sobre la marcha descubrimos muchos errores tontos cometidos. Algunos pudimos corregir, otros no. Nos faltó la consejería en el momento oportuno y paciencia para hacer las cosas poco a poco. Muchas veces nos dejamos llevar por las necesidades de la gente y emprendimos proyectos que después nos resultó más complicado continuar y supervisar. Si uno llega al campo misionero sin un proyecto claro, se puede caer en la ansiedad de querer suplir todas las carencias del pueblo. Pero a pesar de todas estas falencias, su Obra se extendió y dio fruto.

Yo estaba esperando la llegada de una muchacha que parecía decidida a venir a Tambacounda. Faltaban algunos meses para mi regreso y era clave que alguien pudiera venir para continuar y supervisar lo que se había comenzado. Esto me animó mucho y la esperé con alegría.

He aquí, Dios es el que me ayuda. El Señor está con los que sostienen mi vida (Sal. 54.4).

14

Pasando la posta

¡Hay que escribir un libro!

DESDE que ella llegó, dijimos: «Tenemos que escribir un libro». Un libro para no olvidar ninguna historia. Un libro que fuera el recuerdo de tantas risas compartidas, como así también algunas lágrimas. Llegó en el momento justo. Como siempre Dios hace todo perfecto y a su tiempo ideal. Recibí a Marcela López en el aeropuerto de Dakar a media noche del 3 de setiembre. Fue una alegría enorme. No sabía mucho de ella, en realidad casi nada. Solamente que amaba a los fulas y había decidido invertir su vida con ellos. ¡Ah, y que quería casarse con un africano!

Esa primera noche no pude dormir, tenía fiebre. Era algo que no me había pasado nunca, estaba casi segura que era paludismo. Fue terrible. Marcela se pasó la noche poniéndome paños fríos en la cabeza. Yo deliraba y ella hacía chistes tirándome con almohadas.

Empecé a descubrir que era una persona especial. Que no le temía prácticamente a nada. Me hubiera gustado mostrarle la

ciudad y llevarla a pasear por la capital pero mi estado tan deplorable apenas me permitió tomar un taxi e ir al centro de salud de unos amigos de JUCUM. Los análisis de la malaria dieron positivo así es que rápidamente tomé la medicación, la cual era fuertísima para mi estómago. Me provocó un par de vómitos y una diarrea de cinco días seguidos.

Estuvimos en la capital un par de días más para hacer algunos trámites y regresamos a Tambacounda. Mi boca estaba agrietada por la fiebre, no tenía fuerzas. Todos mis vecinos y amigos sabían que vendría a casa con una amiga. Fue imposible descansar y no recibir gente. Muchos se asustaron cuando me vieron y comenzaron a traerme medicinas caseras. Unos trajeron té de yuyos, otros querían darme sopa de no sé qué. Marcela no entendía nada ni a nadie. Esto era un fuerte choque para ella. Llegar a un país donde no se conoce a nadie y quien la recibe está postrada en una cama, débil, sin poder traducir todo lo que la gente le expresaba dándole la bienvenida.

Cuando por fin todos se iban y nos quedábamos solas, anhelaba dormir. Para el tiempo en que mi madre me visitó yo había comprado una cama de dos plazas. Por lo general, los carpinteros hacen camas para dos, será porque es una de las primeras cosas que los solteros compran antes de casarse. Cuando nacen los hijos duermen con ellos y luego en el piso. Entonces, hasta que mi amiga se comprara la suya, compartíamos la mía.

Quizá parezca insólito o muchos no lo crean. Pero mi compañera roncaba de una manera tan estrepitosa que yo no podía dormir. Me levanté pasada la media noche a encintar la boca de Marcela con una cinta adhesiva. Ella no se daba por aludida hasta casi el amanecer. Otras noches sí se despertó y se tiraba encima de mí para pegarme con las almohadas y aplastarme. Me fortalecí en los días siguientes, su presencia me dio ánimo. Fue una amiga excelente.

Juntas tratábamos de ponernos a dieta, pero era imposible. Por las noches caminábamos cerca del mercado donde vendían pan con trozos de carne asada. Su gracia y locura me hicieron divertirse mucho. Su adaptación al campo fue difícil pero llevadera. Siempre preferimos reír antes de largarnos a llorar. Las frustraciones tomaron otro sabor. Sabía que el Señor la envió para animar mi corazón y ayudarme en la restauración que estaba necesitando.

Faltaban tres meses para que yo volviera a mi tierra. Tenía ese tiempo para transmitirle muchas cosas y enseñarle otras. Ella se quedaría a cargo de los proyectos comenzados. Los días pasaban y mientras ella luchaba con sus choques culturales se ocupó de prepararme para mi regreso. Siempre me hacía ver cosas de las que yo no me había percatado nunca. Un día me dijo: «Volver a la familia será fortalecedor. Estar con los amigos y la iglesia será una alegría enorme, pero estos, los de aquí no estarán. Seguramente sentirás su vacío, la falta de aquellos con los que conviviste tanto tiempo. Te llevas un pedacito de ellos en tu forma de ser».

Nunca lo había pensado de esa manera. Ella siempre miraba más allá del hoy. Era muy sabia y su vida había sido realmente transformada por el Señor. Pasé con ella los mejores meses en Senegal.

Sare Maca

Esta aldea queda a sólo dos kilómetros de Sare Guilel. Su nombre significa: la aldea del maíz. Y en la estación de la lluvia pareciera que sólo eso han sembrado. La población misma se pierde en la maleza.

Nos perdimos muchas veces para llegar. Marcela pasó un tiempo viviendo con una familia de esta aldea. El objetivo era que ella pudiera aprender la lengua y la cultura. No fue fácil. Re-

cuerdo que no podía tolerar el desayuno. Un día cuando llegué a verla estaba vomitando y la gente sin saber qué hacer con ella.

Me sentía responsable por su vida, al mismo tiempo a veces no sabía cómo continuar. Ahora no sólo decidía por mí, ya éramos dos. Si era algo que podía esperar escribía a Abel y aguardaba la respuesta. Pero en el día a día tenía que decidir sobre la marcha muchas cosas.

Cuando ella estaba enferma llamaba a un doctor amigo en la capital. Él, mediante el teléfono, me guiaba en lo que debía hacer. Como cuando tuvo una infección en las piernas. Yo tenía que apretar los abscesos para que la pus saliera. Tito estaba presente y le ayudaba a morder algo para hacer más llevadero el dolor. Le lavaba los pies, la cuidaba. Esto nos unió más aún.

Le presenté todos y cada uno de mis amigos y conocidos. La contacté con gente que podría ayudarla en diferentes situaciones y problemas. La gente comenzó a amarla mucho y poco a poco se integró a la comunidad.

Casi la obligué a hacerse las trenzas en el cabello y vestir ropa hecha con telas típicas. Al principio se resistió bastante. No pudo escaparse de la *henna*. La hice pasar varias horas sentada en diferentes posiciones para hacerle este tatuaje típico. Todos pensaban que era mi hermana mayor o mi mamá. No podían entender que quien había venido a vivir conmigo no fuera de mi misma sangre.

Comenzó sus clases de francés al mismo tiempo que aprendía el pular. Quedaba bajo su supervisión la marcha de las escuelas más el control de los trabajadores que todavía luchaban con el pozo de agua. Quince días antes de mi partida llegaba un equipo para colaborar y visitar esta zona. Con ellos vendría otra misio-nera que se quedaría a vivir con Marcela para trabajar con los mandingos.

Preparando el regreso

Hicimos algunos viajes juntas al interior del país. Descubrimos que las puertas se abrían cada vez más para entrar en estas aldeas y llevar la Palabra. Cientos y cientos de aldeas: yolas, soninké, pulares, wolof, mandingas: abiertos a escuchar otra opción. ¿Qué estábamos esperando como cuerpo de Cristo para enviar más obreros?

No quería llegar a mi iglesia con una actitud de crítica. Ellos fueron fieles siempre y yo sabía que dentro de la mayoría había un sentir por los perdidos del mundo. El amor que me expresaron durante esos dos años fue clave para mi permanencia allí. Quería regresar con gozo, para animarles a salir y continuar enviando a otros. Pero sentí mucha impotencia al ver que los años se pasaban y pocos, o casi nadie se preparaba para salir. Estaba convencida que volvería a esta tierra. Debía terminar la práctica de cuatro meses para recibirme de profesora en Enseñanza Preescolar. Luego de esto estaría libre.

Seguía escribiéndome con mi amigo Oscar. Pasó un tiempo enfermo y con algunos problemas. Eso hizo que pidiera más intensamente por él. No sabía si sería para mí o no, tampoco estaba segura de lo que él sentía por mí. De hecho siempre se dirigió a mí como un amigo, nada más. Yo sí me había enamorado. El amor y la pasión que él sentía por el Señor cautivaron mi corazón. Pero necesitaba verlo. Nos conocíamos demasiado. Contábamos los días que pasarían antes de vernos.

Todos estos sentimientos se mezclaban con las despedidas de amigos tan amados. Algunos organizaron cenas especiales en sus casas. Muchos llegaron a la mía en las últimas noches, me traían regalos no sólo para mí sino también para los integrantes de mi familia.

Faltaba poco para que naciera el bebé de Awa, hubiera querido estar. Del pozo parecía que ya se podía sacar un poco de agua.

Quería quedarme más tiempo, no deseaba irme de allí. El corazón me dolía.

Marcela tenía hepatitis cuando llegó el equipo de mi país. Falaban sólo quince días para mi salida. Luché para cerrar mi maleta repleta de telas y artesanías. Dios y África se habían encargado muy bien de hacer de mí una persona totalmente diferente. Volvía a mi tierra. Eso decían algunos, pero en realidad: ¿cuál era mi tierra? ¿las dos?

¡Finalmente!

Me despedí del lugar con muchas lágrimas, pensando volver pronto. Al mismo tiempo sintiendo que podía ser mucho tiempo después. Llegué unos días antes de las fiestas navideñas. El recibimiento de mi iglesia y familia fue maravilloso. En cintas de videos tengo registradas las imágenes que muestran tanto amor expresado. Habían pasado sólo dos años pero muchos de mis amigos ya estaban casados, otros esperando sus primeros hijos. Algunas casas del barrio pintadas de distinto color. Calles nuevas. Vecinos que ya no estaban. En la iglesia rostros diferentes.

Yo tampoco era la que ellos conocían. Bajé del avión con vestimenta senegalesa, trenzas y *henna* en manos y pies. Mi aspecto era tan raro para todos. Yo me sentía super normal. Hasta que me di cuenta que ya no estaba allá. Volvía a otra realidad. Otra vez un cambio. Una nueva adaptación. Dudé al comprarme y tener que vestir un pantalón. De hecho, me vestía con faldas todo el tiempo. Me costó tomar el cuchillo y el tenedor para comer en la mesa. La abundancia en los supermercados me confundió un poco. Por mucho tiempo no quise gastar en algunos productos. La gran variedad de galletas dulces, fideos y arroz me llamaron la atención por meses.

Cuando tuve que pararme a compartir delante de la congrega-

ción, después de cuatro días de haber llegado, me di cuenta de que había olvidado palabras del castellano. Me sentía un poco bloqueada, me costó organizar tantos pensamientos. Era difícil resumir todo lo que había pasado. Me sentía extraña. Era mi gente, eran los míos, pero yo ya no era igual que ellos. En mi familia el choque fue fuerte. Me había acostumbrado a vivir prácticamente sola. Ellos me dieron lugar rápidamente. Hasta habían conseguido para mí un colchón nuevo. Mi hermana menor prácticamente no me conocía.

Las preguntas típicas no faltaron en ninguna parte: «¿Comiste mono? ¿viste leones?». Una predominó en cada casa e iglesia adonde fui, y estuvo en la boca de todos y cada uno: «¿Fue muy difícil vivir allá?» a lo que mi respuesta era siempre la misma: «Un poco, nada más».

Por fin llegó el momento de encontrarme con Oscar, en enero. El día que nos vimos hablamos toda la tarde. Parecía que nos conocíamos desde hacía años. Nuestros anhelos coincidían, la meta final era servir en un país no alcanzado. La razón de nuestras vidas era vivir para Él y su sueño. Sería más fácil juntos, no había mucho más por aclarar. Decidimos a partir de ese día comenzar un noviazgo. No sería fácil pues yo estaría en mi ciudad terminando los estudios. En esta misma conversación fijamos fecha de casamiento para agosto de ese año 2000. Encontré en él exactamente la misma persona que le había pedido al Señor todos estos años: un hombre que amara a Dios por sobre todas las cosas y viviera para extender su reino.

Al pasar las semanas recorrí varias iglesias y compartí con muchísimos amigos. ¡Qué hermosa la bondad de Dios! Cuando me hice los análisis de mi tiroides dieron *normal*. Fue un milagro reconocido por el médico. La obra había sido completa. También me enteraba de lo que seguía pasando en Tambacounda: los mangos se secaron antes de brotar, quien debía cuidarlos nunca lo

hizo. Del pozo sólo salió un poco de agua dos o tres veces. Marcela se casó con un hermano africano, un siervo de Dios hermoso. De las tres escuelas, una siguió marchando hasta hoy. Algunos creyentes permanecieron, otros volvieron atrás. Nancy, la misionera que llegó para trabajar con los mandingos, se casó con Tito y pudo adoptar a Dyari.

Si hoy miro atrás veo que algunas cosas no se realizaron responsablemente desde el tiempo de mi salida. Muchos juzgaron el hecho de que se hubiera permitido que yo viviera sola en el lugar donde estuve, sin un equipo de trabajo y sin supervisión cercana. Las decisiones siempre fueron tomadas después de orar y ayunar y siempre dimos pasos creyendo que el Señor nos respaldaba. De todas formas, hoy yo no lo permitiría si tuviera obreros bajo mi responsabilidad. Ni volvería a vivir sola esta experiencia. Tampoco haría las cosas de la misma manera que las hice.

Por la bondad de Dios cumplimos como iglesia el objetivo que nos habíamos propuesto: hacerlo juntos. Todos fuimos parte, nadie más importante que el otro. El que va y el que envía. El equipo perfecto, el complemento justo. La clave de la victoria.

A pesar de haber vivido muchas experiencias que hoy parecen tan locas y que hasta pueden hacer pensar mal de la agencia misionera con la que salí, yo no he guardado ningún mal pensamiento hacia aquellos que fueron mis líderes en aquel tiempo. Era cierto que no estaban muy organizados, pero también era verdad que el deseo de extender el Reino era lo que los motivó siempre.

Todos éramos inexpertos y al mismo tiempo apasionados por cumplir el mandato de ir. Mi iglesia por primera vez enviaba a alguien al campo de misión. No existían muchas posibilidades de envío. La agencia misionera que me envió, que estaba recién comenzando, puso lo mejor de sí. Los cuidados y la misericordia de Dios sobre mi vida me sostuvieron. Miro atrás y no puedo enten-

der toda la gracia que tuvo conmigo. Me enseñó a aprender la lección después del fracaso, a seguir avanzando y olvidarme de los detalles menos importantes.

¿Qué deben hacer hoy los que tienen inquietudes acerca de misiones? El mejor tiempo para capacitarse es hoy. El mejor lugar para comenzar a prepararse es donde estás: tu barrio, tu escuela, tu iglesia. Que tus primeros discípulos sean los que te rodean dará muestra fiel que serás efectivo más lejos de tu patria. No te distraigas pidiendo decenas de confirmaciones. El Señor está buscando un corazón dispuesto. Da el paso ahí mismo. Comienza a andar, Quien hizo el camino te guiará.

Dos años fue poco tiempo en realidad. Sirvieron para que el Señor pudiera trabajar en mi vida al cien por cien. No me arrepiento de haberlos vivido de esta manera. Viviendo por su sueño. Con caídas y tropiezos. Con luchas, pero teniendo la victoria final. Con la alegría de saber que vale la pena vivir así. Dando esperanza a alguien más. Brindando la oportunidad de elegir a quien antes no tenía ninguna otra opción.

No quisiera cansarme de animar a otros a invertir el tiempo de la juventud para servir a pueblos que están lejos de Dios. La mejor fuerza, la mayor energía, los años más lindos son para él. Su sueño lo vale. Su sueño lo es todo para quienes le sigan. Si a Él le costó su vida ¿qué menos que dar también la mía para verlo realizado?

